COMO LLUVIA DE VERANO
BITTERSWEET LOVE

Cathy Williams

Harlequín Jazmín, nº 1.071 — 01.03.95

Natalie siempre fue la secretaria perfecta: discreta y eficiente. Durante cinco años, su jefe, Kane Marshall, controló su vida y su corazón. Cuando él tuvo que ausentarse por negocios durante algún tiempo, Natalie cambió de imagen, adquirió renovada confianza en sí misma y decidió vivir la vida lo más intensamente posible. Pero su recién lograda independencia se convirtió, a la vuelta de Kane, en un reto para éste. ¿Podría la joven resistirse a su encanto?.

Capítulo 1

NATALIE caminó más despacio conforme se iba acercando al impresionante edificio de cristal donde se encontraban las oficinas de Marshall Corporation.

«Admítelo de una vez por todas», se dijo. «No quieres volver a ver a Kane Marshall. No deseas verlo ni oír su voz. Sobre todo, no quieres volver a sufrir esa confusión de emociones que se apodera de ti cada vez que te mira.»

Por supuesto, el señor Marshall no tenía ni la más remota idea de lo que ocultaba Natalie bajo su brillante sonrisa. Si lo supiera, ella no tendría más remedio que renunciar.

La joven se detuvo un momento frente al edificio, metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y dejó que la brisa jugueteara con su cabello. Al mismo tiempo, miró hacia las oficinas. De pronto se despertó en ella el rencor que sentía hacia aquel hombre y se dijo que no podría perdonarlo jamás por lo que le había hecho.

Tenía veintisiete años de edad, y desde hacía cinco, estaba enamorada de un hombre que no se fijaba en ella, aunque se le presentara desnuda y con una rosa entre los dientes.

Kane era el jefe y ella su asistente personal. Ambos trabajaban a gusto y él confiaba totalmente en la joven. En una ocasión le dijo que si renunciara, la empresa fracasaría. La chica se limitó a sonreír para agradecer el cumplido, pero se preguntó interiormente cómo era posible que algunos cumplidos resultaran insultantes.

Y es que ella sabía cómo la veía él: ligeramente gordita, usaba grandes gafas y era muy eficiente. Además, siempre vestía ropa formal y zapatos muy discretos.

Seis meses antes, su jefe la invitó a cenar para informarle que viajaría a Extremo Oriente para establecer una compañía subsidiaria y que dejaría a su cargo la dirección de la empresa. Le dijo que confiaba en sus conocimientos y experiencia y que, si tenía alguna dificultad, se pusiera en contacto con él por teléfono.

Fueron seis meses en los que no estuvo sometida a su personalidad agresiva y dominante, tiempo que aprovechó para analizar con cuidado su propio futuro. Y también para adelgazar un

poco, quitarse las gafas y aprender a peinarse de otra forma.

Sobre todo, tiempo suficiente para decirse que amar a Kane Marshall era una enfermedad de la que se proponía curarse, aunque el proceso le causara la muerte.

A pesar de todo, el hecho de llegar frente al edificio y pensar que iba a volver a verlo después de seis meses le provocó un escalofrío. Respiró profundamente y entró. Al encontrarse en el ascensor, su inquietud empezó a crecer y se metió las manos en los bolsillos. Afortunadamente para ella, su rostro indiferente ocultaba el torbellino de emociones que sentía en su interior. Y aunque había cambiado por fuera, por dentro era la misma mujer tranquila de siempre. Le había costado mucho trabajo adquirir la habilidad de no dejar que su rostro reflejara sus emociones.

Llamó a la puerta de la oficina de Kane y entró. Sus ojos se posaron en la alta y poderosa figura masculina que miraba por la ventana.

Al verlo nuevamente, le pareció más atractivo que nunca. Llevaba el cabello más corto y parecía más delgado… ¿O sería tan sólo una impresión causada por su tez bronceada?.

—Me alegro de verlo nuevamente, señor Marshall — dijo para evitar que él la sorprendiera observándolo.

Él se volvió y empezó a decir algo, pero enmudeció al verla. Natalie advirtió su sorpresa y se lo quedó mirando, a la espera del inevitable comentario sarcástico.

—¿Natalie? — dijo él al fin.

Fue hacia ella y dio una vuelta completa a su alrededor, estudiándola como si fuera un caballo de carreras.

—Estás muy cambiada.

Continuó mirándola con los ojos brillantes y ella tuvo la desagradable sensación de ser desnudada por un experto en la materia.

—La gente cambia — contestó, apartándose de él en dirección a la puerta —. De cuando en cuando.

—¿De verdad? — preguntó él como si se tratara de alguna teoría nueva.

La joven advirtió un brillo de burla en el fondo de sus ojos, y se sintió irritada. Había olvidado con qué facilidad aquel hombre la hacía perder el control.

—Yo no he cambiado — declaró él, sentándose e indicándole a ella que se sentara a su vez.

—Está usted muy bronceado — aseveró Natalie —. ¿Hacía mucho calor?.

—Muchísimo. ¿Qué tal tiempo hizo aquí?. Cuéntame.

Volvió a observarla, prestando especial atención a sus senos, que hasta entonces ella había ocultado con ropa ancha y de color oscuro. Le costaba trabajo aceptar la transformación.

—Estoy tratando de iniciar una conversación — dijo ella.

—Nos conocemos demasiado bien como para eso.

Una contestación que en otras circunstancias hubiera parecido íntima. Sin embargo, ella sabía muy bien lo que significaba. Llevaban tanto tiempo trabajando juntos que ambos se comportaban con la familiaridad de una pareja que llevaba muchos años casada.

—Y si vamos a iniciar una conversación de tipo privado — continuó él —. Podríamos escoger un tema más interesante. Por ejemplo: ¿qué demonios te ha ocurrido?.

—Nada — le informó la joven —. Estoy nadando y haciendo ejercicio. Fui madrina de mi sobrino. Por supuesto, tuve mucho trabajo. El asunto de Grafton está resultando más complicado de lo que esperábamos. Aunque se lo dije por teléfono hace unos días, ¿verdad?. El expediente lo tengo en mi escritorio. Si quiere verlo ahora…

Se levantó para evitar que Kane la siguiera mirando con tanta atención.

—Siéntate — le ordenó él —. Hace seis meses que no te veo, y ahora te encuentro convertida en otra mujer. ¿Te has liado con algún hombre?.

Natalie le dirigió una mirada capaz de congelar un cubo de agua.

—Me alegro. No puedo permitirme el lujo de que te comprometas con nadie. Tenemos demasiado trabajo. Este asunto de Hong Kong nos va a afectar muchísimo.

Kane se puso a examinar algunos papeles que estaban sobre su escritorio. La joven ya estaba acostumbrada a su forma de ser. Era común que hablara acerca de un tema durante un rato, y cuando pensaba que ya estaba agotado, lo dejara a un lado sin concederle

mayor atención.

Así trataba a sus mujeres. Y ella había conocido a muchas. Rubias, morenas o pelirrojas, pero todas de la misma talla y parecidas a muñequitas de juguete. Sin embargo, ninguna de sus relaciones duraba mucho tiempo.

Le resultaba inexplicable haberse enamorado de alguien como él. Nadie en sus cinco sentidos podría amar a un hombre cuya idea del amor era regalar un collar de diamantes y pasar un fin de semana en Roma, siempre y cuando su trabajo se lo permitiera y que, al terminar su relación con una mujer, se limitaba a encogerse de hombros.

En ese momento, Kane acababa de apreciar su transformación; se había asegurado de que no le iba a provocar problemas en el trabajo y se dedicó a sus asuntos.

Por esa vez, Natalie no estaba dispuesta a aceptar su actitud con ecuanimidad. Los seis meses que acababa de pasar lejos de su influencia la habían afectado en más de un aspecto. Por eso lo miró y dijo con frialdad:

—Puede estar seguro de que la presencia de un hombre en mi vida no va a afectar mi ritmo de trabajo.

Kane levantó el rostro y frunció ligeramente el ceño.

—Pero no hay ningún hombre, ¿verdad?.

Ella comprendió al instante lo que estaba pensando.

Ante su transformación, la gordita y poco atractiva Natalie Robins era una asistente de confianza. Pero en ese momento, no estaba tan seguro; al verla convertida en otra persona, tenía miedo de que los hombres empezaran a alterar su vida.

—¿Y qué pasaría si lo hubiera? — preguntó —. ¿Acaso las mujeres que hay en su vida le quitan la habilidad para trabajar?.

Él se apoyó en el respaldo de la silla y apoyó la cabeza en las manos. Luego la miró con toda atención. Sus ojos verdes expresaban interés, como si su pregunta la sorprendiera un poco.

—Nada disminuye mi habilidad para el trabajo. Tú deberías saber eso mejor que nadie.

—Entonces, ¿por qué piensa que a mí sí?.

—Las mujeres forman parte de mi vida — admitió Kane —. Pero sé cómo tratarlas y darles el lugar que les corresponde.

No necesitaba decir más. Natalie sabía muy bien a dónde quería

llegar: a recordarle que ella nunca había tenido tanta experiencia con los hombres y que, por lo tanto, no sabría tratar algo tan extraordinario como una aventura amorosa. Lo miró con frialdad. Y cuando al fin habló, lo hizo con voz bien modulada y controlada, aunque por dentro estuviera temblando de ira.

—Ya me he dado cuenta.

Bajó los ojos y se puso a revisar su cuaderno de taquigrafía.

—¿Qué quieres decir con eso? — preguntó él, sentándose en el escritorio.

—Que la forma en que trata usted a las mujeres deja mucho que desear — respondió ella sin titubear.

—Gracias por expresar tu opinión sobre mi vida amorosa. No sabía que mereciera tu desaprobación. ¿O sí lo sabía? — hizo una pausa y continuó: — Creo que sí. Cada vez que una mujer entraba por esa puerta, aparecía en tus ojos un reproche. Sin embargo, nunca dijiste nada. ¿Será que también has cambiado de personalidad?.

La pregunta quedó en el aire, porque Natalie no tenía intención de responder.

—Espero que no, porque a mí me gustabas como eras. Mi vida ya es demasiado complicada de por sí; y no quiero que se complique más porque tú hayas decidido cambiar de repente.

—Tendré cuidado de cambiar solamente fuera de mis horas de trabajo.

«Eres prepotente y egoísta», pensó la joven. «¿Cómo pude enamorarme de ti?». Natalie creyó que con eso quedaba zanjada la conversación; sin embargo, él se inclinó y tomó un mechón de su cabello entre los dedos. Eso la sorprendió tanto, que la obligó a separarse con cierta violencia.

—Es que todavía no lo puedo creer — dijo él riendo —. ¿Por qué lo hiciste? Si no hay un hombre en tu vida, ¿qué ha ocurrido?.

Natalie se puso de pie, pensando que se sentiría mejor si estaba al mismo nivel que él. Pero se arrepintió inmediatamente, pues se encontró demasiado cerca de su rostro hermoso y bronceado.

No le extrañaba que a las mujeres les pareciera irresistible. Incluso en ese momento, a la defensiva, Natalie sintió su atractivo intangible. Kane Marshall poseía una sexualidad innata que conquistaba sin esfuerzo.

—Ése es el comentario más machista que he oído en mi vida — afirmó con frialdad.

—¿De verdad? — rió él —. Eso demuestra una vez más la poca experiencia que tienes con los hombres.

Natalie se volvió para que no viera el rubor que cubrió sus mejillas. No se explicaba por qué se había metido en esa conversación tan personal. Generalmente, era muy cuidadosa.

—Pues si he de juzgar por lo presente, me alegro de no tener esa experiencia — aseveró con firmeza. Pero en cuanto lo dijo, se arrepintió.

—¿De verdad?.

En vez de terminar con la conversación, su aseveración tuvo el efecto opuesto.

—De verdad — musitó.

La joven sintió que el corazón le golpeaba violentamente el pecho, y deseó sentarse. Pero pensó que, de hacerlo, él podría pensar que la conversación en realidad le interesaba.

—Me has ofendido mortalmente — dijo él, con los ojos brillantes de risa.

La chica tuvo ganas de pegarle. ¿Acaso esa era la manera adecuada de incorporarse al trabajo, riéndose de ella?.

—¿Mortalmente? — preguntó —. Avíseme cuando sea el funeral.

Él lanzó una carcajada y la miró apreciativamente.

—No sabes cuánto me alegra estar de regreso, a merced de tu lengua viperina. La secretaria que tuve allí era horrorosa y se pasó los seis meses como si estuviera sometida a trabajos forzados.

Kane volvió a su silla y la joven exhaló un suspiro de alivio. Sin embargo, pensó en la pobre chica. A veces, Kane Marshall llegaba a ser atemorizante. En cuestiones de trabajo era implacable; y como era capaz de comprender con rapidez los asuntos más complejos, con frecuencia perdía la paciencia con quien no fuera así.

Kane empezó a dar instrucciones, y sus pensamientos no tardaron en ser borrados por el torrente de trabajo. Él le mostró las fotografías del edificio de Hong Kong y ella hizo las preguntas adecuadas, una vez que se sintió inmersa en la normalidad del trabajo. Examinaron algunos informes; ella señaló los puntos más importantes y anotó lo que él le dictó.

Cuando vio el reloj, era mediodía. Alzó la vista y se dio cuenta

de que su jefe la miraba con una intensidad poco común. Estaban sentados muy cerca el uno del otro y la joven retiró su silla un poco, tratando de que él no se diera cuenta.

—Tienes un aspecto completamente diferente sin gafas — afirmó Jane —. Nunca antes me di cuenta de que tienes los ojos de un gris sumamente puro.

Natalie parpadeó sorprendida, sobre todo porque la expresión de Kane era de absoluta seriedad.

—¿Es… es un cumplido? — tartamudeó —. Si lo es, muchas gracias. Pero estábamos revisando cifras.

Las manos le temblaban ligeramente. Irritada, las puso sobre el regazo. ¿Por qué reaccionaba de esa forma?. Temblar tanto por un cumplido y ruborizarse porque la miraba… Claro que nunca antes la había mirado con interés… «Es ridículo, ¡patético!», se dijo. «Me niego a ser ridícula y patética».

—Revisaremos las cifras mientras comemos — le propuso al mismo tiempo que se ponía la chaqueta —. Iremos a algún lugar aquí cerca. Jamás imaginé que pudieras cambiar tanto en seis meses.

—No puedo ir con usted — respondió ella.

—¿No puedes?.

—No. Ahora siempre aprovecho la hora de la comida para ir al gimnasio.

Kane se acercó a ella y la obligó a mirarlo.

—No vayas hoy — le ordenó con ese tono de voz que conocía tan bien, un tono que no admitía negativas.

—Lo siento — dijo ella con gran tranquilidad —. Estoy citada allí con una amiga; después del gimnasio iremos a comer una ensalada.

Apagó su ordenador y tomó la bolsa en la que llevaba la toalla, la ropa para el gimnasio y su estuche de maquillaje. Kane la miraba como si creyera que estaba loca y Natalie sintió ganas de reír.

El amor la había hecho ser demasiado condescendiente con él, de modo que siempre lo había obedecido en todo. De ahí su sorpresa al no aceptar su invitación.

—Has cambiado más de lo que parece — afirmó Kane, sonriendo con dureza —. De pronto te has convertido en la mujer más popular del año. Vaya una revelación.

La mano de Natalie se tensó en el asa de su bolsa. La joven conocía muy bien el significado de sus palabras. Durante mucho tiempo, el trabajo había sido el centro de su existencia y todo lo demás siempre estuvo relegado a un segundo término. En ese momento, eso había cambiado. Ella estaba dispuesta a vivir la vida con intensidad, y el trabajo parecía ocupar un lugar importante, pero no fundamental. Esa era una de las decisiones que había tomado durante la ausencia de su jefe, y pensar cumplirla sin titubear. En el pasado se había comportado como una viciosa que necesitaba estar cerca de él. Eso hizo que Kane se aprovechara de ella; y no estaba dispuesta a continuar así. Y cuanto antes lo supiera él, mejor.

—Si usted quiere, hoy puedo quedarme a hacer horas extra — declaró, pasando a su lado con indiferencia —. Pero nada más que hasta las siete, porque esta noche voy a salir.

Kane la siguió y ambos entraron juntos en el ascensor.

—¿A dónde vas?.

Natalie se dio cuenta de que estaba molesto. A Kane le gustaba controlarlo todo… lo consideraba una prerrogativa suya. El hecho de que ella se hubiera transformado en una desconocida a quien no podía manejar a su antojo, lo irritaba.

—Eso es asunto mío — murmuró la joven con dulzura.

Ambos salieron del edificio. La luz del sol aumentó el sensual atractivo de Kane, hasta el punto de que ella tuvo que ahogar un suspiro en su garganta. Eso no había cambiado durante esos seis meses. Desgraciadamente.

—Nos vemos por la tarde — se despidió la joven.

—Sé puntual — respondió él con voz amable, pero en forma de advertencia —. Está bien que tengas muchas actividades, pero procura que no interfieran en tu trabajo.

Natalie lo miró molesta, y desapareció la sonrisa que un momento antes iluminó su rostro.

—¡No es justo que me hable así!. Jamás he descuidado mis responsabilidades, y usted lo sabe…

—No he dicho que…

—Entonces, ¿por qué sugiere que voy a empezar ahora?.

Una pequeña sonrisa apareció en los labios de Kane, aunque su mirada se mantuvo dura y calculadora.

—Por razones que no alcanzo a comprender, decidiste cambiar de imagen. Pero quiero que quede muy claro que no voy a permitir que te distraigas con tu nueva vida social. Ni con tu vida amorosa.

—Lo tendré muy en cuenta — le espetó ella con dureza.

«Y gracias por la bienvenida», añadió mentalmente.

—Nos vemos por la tarde — repitió —. Y no se preocupe; que volveré a tiempo.

Kane se ruborizó levemente, pero ella no mostró señales de suavizarse. Él era un hombre difícil, autoritario y no muy acostumbrado a expresar gratitud cuando ella trabajaba más de lo debido. Además, siempre había dado por hecho que la sumisión de su asistente a la empresa era total.

¿Cómo se atrevía a decirle en ese momento que la iba a vigilar y a exigirle que se atuviera al horario?.

La joven se alejó de él casi corriendo. El gimnasio estaba bastante cerca y se había acostumbrado a ir caminando, deseosa de hacer el mayor ejercicio posible. La chica recordó la mirada apreciativa de Kane, y no pudo evitar sonreír. «Qué impresión se ha llevado». Además de la sorpresa que le había causado el cambio de su apariencia, la divertía pensar que había hecho todo aquello sin consultarlo previamente.

La sonrisa permaneció en sus labios durante todo el tiempo de la comida; y allí seguía cuando volvió a la oficina, unos minutos antes de la una y media.

Kane estaba en su escritorio con un montón de expedientes y un bocadillo a medio comer frente a él. Al verla entrar, dijo:

—Por lo visto, te lo has pasado muy bien.

Natalie se detuvo y lo miró, todavía sonriendo.

—Muy bien, gracias.

Nada más dejar la bolsa bajo su escritorio, él la llamó.

—Me alegro por ti. No quisiera interrumpir el estado de euforia en el que te encuentras, pero, ¿podrías traerme una taza de café?. Además, deseo preguntarte algunas cosas sobre el proyecto Wilkes.

La sonrisa desapareció de su rostro. Kane estaba buscando pelea. Ella lo advirtió en su voz y en su actitud cuando entró en su oficina minutos después llevándole el café. Con las manos detrás de la cabeza y los ojos entornados, no engañaba a nadie.

Por lo tanto, dejó la taza frente a él y se sentó.

—Íbamos a hablar del proyecto Wilkes — le recordó, sonriendo fríamente.

La joven había olvidado la capacidad que tenía Kane para hacerla sentirse incómoda.

—Ah, sí. El proyecto Wilkes. Cuando me fui, había que aclarar algunos detalles y por lo visto, los detalles no han sido resueltos. ¿Hubo algún problema, o se te olvidó?.

Natalie exhaló un suspiro de fastidio.

—¿Te molesta mi pregunta? — dijo él con voz suave, pero cortante.

«Cuenta hasta diez», pensó la chica. «Acuérdate de que la paciencia es una virtud». Cuando Kane se ponía así, necesitaba toda la paciencia del mundo.

—En absoluto — respondió —. De todas formas se lo iba a explicar.

—Pues empieza.

—Hace dos meses les entregamos un embarque de mercancía de calidad menor a la estipulada, y están esperando que se les dé una nota de crédito por ella.

—¡Dos meses! — exclamó Kane, arqueando las cejas —. ¿Quién demonios lleva esa cuenta?.

Natalie se lo dijo, y esperó a que desahogara su furia por teléfono. En dos minutos resolvió un problema que llevaba dos meses sin ser resuelto. Con Kane Marshall nadie jugaba.

Luego, Kane llamó a Ben Wilkes y utilizando todo el encanto que lo había llevado a ocupar la posición que tenía, no sólo arregló el asunto con él, sino que lo convenció de que le hiciera otro pedido. Colgó y sonrió ampliamente.

Al verlo, la joven se alegró de haberse obligado a mantener siempre una apariencia indiferente, pues aquellas sonrisas causaban en ella un efecto devastador.

—Los negocios son muy fáciles — dijo Kane perezosamente —, si sabes cómo hacerlos.

—Estaban tardando demasiado con esa nota de crédito — admitió ella.

—La gente miope y de espíritu burocrático no sabe hacer dinero.

—No todo el mundo tiene como meta más importante hacer dinero — afirmó ella.

Kane se inclinó en dirección a la chica, frunciendo el ceño.

—¿De dónde rayos has sacado esa idea?. Hacer dinero es muy importante; es el motor que mueve el mundo.

En la mente de Natalie surgió el deseo de ser prudente y de permanecer en silencio; pero fue más fuerte el impulso que sintió por ser sincera.

—Será el motor que lo mueve a usted, pero a mucha gente le parece que es un esfuerzo que no vale la pena hacer.

—¿A mucha gente o a una persona en particular? — preguntó él con perspicacia.

—¿A quién se refiere?.

—Vamos, vamos, no te hagas la inocente. Nos conocemos demasiado bien como para eso. Todas esas observaciones sobre la vida… y esa figura tan atractiva cuando hasta hace poco no te importaba ni cómo te vestías… por fin has encontrado a un hombre, ¿verdad? — sus facciones revelaban el interés que lo animaba —. No trates de negarlo. Mi dulce asistente, la única mujer en quien confiaba plenamente ha conseguido un amante. Casi puedo distinguir su aroma en tu cuerpo.

La cólera la hizo palidecer por un instante, pero luego tuvo la reacción contraria. Se levantó completamente ruborizada y, sin pensarlo ni por un instante, lo abofeteó con todas sus fuerzas. Al instante la mano le ardió por el impacto y luego miró horrorizada la marca rojiza que le había dejado en la mejilla.

—Perdón — dijo débilmente, abriendo mucho los ojos —. No sé qué me ha pasado.

Los ojos de Kane ya no la miraban con diversión. Parecía furioso. Se inclinó hacia ella, apoyó una mano el escritorio y con la otra la atrajo hacia sí. Al hacerlo, las horquillas de Natalie se soltaron y su cabeza cayó sobre su rostro y hombros.

—No vuelvas a hacer eso. ¿Me oyes?.

Los ojos de ambos se encontraron. Por un momento, la chica se sintió al borde del desmayo al verlo tan cerca. Pero se dominó y apretó los labios hasta formar una línea.

—Usted me provocó — afirmó, sabiendo que no debía prolongar la situación, pero se sentía incapaz de permanecer en silencio.

—Te pago para que desempeñes un trabajo. No tengo necesidad de aguantar tus caprichos.

Natalie abrió más los ojos, asombrada. ¿Sus caprichos? ¿con qué derecho la acusaba de provocar aquella situación?. Sin embargo, se contuvo. Se mordió la lengua y dijo:

—De acuerdo, señor. Trataré de no olvidarlo.

Quiso añadir otro «señor», pero prefirió ser prudente.

—Bien.

Sus rostros seguían muy juntos, y la mano de Kane estaba hundida en su cabello.

—Tengo que ir a una junta — le dijo —. Estaré ocupado el resto del día. Espero que mañana vuelvas a ser la misma de siempre.

La soltó bruscamente y se alejó.

—Entonces — preguntó la chica, recuperando la compostura —. ¿No me necesitará esta tarde?.

Él se volvió a mirarla con expresión inescrutable.

—No — respondió bruscamente —. Esta tarde, no. Hoy tengo un compromiso mucho más atractivo que el trabajo.

Salió de la oficina y Natalie se dejó caer en su silla. Sus palabras la dejaron consternada, y sintió un acceso de cólera contra sí misma pues sabía muy bien a dónde iba. A Maison Française, un restaurante elegante y caro, su lugar favorito para llevar a una mujer. Lo que no sabía era con quién iría.

Lo que más le dolía era que deseaba que no le importara, pero le importaba profundamente. «No voy a dejar que destroce mi vida», se dijo con decisión. «Que se dedique a seducir a todas esas mujeres que esperan poder echarle las manos encima». Y después de un momento de reflexión, añadió: «Sólo espero que Kane nunca se dé cuenta de que yo estoy en las mismas condiciones».

Capítulo 2

UNA hora más tarde, Natalie se estaba arreglando para salir. Desconcertada y frustrada, se dijo que las emociones que seis meses antes había jurado dominar, seguían vivas y tan intensas como antes. Se maquilló cuidadosamente y se miró en el espejo. ¿Para qué perder el tiempo pensando en ese hombre?. Le resultó fácil mientras él estuvo ausente. Sin embargo, en un solo día, Kane Marshall logró imponer su poderosa personalidad, y todas las buenas intenciones de Natalie se desvanecieron.

«No voy a ser muy buena compañía hoy», pensó con desaliento. «A ver si no les estropeo la noche».

Estaba citada con su amiga Claire y con su hermano en un restaurante cercano a Covent Garden, especializado en comida Suiza. Claire era amiga suya desde la adolescencia, y le encantaba su compañía. A su hermano Eric lo recordaba vagamente como un muchacho agradable y divertido; después de la tensión vivida durante ese día, sin duda eso era lo que necesitaba.

La joven los encontró esperándola en el restaurante. En cuanto entró, examinó el lugar con interés. Era pequeño, decorado en tonos crema y rosa. Casi todas las mesas estaban ocupadas por hombres y mujeres bien vestidos. Entre ellos, reconoció a sus amigos.

Claire era pequeña y pelirroja. Eric, en los años que dejó de verlo, se había convertido en contable. Tenía un aspecto formal y conservador.

—Nunca imaginé verte vestido de traje, Eric — dijo sonriente, aprovechando que su amiga había ido a empolvarse la nariz —. ¿A dónde va el mundo si la gente cambia en esa forma?.

Él replicó con comentarios sobre los cambios sufridos por ella, y ambos rieron. A Natalie le pareció un compañero agradable, inteligente y que no le exigía nada. Y eso era precisamente lo que Natalie necesitaba. Al cabo de unos minutos, se sintió más tranquila.

En un momento en que se inclinó, riendo por algo que él había dicho, oyó una voz familiar.

—Qué sorpresa. No sabía que te gustara este lugar.

La joven no pudo evitar hacer un movimiento de sorpresa al ver

que Kane se acercaba. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿pensaría sentarse a charlar con ellos?. Sinceramente, esperaba que no.

Lo acompañaba una chica rubia de figura extraordinaria a quien reconoció de inmediato, pues Kane había estado saliendo con ella hasta antes de irse a Oriente. Por la forma en que se colgaba de su brazo, era evidente que su ausencia no había logrado mitigar su ardor. Se llamaba Anna, y apenas se dignaba a dirigirle algunas palabras al pasar por la oficina; mirarla, nunca. Sin embargo, esa vez sus ojos de color verde esmeralda estaban convertidos en dos finas rendijas.

—Eres la secretaria de Kane, ¿verdad? — preguntó descaradamente —. Robin «algo». O «algo» Robin, no me acuerdo.

Lanzó una carcajada, pero su mirada permaneció dura.

—Sí, soy yo — contestó Natalie con sencillez.

Anna la miró con incredulidad y luego se volvió hacia Claire, que llegaba en ese momento.

—Ha cambiado mucho, ¿verdad? — dijo.

—Mucho — se apresuró a contestar Natalie, para evitar que su amiga se comprometiera.

—Durante mi ausencia, se inscribió en una asociación deportiva, o algo así — intervino Kane, mirándola de forma acusadora.

Miró a Eric y levantó una ceja imperceptiblemente, aunque lo suficiente como para que la chica se diera cuenta de lo que estaba pensando; sin embargo, prefirió ignorarlo.

—¿Ah, sí? — preguntó Anna, pegándose a Kane todo lo que le fue posible.

«¿Qué les ve a estas mujeres?», se preguntó Natalie, celosa. «Que tontería. ¡El cuerpo, por supuesto!. Kane tiene todo el estímulo mental que necesita en su trabajo. Todas las mujeres con las que sale, y no son pocas, son verdaderas obras de arte, con piernas largas y un aspecto seductor… Todo lo que yo no poseo. Y jamás tendré esa personalidad que tanto le gusta a Kane».

Lanzó a Eric una cálida sonrisa, con un deseo inconsciente de decir a su jefe, y también a sí misma, que no era el único hombre en el mundo. Él pareció ligeramente impresionado.

—Muchas veces he pensado en entrar en una asociación de esas — dijo Anna con una sonrisa incitante que estuvo dirigida a los hombres, pero no a las mujeres —. Aunque nunca he tenido motivos

para hacerlo. Para eso, hace falta tener algunos kilos de más, ¿verdad?.

—Verdad — asintió Natalie, de forma cortés.

Sin poder evitarlo, le dirigió a Kane una mirada que parecía preguntar: «¿Es lo mejor que has conseguido para cenar?». Él apretó los labios, molesto.

—¿Nos sentamos, cariño? — murmuró al lado de Anna.

Natalie se los quedó mirando mientras se alejaban en dirección a su mesa, la cual estaba situada en el extremo opuesto del salón. Naturalmente, era la mejor mesa. En cuanto Kane entraba en algún restaurante, los camareros aparecían por todas partes y lo rodeaban, respondiendo a la autoridad que emanaba de él.

Cuando comenzó a trabajar con Kane, la impresionó esa reacción de la gente, pero en ese momento la irritaba. Después de todo, su jefe era un hombre como todos. ¿Acaso nadie se daba cuenta?. Si todo el mundo lo tratara como a un hombre, y no como a un dios, él acabaría por darse cuenta de que no era superior a nadie.

Kane parecía muy concentrado en lo que Anna le estaba diciendo. Tal vez se encontraban planeando lo que iban a hacer después de la cena.

«Después de todo», pensó la joven, «no se han visto en mucho tiempo. Aunque dudo que lo que suelan hacer sea hablar». Durante el resto de la noche, estuvo muy atenta a lo que hacían Kane y Anna. Sobre todo, puso mucha atención al lenguaje del cuerpo de la mujer, que era muy explícito a inclinarse hacia él para dejarle ver su escote.

Por fin se levantaron para irse. Kane inclinó la cabeza ligeramente para despedirse.

—Es guapo tu jefe — comentó Claire, siguiendo la dirección de su mirada.

—Sí, supongo que sí.

—¿Era su esposa?.

—¿Esposa? — dijo ella, molesta —. Mi jefe opina que el matrimonio sólo es bueno para los demás.

—¿Y tú? — preguntó Eric, mirándola con curiosidad.

Natalie se ruborizó, pero no contestó.

—Yo creo que el matrimonio es una cosa muy importante —

continuó él —. Pero no debe entrañar ningún sentimiento. Pienso que es como un negocio.

Natalie lo miró sorprendida. Por el rabillo del ojo vio que Claire sacudía la cabeza, pidiéndole que no abordase una discusión inútil.

Un poco más tarde, cuando ya se disponía a tomar un taxi para irse a casa, Eric la llamó aparte y le preguntó si podía verla nuevamente.

—Sería una pena pasar otros seis años sin vernos — dijo riendo suavemente.

La chica estuvo de acuerdo.

—Me encantará volver a verte. Pero quiero que una cosa quede bien clara: nada de dejarse llevar por las emociones. No deseo tener compromisos de ninguna clase.

—Yo tampoco — murmuró él con sinceridad.

Luego, la joven le dio su número telefónico con rapidez, pues el conductor del taxi parecía impaciente. Ya en camino, se dijo que Eric era un joven muy agradable, pero que terminaría por causarle complicaciones; y de eso ya tenía bastante.

La chica no tardó en olvidar el incidente. Eso era lo bueno de trabajar con Kane Marshall: que en cuanto entraba en la oficina, la hacía olvidar todos sus problemas para concentrarse en su trabajo.

El día siguiente llegó a las ocho y media en punto, y lo encontró allí, con la corbata suelta y las mangas enrolladas hasta los codos, como si ya llevara horas trabajando.

—Buenos días — saludó la chica, al mismo tiempo que colgaba su chaqueta.

Luego se dedicó a preparar dos tazas de café. Sus grandes ojos grises aparentaban serenidad, pero en su mente surgían miles de pensamientos. ¿Dónde había llevado Kane a Anna una vez que salieron del restaurante? ¿habrían hecho el amor?. Esa idea la lastimó tanto que tuvo que apretar los labios para evitar que de ellos saliera un gemido.

¿Acaso ése era su destino?. Vivir a su lado, mirándolo, sabiendo que se acostaba con todas esas mujeres… Vivir bajo la influencia constante de los celos… La joven se negaba a seguir atrapada, como un pez en la red, que viera la libertad del mar y no pudiera alcanzarlo. Era eso lo que la obligaba a ser brusca con Kane, por más que tratara de parecer indiferente.

Le dio su taza y Kane murmuró algo, sin mirarla siquiera. Ya se dirigía al santuario de su propia oficina, cuando él le preguntó:

—¿Qué rayos pasa con ese contrato de Tony Harding?.

Él la recorrió con la mirada, y luego fijó la vista en su rostro. Natalie soportó su escrutinio lo mejor que pudo. Kane examinaba a todas las mujeres de la misma forma; era parte de su forma de ser, y no tenía ningún significado especial. Sin embargo, a Natalie le pareció leer algo en sus ojos, algo que no pudo descifrar. Así que se limitó a bajar la mirada.

—Está detenido hasta que se aclaren algunas cláusulas — respondió sin titubear —. Quiere copias de algunos cambios que se han hecho, pero no se las hemos enviado.

—¿Porqué?.

—Tendrá que preguntárselo a Roseanne y al señor Douglas. Ellos han estado llevando ese asunto.

—Querrás decir que no lo han estado llevando — se sentó y la miró durante largo rato —. ¿Por qué no te ocupaste tú de ello?.

—Porque no tenía su consentimiento — respondió al instante.

Kane se aflojó la corbata un poco más, y la mirada de Natalie se fijó en el vello oscuro que poblaba su pecho. Inmediatamente se dominó, y adquirió una expresión más adecuada al momento.

—¿Te gustaría supervisar algunas pequeñas cuentas? — le propuso él —. Encargarte de que las negociaciones lleguen a buen término. Sobre todo las más delicadas, como la de Tony Harding. Yo no puedo hacerlo todo.

—¿No? Ahora sí que me sorprende usted.

—¿A qué viene ese sarcasmo? — inquirió él, arqueando una ceja —. Muy pocos jefes aguantan que les contesten así.

Hubo algo en su voz que la dejó confundida. ¿Acaso estaba flirteando?. No, claro que no. Fue su imaginación. En cuanto lo decidió, le dedicó una sonrisa levemente irónica.

—Yo tengo la suerte de tenerlo a usted por jefe.

—Hablando en serio, ¿qué te parece?. En cierta forma es un ascenso, y habrá también un aumento de sueldo. Tal vez podría darte un automóvil de la compañía.

La oferta la sorprendió tanto, que tardó en contestar.

—¿Puedo pensarlo de aquí a mañana? — le pidió.

En vez de una respuesta inmediata, él frunció el ceño y se puso a

tamborilear en el escritorio con su pluma; luego, por fin, suspiró con impaciencia.

—¿Es necesario pensarlo?. Cualquiera hubiera aceptado de inmediato.

Natalie se lo quedó mirando, sorprendida, pues no esperaba esa reacción. A ella le parecía muy natural pedir un plazo para pensarlo.

Kane se levantó y fue hacia la ventana. Durante un momento miró a la calle; luego se volvió y se sentó en el alféizar, cruzando los brazos, y la miró de forma interrogante.

—Sólo estoy pidiendo unas horas — afirmó ella, aún aturdida.

—¿Por qué? ¿quieres consultarlo con alguien? ¿no puedes decidir por ti misma?.

—¿Perdón?.

—Te estoy ofreciendo la oportunidad de tu vida, un excelente aumento de sueldo — dijo una cifra que la hizo atragantarse, y continuó con la misma voz monótona y dura —. Y aún así, no estás segura si debes aceptar o no. ¿Temes que Eric no lo apruebe?.

Natalie abrió mucho los ojos. ¿De qué estaba hablando?. No tardó en darse cuenta. La noche anterior la había visto con el chico, y había sacado una conclusión equivocada. Seguía empeñado en que su cambio se debía a la influencia de algún hombre. Kane no podía comprender que una mujer quisiera mejorar por sí misma.

En cuestión de trabajo, su jefe dependía totalmente de ella, y lo que estaba haciendo era afirmar su autoridad. Dándole ese ascenso se aseguraba de que no se marchara de la compañía, y todo seguiría como siempre. Natalie estuvo a punto de decirle que Eric no tenía nada que ver con el asunto, pero algo la detuvo.

—¿Y por qué no debía aprobarlo? — preguntó.

A él no le gustó esa pregunta. Parecía molestarle pensar que mantenía relaciones con un hombre. Durante cinco años, Natalie siempre había estado dispuesta a obedecerlo sin importarle el horario, y lo mismo se presentaba a una junta a la hora del desayuno, que durante el fin de semana. Como Kane no contestó, ella dijo:

—Si es tan necesario que le responda en este instante, entonces acepto.

El jefe se tranquilizó visiblemente.

—El departamento de personal te hará el nuevo contrato.

—Pasaré a firmarlo esta tarde — le prometió.

En vez de continuar con su trabajo, él, se la quedó mirando hasta que la hizo ruborizarse.

—¿Puedo irme ya? — preguntó —. Quisiera empezar a organizarme.

Él ignoró su comentario y dijo:

—Tengo razón, ¿verdad?. Eric es el hombre.

Natalie se preguntó cómo podía decirle que tenía cosas más importantes que hacer que hablar de un novio inexistente. Sin embargo, recapacitó, diciéndose que el ascenso era demasiado bueno como para echarlo a perder por un desplante.

—Si usted lo dice — contestó, mirando su reloj.

—¿Qué quiere decir eso? ¿es Eric el hombre o no?.

—No creo que tenga que contestar a eso — declaró ella, conteniéndose para no cometer una imprudencia.

A la joven ya empezaban a dolerle los pies por estar tanto tiempo sin moverse. Quería volver a su escritorio, pero sabía que era imposible; nada irritaba tanto a su jefe como que lo dejaran con la palabra en la boca.

—Pues parece muy aburrido — dijo él.

—¿Usted cree? — inquirió irritada.

Estaba enfadada por Eric, aunque no tuviera nada que ver con él. A ella le molestaba el hecho de que Kane juzgara a una persona sólo por haber intercambiado unas cuantas palabras con ella.

—No te pongas así — repuso Kane con calma irritante —. No fue más que un comentario.

—Yo me pongo como quiero. Además, vivimos en un país libre, y usted puede hacer todos los comentarios que quiera.

—Nunca imaginé que ese fuera tu tipo de hombre. Desde luego, inspira seguridad; muchas mujeres buscan la seguridad, aunque yo no me explico por qué.

Kane bajó la mirada y Natalie lo miró, molesta. Él parecía provocarla de forma deliberada, y ella estaba cayendo en su trampa.

—Yo no busco seguridad — afirmó de forma determinante —. Para que aprenda usted a no generalizar.

—¿De verdad? — la miró con una mezcla de curiosidad e interés —. Tú debes de ser la excepción.

—Más bien es que usted está completamente equivocado en sus apreciaciones sobre el sexo femenino — le sonrió dulcemente, recobrando el control —. Pero no, ¿verdad?. Ni siquiera puede imaginar que se haya equivocado en algo.

Kane rió como señal de que le gustaba su incisiva respuesta, y ella tuvo que esforzarse para no imitarlo. No, no era ella una mujer que buscara la seguridad. ¿Por qué conformarse con una cosa tan sencilla, cuando era mejor desperdiciar su vida estando secretamente enamorada de ese arrogante, atractivo y brillante hombre que estaba sentado frente a ella?.

Kane miró el expediente que estaba sobre su escritorio y puso la mano en el auricular del teléfono. Natalie comprendió que su mente volvía al trabajo, después de ese pequeño episodio que a ella le había hecho caer en un torbellino de emociones.

—¿Necesitas ayuda para la transferencia de las cuentas? — preguntó él, confirmando sus pensamientos.

—Deme una lista de las cuentas que quiera que atienda. Creo que las conozco todas, pero tal vez sea conveniente que me señale las peculiaridades de cada una.

—De acuerdo. Lo haré esta noche — contestó bruscamente, al mismo tiempo que marcaba un número —. ¿Ya no estás en contra de trabajar tiempo extra?.

—Nunca lo estuve — repuso ella de forma evasiva.

—Muy bien — cubrió el auricular con la mano y le ordenó: — A las siete, en mi apartamento. O'Leary nos preparará algo de cenar.

Natalie abrió la boca. Esa no era la idea que ella tenía de trabajar horas extra. Sí, en varias ocasiones había estado en su apartamento trabajando; pero siempre hubo otras personas presentes, y ella sólo se ocupó de hacer anotaciones y de atender a la gente. Sin embargo, siempre se sintió incómoda. En ese momento no le agradaba la idea de tener que revisar los expedientes para Kane, solos en su apartamento, con la única compañía de O'Leary, que se retiraba temprano a ver la televisión y que además era un poco sordo.

—Yo… — empezó a decir.

Pero él ya estaba hablando por el aparato, y la despidió con un ademán.

Ya estaba a punto de salir de la oficina, cuando se le volvió a

presentar la oportunidad de ver a su jefe y le comentó que no le agradaba la idea de trabajar en su apartamento.

—Tres de los expedientes están allí. Los más complicados — entornó los ojos y la miró con suspicacia —. ¿No estarás tratando de decirme que no quieres trabajar horas extra?. La labor que te voy a encomendar requerirá trabajar más tiempo, y no toleraré que te la pases mirando el reloj.

—Lo sé perfectamente — repuso la chica.

Él se preparaba para ir a otra junta, esa vez con sus consejeros financieros.

—Bien — agregó con tono cortante —. En ese caso, no hay problema.

—No. No lo hay — admitió ella al fin.

Llegó a su apartamento con el tiempo justo de darse una ducha antes de volver a salir. Empezaba a secarse cuando sonó el teléfono, y por un momento pensó que sería Kane, para cancelar la cita.

No tuvo suerte. Al cabo de un instante reconoció la voz de Eric. Natalie procedió a vestirse, manteniendo el auricular sujeto con el hombro, mientras se ponía unos vaqueros y una blusa ligera.

Eric charlaba con gran entusiasmo, hasta que ella lo interrumpió suavemente y le dijo que tenía que salir. Sabía que le iba a pedir una cita. Después de todo, ella lo había alentado a ello. Aun así, cuando Eric la invitó a cenar algún día de esa semana, ella titubeó ligeramente.

¿Acaso estaba cometiendo un error? ¿podría confiar en él?. Natalie temió que quisiera iniciar una relación con ella, a pesar de que le había advertido que no quería nada de eso.

Entonces recordó a Kane; rememoró la belleza de su rostro y la fila de mujeres que andaban detrás de él. Y obedeciendo a un fuerte impulso le dijo a Eric que sí, que le encantaría ir al teatro y luego a cenar.

—Tendremos que vernos temprano — le propuso él —. ¿Puedo pasar a recogerte a la oficina a las seis de la tarde?.

«Es lo mejor que puedo hacer», pensó cuando se dirigía al apartamento de Kane, el cual se encontraba en St. John's Wood. «No voy a volver a caer en el círculo vicioso de antes, de trabajo y más trabajo. Aunque eso signifique perder el ascenso. Además, Kane ya sabe que salgo con Eric y no tendré que darle más explicaciones».

Llovía intensamente, y había mucho tráfico. En ocasiones como ésa, le entraban ganas de volver a la tranquilidad de los pueblos donde había crecido y olvidar todo lo referente a Londres, incluyendo a Kane Marshall.

—Te aburrirías al cabo de una semana — solía decirle su hermana, que vivía en un pueblo pequeño y tranquilo —. Londres se te ha metido en la sangre.

«No sólo Londres», se dijo tristemente. «¡También Kane!. Lo que debo hacer es borrarlo de mis pensamientos.»

Aunque el taxi la dejó frente al edificio, llegó empapada. O'Leary le abrió la puerta, y en cuanto entró, se quitó los zapatos.

—Está lloviendo mucho. No quiero ensuciarle la alfombra.

O'Leary tomó su chaqueta y preguntó:

—¿Está lloviendo?.

«No tiene puesto el aparato para la sordera», pensó. Todo el mundo se preguntaba por qué Kane conservaba a un sirviente así, pero Natalie sabía que su jefe era demasiado indulgente en ciertos aspectos. O'Leary llevaba muchos años trabajando para su familia, y cuando sus padres se fueron a vivir al sur de Francia, se quedó con él.

—El señor Kane está en la sala — le informó O'Leary —. Trabajo, trabajo, trabajo… Los jóvenes de ahora no saben hacer otra cosa.

Natalie prefirió no contestar. Hablarle cuando no llevaba puesto el aparato era un verdadero tormento. Miró a su alrededor. El apartamento era sensacional. Siempre la impresionaba la mullida alfombra de color verde claro. En las paredes había colgadas varias pinturas, la mayoría de estilo impresionista. A Natalie le parecía extraño que un hombre tan emprendedor y dinámico como Kane viviera en un ambiente tan tranquilo como ése.

O'Leary la llevó a la sala, y proclamó a gritos que serviría la cena en media hora; añadió que estuvieran puntuales en el comedor, porque había un programa de televisión que quería ver.

—No sé por qué conservo a este hombre — dijo Kane, cuando el anciano se alejó.

Fue al mueble de las bebidas y se sirvió una ginebra; a Natalie le ofreció vodka con zumo de naranja.

—Porque le rompería el corazón verlo irse — contestó ella.

—Debí mandarlo con mis padres hace tiempo.

Los expedientes estaban en la mesa de mármol frente a la chimenea, y Natalie fue a tomar uno de ellos. Cuanto antes empezaran, más temprano podría irse a su casa. Iba a decir algo al respecto cuando oyó una voz sedosa y familiar. Era Anna, que estaba en la puerta, descalza y con el cabello suelto.

—Ahora entiendo por qué cancelaste nuestra cena — dijo con una fría sonrisa. Se acercó al sofá y se puso unas zapatillas de ballet, color dorado —. ¿Tengo razón? — preguntó dirigiéndose a Kane —. Aunque si has decidido cambiarme por ella, estás perdiendo el gusto.

—Tenemos que trabajar, Anna. Además, no tengo por qué darte explicaciones. Cállate hasta que llegue el taxi — contestó él mirándola con una mezcla de aburrimiento y diversión.

—Ya está pasado de moda acostarse con las secretarias.

Hubo un indicio de llanto en la mujer, y Natalie prefirió ser prudente.

—No me acuesto con el señor Marshall — contestó tensa —. He venido a trabajar. Aunque si eso le causa algún inconveniente, puedo volver a mi casa de inmediato.

Se inclinó para tomar su bolso, pero Kane le ordenó:

—No te muevas. La que se va es Anna.

—Yo sólo quería estar contigo un rato más — dijo la mujer con voz quebrada.

Natalie sintió un poco de pena por ella.

—El trabajo es lo primero — declaró él.

Anna se mordió un labio y lanzó a Natalie una mirada de desprecio.

—Amor mío, me he dejado el bolso arriba. En tu habitación — dijo —. ¿Quieres traérmelo, por favor?.

Kane chasqueó la lengua, impaciente, pero se dirigió a la escalera. En cuanto se encontraron solas, Anna se volvió hacia la chica. Su voz se endureció como por encanto.

—Debí imaginármelo. La pequeña y fea secretaria sigue un curso de belleza y quiere quitarme a mi hombre. Pues si eso es lo que te propones, prepárate, porque no será fácil.

Capítulo 3

NATALIE se quedó mirando a la otra mujer, asombrada.

—¿Lo que me propongo? — preguntó con voz débil.

Anna se adelantó y Natalie dio un paso atrás, rechazando de esa forma la posibilidad de una pelea abierta.

—No finjas que no me entiendes — repuso Anna, al mismo tiempo que miraba hacia la puerta para asegurarse de que Kane estaba ausente.

Natalie sabía que su jefe detestaba las escenas como esa, en la que dos mujeres se encontraban peleando en su elegante sala. Mejor dicho, una mujer peleaba, y la otra estaba atónita.

—Estás equivocada — afirmó la chica, reuniendo todo su valor y su inteligencia para hacer frente a la situación —. No tengo intención de quitarte a «tu hombre».

—No te creo.

Natalie se encogió de hombros.

—A mí me parece demasiada coincidencia que mejores tu apariencia y al mismo tiempo te presentes en el apartamento de Kane para «trabajar» — afirmó la mujer con malicia —. ¿Qué te crees? ¿que nací ayer?.

—Te juro que he venido a trabajar — contestó Natalie haciendo gala de su paciencia, señalando los expedientes que estaban sobre la mesa —. ¿O qué crees que es eso?.

«¿Un nuevo estilo de adornos para la casa?», estuvo a punto de preguntar.

—Eso no es más que un pretexto para venir a ver a Kane.

—No me interesa Kane Marshall — declaró la chica, empezando a perder la paciencia —. Además, esta conversación me parece ridícula.

—No me digas que no te interesa. ¡Siempre te ha interesado!. Aun cuando eras una gordita escondida detrás de unas enormes gafas. No creas que me engañas.

Se quedaron en silencio. Natalie se volvió y tomó uno de los expedientes para ocultar el temblor de sus manos; fingió examinarlo atentamente y volvió a dejarlo sobre la mesa.

¿Anna hablaba en serio, o había sido solamente un ardid?. Si era

eso último, su puntería fue excelente. Por otra parte, si todo lo que había dicho era fruto de sus observaciones, las consecuencias eran dignas de ser examinadas; porque si ella se había dado cuenta de todo en sus breves visitas a la oficina, entonces Kane debía de saberlo todo.

Natalie deseó que la tierra se abriera y se la tragara, o que un ciclón la llevara a otro planeta. Pero como nada de eso ocurrió, trató de controlarse y dijo con frialdad:

—No tienes la menor idea de lo que ocurre. Te estás dejando llevar por los celos, que son completamente infundados. Y no tengo por qué escucharte.

¿A dónde podía ir?. No tenía la menor idea. Desde luego, no permitiría que la viera huir, derrotada. Eso equivaldría a admitir que tenía razón en sus suposiciones. De pronto se oyó el timbre de la puerta. Luego oyeron a Kane hablando con el conductor del taxi, y Anna se volvió hacia ella rápidamente.

—Te lo advierto — dijo con determinación —. No le pongas las manos encima. Ese hombre es mío.

—¿Ya lo sabe él?.

Anna se ruborizó y luego se puso lívida. Por un momento, Natalie temió que su reacción fuera violenta.

—Te crees muy lista — la amenazó la mujer —. Pero si cometes el error de lanzarle el anzuelo a Kane, ya veremos quién es la más lista de las dos.

El hombre apareció en la puerta y miró a ambas con expresión ausente. Anna había presentido su llegada y ya estaba sonriendo seductoramente. Natalie, por su parte, esbozó en sus labios algo que quiso ser una tranquila sonrisa.

—Me ha encantado nuestra conversación — dijo Anna, al mismo tiempo que corría a colgarse del brazo del hombre.

—A mí también — respondió la chica, esforzándose por controlarse.

Natalie tuvo que presenciar cómo Anna besaba a Kane sin la menor inhibición. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

«No seas tonta», se dijo. «¿Qué espera conseguir con eso? ¿que los celos te hagan desmayarte? ¿o simplemente quiere demostrarte quién manda aquí?».

O'Leary apareció en ese momento y gritó exasperado:

—¡El taxi espera!.

Anna lo miró irritada y Natalie no pudo evitar esbozar una sonrisa de burla. O'Leary se llevó a la mujer casi a la fuerza, y le advirtió a Kane que serviría la cena en cinco minutos.

Éste se limitó a sacudir la cabeza y entró en la sala, con las manos en los bolsillos y el cabello aún despeinado por las manos de Anna.

—De haber sabido que los estaba interrumpiendo, no hubiera venido — declaró Natalie con frialdad.

Se dirigieron hacia el comedor, pero ella se aseguró de que hubiera una distancia prudente entre los dos.

—¿Interrumpiendo qué? — preguntó él —. Lo dices como si me hubieras sorprendido en la cama con ella.

—Si hubiera llegado antes de tiempo, seguramente — musitó ella —. Porque no creo que siempre ande descalza.

«Parezco una esposa celosa», pensó molesta. «Lo último que quiero es que piense que me importa su vida privada; sin embargo, estoy a un paso de pedirle explicaciones acerca de lo que hace».

En ese momento entraron en el comedor, y Natalie hizo algunos comentarios acerca de la decoración. Él no prestó atención a ese intento de cambiar la conversación y dijo:

—A Anna le gusta quitarse los zapatos cuando está aquí. Debe de ser que le molestan esos enormes tacones que usa. Por lo menos, tú me evitas la molestia de verte haciendo equilibrio sobre esas cosas que, por no sé qué oscura razón, a muchas mujeres les parece algo elegantísimo. Habrás cambiado muchas cosas, pero me alegro de comprobar que otras siguen igual que antes.

Se sentaron en lados opuestos de la mesa, y O'Leary les sirvió una ensalada de aguacate a la vinagreta. Natalie inició una conversación sobre las obras de teatro en cartelera, los últimos estrenos de cine y los diferentes tipos de comida.

—Me sorprendió encontrarte el otro día en ese restaurante — la interrumpió él —. ¿Vas allí con frecuencia?.

—Fue la primera vez — al ver que no hacía ningún comentario al respecto, añadió: — Lo inauguraron hace poco.

—Lo sé. Me lo recomendaron en la Maison Française. Es de los mismos dueños.

—No lo sabía.

—Lo que más me sorprendió es que fuerais los tres.

La miraba con una expresión entre divertida y curiosa. Kane sabía muy bien que la irritaba mucho que se metiera en su vida privada. Natalie sospechaba que, en realidad, quería imaginarla en circunstancias muy diferentes a las de su vida laboral.

Sin embargo, en ese momento la cosa era diferente. Aquella noche la vio en una situación distinta a las del trabajo, y seguramente eso lo incitaba a averiguar más cosas sobre su vida privada. Estaba jugando con ella, y la chica decidió que ella podía hacer lo mismo; por eso decidió no contestar y se concentró en la ensalada.

—Delicioso — dijo.

—Delicioso — la imitó él, ligeramente burlón.

—Es una suerte contar con un cocinero como O'Leary. La mayoría de los solteros tienen que comer todos los días en restaurantes, o comprar alimentos preparados.

—¿Entre «los solteros» incluyes al fascinante Eric?.

Lo dijo con tanta insolencia, que la irritó. ¡Qué engreído era!.

En ese momento entró O'Leary con el plato principal, que eran costillas de cordero con salsa de mostaza. Para alivio de Natalie, Kane dejó de interesarse por su vida privada y empezó a hablar del trabajo. La joven hizo muchas preguntas sobre lo que su jefe esperaba de ella en su nuevo puesto. Kane la puso al tanto de varios detalles que no estaban en los expedientes, y le contó todas las anécdotas que pudo acerca de los directores de dichos negocios.

«Ésta es la esencia de su encanto», se dijo ella de pronto. «Tiene una habilidad extraordinaria para hacer que una mujer se sienta el centro de su universo, aunque no sea más que una insignificante empleada suya».

De pronto, sintió lástima por Anna. No le extrañaba que no quisiera dejarlo escapar. Pero no se daba cuenta de que, por muy hermosa y atractiva que fuera, Kane no era un hombre que se dejara dominar. Probablemente se casaría algún día; pero sería cuando él lo decidiera. Además, su mujer tendría que poseer cualidades más importantes que un buen cuerpo y una mediocre inteligencia.

Estaban terminando el postre cuando ella, sin pensarlo, dijo:

—Podría irme a la cama ahora mismo.

Él le dirigió una mirada interrogante y ella no tuvo otra reacción que apartar la vista.

—Tomaremos el café en la sala — propuso él, divertido al verla tan avergonzada —. Así terminaremos antes, y podrás irte a la cama.

Él le dirigió una mirada entre picaresca e inocente, que ella prefirió ignorar.

Habían tomado vino durante la cena; entre eso y el vodka, Natalie sentía que los ojos se le cerraban. No solía tomar bebidas alcohólicas, y una copa de vino bastaba para marearla. La joven tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para entender lo que él le decía. Suspiró de alivio cuando al fin terminaron de revisar los expedientes.

En vez de levantarse inmediatamente. Natalie se apoyó en el respaldo de su silla y bebió un buen trago de café.

—No me has contestado — dijo Kane, deslizando su mirada por el cuerpo de la chica.

—¿Qué? — cerró brevemente los ojos —. ¿Qué es lo que me has preguntado?.

Se sentía como en las nubes. Le costaba trabajo pensar, y mucho más mantenerse en guardia, hasta el punto que, involuntariamente, lo tuteó.

—¿Por qué invitasteis a otra persona tu novio y tú? ¿qué pasó con los jóvenes amantes que se dicen cosas románticas al oído?.

Natalie bebió un sorbo de café y se lo quedó mirando por encima del borde de la taza. Una campana de alarma sonó en su mente. La pregunta era inocua en sí, aunque bastante impertinente. A pesar de saberlo, no logró reunir la fuerza necesaria para defenderse.

—¿Es eso lo que haces tú cuando sales con Anna?.

—Hace mucho tiempo que pasé por esa etapa — respondió él, sonriendo seductoramente.

—Lástima.

—¿Por qué?.

«Voy por mal camino», pensó de pronto. «Él sí puede manejar la situación, pero yo no.» Parpadeó para despejarse y se sentó más erguida.

—Si no lo sabes, razón de más para tenerte lástima — dijo

arqueando una ceja con gesto irónico —. Para tu conocimiento, en las relaciones entre un hombre y una mujer, no todo es sexo.

Kane no contestó enseguida; por un momento, una expresión adusta apareció en su rostro.

—Ahora que lo dices, recuerdo que hubo un tiempo en el que pensaba igual que tú.

—¿Cuándo fue eso? — preguntó la chica con curiosidad.

—Cuando tenía quince años. Se llamaba Laura, y yo creía que era una criatura que acababa de descender del cielo. En aquel tiempo, te hubiera dicho que estaba enamorado.

—¿Qué sucedió?.

—¿Con Laura?. La cambiaron de escuela, y desapareció de mi vida para siempre. Ahora mismo debe de estar casada, y tener un montón de hijos. Por mi parte, el enamoramiento desapareció para dar lugar a la experiencia — dijo con amargura. Se sirvió otra taza de café solo y permaneció un momento contemplándola —. No tardé mucho tiempo en aprender que cuanto más dinero tiene un hombre, más cambia la actitud de la mujer hacia él.

—Eso forma parte de la naturaleza humana. Lo malo es que tú te has dejado influir demasiado por ello.

No podía creer que estuviera hablando así. Las palabras brotaban de sus labios sin que su mente las formara.

—Haces que me sienta como si tuviera cien años. Siempre has hecho que me sienta así.

La amargura había desaparecido, y su voz parecía levemente burlona, como siempre. Con eso, se restableció el equilibrio entre ambos.

—Confidencia por confidencia — dijo —. Sé muchas cosas de ti. Probablemente eres la mujer que mejor he conocido en toda mi vida, pero hay muchas lagunas. Por ejemplo, ¿alguna vez has estado enamorada?.

Natalie sintió que la sangre se le agolpaba en la cabeza. ¿Qué sucedería si le dijera cuál era su principal preocupación? ¿se reiría? ¿sentiría lástima por ella?. Era cierto que la conocía, lo mismo que ella a él. Pero lo que conocían ambos eran sus hábitos y sus costumbres de trabajo; todavía faltaba ese conocimiento que sólo podrá darse cuando existía intimidad.

—Por supuesto que sí — murmuró, sin atreverse a mirarlo —.

Pero eso puede hacerla a una muy desgraciada, cuando no se es una reina de la belleza.

—La belleza es un accidente, una cosa transitoria.

—¿Será por eso por lo que todas las mujeres con las que sales son físicamente perfectas?.

No pudo evitar decirlo. Él se le quedó mirando fijamente.

—Una cosa es la belleza y otra muy distinta la perfección física. Tu tienes tu propia belleza. Y no me refiero simplemente a este cambio de ahora.

Natalie se ruborizó y optó por levantarse.

—Ya es hora de irse — dijo.

Quería decirle, de la forma más tranquila posible, que no era tan tonta como para creer en sus palabras. Sin embargo, no estaba en condiciones de formar una frase coherente.

—¿Tan pronto? — la miró sorprendido —. ¿Una última copa?. Me gusta charlar contigo. De verdad. Me relaja.

—No, nada de copas. Gracias — contestó, tal vez con demasiada rapidez —. ¿Podrá O'Leary conseguirme un taxi?.

Mientras esperaban, Kane se sirvió una copa de brandy y se la tomó de un solo trago.

—¿De verdad no quieres?.

—Prefiero tener la mente despejada mañana por la mañana — respondió la joven, con una sonrisa.

—Ya te has vuelto a convertir en la secretaria perfecta — le espetó.

Luego se acercó a ella. Natalie rió con torpeza, sin saber por qué, y sus ojos se encontraron. Él, de pie, resultaba gigantesco a su lado. Y también poderoso, atractivo y muy masculino. De pronto se inclinó, y con los labios rozó su boca. Eran unos labios cálidos y suaves.

Era la primera vez que la besaba. En las fiestas de Navidad le daba un abrazo frío e impersonal, como a todas las empleadas de la compañía. Pero nada era comparable a eso; fue un contacto íntimo e intenso.

Kane se retiró y se lo quedó mirando. Natalie se dio cuenta de que estaba temblando, como una quinceañera que recibiera su primer beso. Lo cual no estaba muy lejos de la verdad. Tenía muy poca experiencia con los hombres, y desde que empezó a trabajar

para Kane, cinco años antes, su contacto con ellos había sido nulo. ¡Cuánto tiempo había esperado ese beso!. Un beso que no significó nada para Kane.

Él se inclinó nuevamente. Esa vez no se limitó a rozar sus labios, sino que se apoderó de ellos con fuerza. La tomó por los hombros y la atrajo hacia su cuerpo, de modo que pudo sentir la fuerza de su excitación. Y cuando las manos masculinas se hundieron en su cabello, Natalie no pudo contener un suspiro de placer.

La joven no encontró palabras para describir el cúmulo de sensaciones que recorrió su cuerpo. Era como si hubiera estado hambrienta toda su vida y en ese momento, por fin, recibiera un poco de alimento. De todas formas, era una locura…

El timbre de la puerta anunció la llegada del taxi, y Natalie volvió a la realidad. Se separó de Kane y respiró profundamente, para recuperar el control. Las lágrimas inundaron sus ojos. Eran lágrimas de cólera y de humillación… tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de que no rodaran por sus mejillas. Ya se había comportado bastante mal.

—Ya ha llegado el taxi — dijo sin atreverse a mirarlo.

—Podemos decirle que se vaya — murmuró Kane suavemente.

—¿Estás loco?.

Se apartó de él y empezó a buscar su bolso.

—Aquí está — dijo su jefe, sonriendo perezosamente.

«Se está riendo de mí», pensó la chica. Le arrebató el bolso y él se rió con suavidad.

—Me alegro de que te parezca tan divertido — murmuró Natalie con los dientes apretados.

—Perdón, pero yo no diría que «divertido» sea la palabra adecuada.

«No, seguro que no», sintió ganas de decir. «La palabra adecuada debe ser interesante. Un interesante experimento para escandalizar a la secretaria».

—Me voy — declaró —. Es muy tarde. ¿Quieres que me lleve los expedientes o los llevarás tú a la oficina?.

—Yo los llevaré — respondió, acompañándola hasta la puerta.

O'Leary los esperaba junto al taxi. Los miró molesto, como culpándolos por haberlo sacado de la cama.

—Adiós — murmuró Natalie, ya más controlada.

Intentó subir al taxi, pero él la detuvo tomándola del brazo.

—Sé que piensas que lo que ocurrió allí dentro fue una mentira. Te aconsejo que analices tu relación con ese tal Eric, ahora que sabemos que soy capaz de excitarte tan fácilmente.

Hizo una pausa, y la chica sintió deseos de matarlo.

—¿Es una relación seria? — preguntó Kane de pronto.

Ella hizo un esfuerzo por mirarlo y contestó:

—Sí. Una relación muy seria. Y para que no tengas ideas equivocadas, quiero que sepas que sí, que sentí algo allí dentro. Pero dudo mucho que tuviera que ver contigo — se interrumpió para pensar cuidadosamente en lo que iba a decir a continuación —. El alcohol me hace mucho daño. Me nubla la cabeza, y con un par de copas pierdo la noción de las cosas — luego rió alegremente, como si quisiera decir: «Siento desilusionarte, pero así soy yo» —. Lo mismo me hubiera sucedido con cualquier otro — concluyó.

Era una de las mayores mentiras que había dicho en su vida, pero la situación lo exigía. Tenía la firme intención de retirarse con su dignidad intacta, por lo menos ante los ojos de Kane Marshall; y si eso significaba decir unas cuantas mentiras, las diría.

—Ese es un experimento que tenemos que hacer algún día — dijo él con expresión adusta.

Natalie volvió a ruborizarse, pero se esforzó por controlarse. Y cuando habló, su voz no reveló ni un mínimo temblor, a pesar de que sentía que el corazón le dolía.

—Eso no está dentro de mis obligaciones, señor.

Kane no pudo responder. La miró durante un momento y luego fue a dar instrucciones al taxista, que ya lo conocía.

«¿Cuántas mujeres habría recogido en esta dirección?», se preguntó la chica.

—Nos veremos mañana, señor Marshall — se despidió.

Puso especial énfasis en las palabras «señor Marshall», para que nadie dudara que sus relaciones con él eran simplemente profesionales.

—De acuerdo, señorita Robins — contestó Kane con burlona sonrisa.

Él entró en la casa y ella en el taxi, contenta de tener la oportunidad de estar a solas para pensar en todo aquello.

Todavía temblaba por lo ocurrido. Fue un desastre inimaginable.

Si tan sólo se tratara de su orgullo herido, bastaba con irse; el tiempo ya se encargaría de borrar los recuerdos de lo sucedido entre ambos.

«Fue un error», se diría en ese caso. «Algo que nunca debió suceder. Pero al fin y al cabo, una experiencia inapreciable».

Lo malo era que ella estaba enamorada de Kane Marshall. A él lo tenía sin cuidado aquel beso, pero Natalie había quedado profundamente conmovida. De una cosa estaba segura: no iba a permitir que Kane siguiera por ese camino. Le había dicho que su respuesta se debió al efecto del alcohol, y a eso se iba a atener, costara lo que le costara. Luego se animó a recordar que había tenido la previsión de darle a entender que su corazón pertenecía a Eric.

Al pensar en el sólido y amable Eric, se preguntó si no le estarían zumbando los oídos en ese momento. Si supiera que era una pieza importante en un triángulo amoroso, seguramente le daría un ataque al corazón. Ese pensamiento la hizo sonreír con tristeza y cariño.

A la mañana siguiente, al llegar a la oficina, Natalie tenía la firme decisión de manejar la situación con astucia.

Para alivio suyo, Kane estaba ausente. Encontró sobre su escritorio una nota en la cual le decía que había tenido que irse a París a atender un asunto urgente.

Pasó el resto del día trabajando sobre las cuentas que le acababan de dar, hablando con los gerentes de muchas de ellas y ajustando detalles de su contrato con el jefe de personal. De modo que cuando llegó a su apartamento esa tarde, estaba agotada.

Eric la llamó para recordarle su cita de unos días después, y estuvo un buen rato charlando con él.

«¿Se estará relacionando emocionalmente conmigo, a pesar de todo lo que prometimos?», se preguntó minutos más tarde al colgar el auricular. Es agradable que un hombre la busque a una; especialmente cuando se trata de alguien con quien me ha sido fácil relacionarme… Tal vez no deba oponerme tanto a una relación sentimental. Después de todo, ¿qué objeto tiene el apartarme de cualquier hombre que se cruce en mi camino? ¿por qué no darle la oportunidad de acercarse a mí, y descubrir cómo soy?. Ésa es una de las decisiones que tomé durante la ausencia de Kane… Sí, creo

que lo mejor será dejar que este asunto de Eric siga su curso natural».

Ese pensamiento no se separó de ella en toda la semana. Y el viernes, que era el día en que iría a buscarla a la oficina, Natalie tardó un buen rato decidiéndose qué vestido debía ponerse. Quería algo atractivo que no fuera demasiado llamativo, pues tendría que llevarlo todo el día en la oficina.

Se decidió por una falda recta de color crema, que apenas le llegaba a las rodillas y una blusa a cuadros blancos y negros. Sin embargo, Natalie pensó que estaba vestida demasiado elegantemente como para permanecer sentada ante un escritorio, todo el día. La chica sintió alivio al ver que ya casi eran las seis de la tarde, hora en la que Eric debía presentarse en la oficina.

Estaba ocupada transfiriendo unos datos de un expediente a su ordenador, cuando de pronto la puerta se abrió. Natalie levantó la vista al mismo tiempo que esbozaba una cálida sonrisa. Pero antes de que pudiera decir algo, se encontró con la mirada burlona de Kane.

Luego Eric apareció a su lado con Anna.

—Nos encontramos en el ascensor — le explicó Eric, yendo hacia ella con la mano extendida —. Perdón por llegar un poco tarde.

—¿Tarde? — preguntó ella, lanzando una rápida mirada a su reloj.

Estaba tan entretenida en su trabajo, que no se dio cuenta de la hora. Eran ya las seis y cuarto. De inmediato, Natalie se levantó ligeramente ruborizada.

—Estás preciosa — dijo el joven en voz baja.

—Qué bonito vestido — intervino Anna con voz muy dulce —. Y te queda muy bien, ¿verdad, cariño?. Yo tuve uno parecido cuando era un poco más joven, pero lo tiré porque me hacía sentir como si fuera una secretaria.

La mujer rió levemente. Kane, sin embargo, no respondió a su venenoso comentario. Sólo miró a Natalie y preguntó con indiferencia:

—¿A dónde irán los tórtolos esta noche?.

—Al teatro y a cenar — contestó ella, pasando su brazo por el de Eric —. ¿Y vosotros?.

Al mismo tiempo que hablaba, condujo a Eric hacia la puerta.

—Nosotros no somos tan intelectuales — respondió Anna, sonriendo maliciosamente —. Haremos algo más… íntimo.

—Pues que lo paséis bien — comentó Natalie; luego añadió, dirigiéndose a su jefe: — Hasta el lunes. Que tengas un buen fin de semana.

Lo volvió a tutear. Natalie nunca lo habría hecho, si Anna no le hubiera hablado como lo hizo. La chica estaba muy satisfecha, porque se mantuvo muy en su lugar, todo el tiempo. Si pudiera comportarse siempre con tanto aplomo…

La joven miró a Eric, repentinamente agradecida por su presencia.

—¿Sabes una cosa? — le preguntó el chico —. Creo que llegaremos a ser muy buenos amigos. El destino tuvo mucho que ver el otro día, cuando acepté la invitación de mi hermana de cenar con vosotras.

—¿El destino? — preguntó ella con sequedad —. Mis experiencias con el destino nunca han sido muy agradables, pero, ¿quién sabe?. Tal vez la situación esté cambiando.

«Tienes que darte una oportunidad», se dijo mentalmente. «Es la única forma de desterrar a Kane Marshall de tu mente».

Capítulo 4

ES curioso cómo cada quien ve las cosas desde su propio punto de vista.

De lejos, Eric daba la impresión de ser el colmo de la seriedad. Parecía que siempre pensaba antes de actuar, y que no era capaz de dejarse llevar por sus impulsos. Incluso la obra de teatro que escogió estuvo muy calculada: una comedia musical, en lugar de algo más profundo como las obras de los teatros de vanguardia.

Fueron a cenar a un restaurante italiano, pequeño y acogedor, con precios adecuados. Eric pidió una botella de vino; y a medida que bebían, fueron desapareciendo sus inhibiciones. Poco a poco se sintieron más cómodos, y no tardaron en empezar a hacerse confidencias mutuas.

No era intención de Natalie meterse en su vida privada, pero él insistió en hablar de ella. La joven lo escuchó con paciencia, mientras le contaba lo sucedido con su noviazgo con una modelo. Apenas estaba empezando su carrera, y los padres de Eric estaban aterrorizados con la joven, pero él la adoraba.

—Era bellísima — afirmó con entusiasmo —. Pero tú ya sabes cómo son las cosas. No sé por qué, siempre se enamora uno de la persona menos adecuada.

Natalie asintió. Ella tenía el mismo problema. Eric, al fin y al cabo, consiguió superarlo.

Estaban tomando el café cuando el chico le confesó que la mujer de sus sueños lo abandonó un día, sin dejarle siquiera una nota de despedida. ¡Después de dos años!. La joven sintió cierta afinidad con él, aunque no le dijo nada de su amor por Kane.

Se despidieron alrededor de la medianoche, y quedaron en volver a verse la siguiente semana.

—Como amigos — subrayó Natalie, ya en la puerta de su casa.

—Sólo amigos — concedió Eric.

Entre ellos se estableció un entendimiento tácito; él no le ofreció amor, y ella tampoco tenía amor para corresponderlo. Pero en plan de amigos se compenetraban perfectamente, y no tenían por qué no volver a verse.

El lunes siguiente llegó a la oficina de muy buen humor, y

encontró a Kane buscando algo en su escritorio.

—Por lo visto, pasaste un buen fin de semana — comentó él con el tono acostumbrado —. Parece que te vas a poner a cantar en cualquier momento.

—Buenos días — respondió ella, tratando de no dejarse impresionar por su presencia —. ¿Qué estás...?. Perdón. ¿Qué está usted buscando?.

—El otro día me tuteaste. ¿Ya se te ha olvidado?.

Como Natalie no quiso discutir, sólo preguntó:

—¿Qué estás buscando?.

—La cuenta de Mallory.

Natalie fue al archivador y la encontró inmediatamente. Luego, se la dio con un gesto poco agradable.

—Estoy seguro de que el viernes la dejé sobre tu escritorio.

—Yo la puse en su lugar.

—Eres muy eficiente. Ahora comprendo por qué te pago lo que te pago.

Luego él se quedó en silencio, de pie junto a su escritorio, con el expediente en una mano y la otra en el bolsillo del pantalón. Natalie no pudo resistir la situación, e inquirió:

—¿Alguna otra cosa?.

—¿Ya estás lista para empezar a trabajar en esas cuentas?.

Ella asintió, buscando la manera de llegar hasta su silla sin chocar contra él.

—Bien — dijo Kane sin moverse —. Muy bien.

—Tengo la impresión de que hay algo que me quiere... que me quieres decir — afirmó la joven, arqueando una ceja.

—¿De dónde has sacado esa idea?.

—Normalmente, no puedes pasar ni cinco minutos quieto. Debe de haber algo que me quieres decir. De lo contrario, estarías en tu oficina, gritándome todo tipo de órdenes.

—Ahora que lo mencionas, sí hay algo que quiero decirte. No es que sea muy importante... Vamos a mi despacho — caminó hacia allí, y ella lo siguió —. Siéntate — le ordenó, pero enseguida añadió: — Por favor.

Cuando llegó a la empresa, Kane estaba acostumbrado a dar órdenes sin prestar la menor atención a la cortesía. Natalie le informó, correcta pero firmemente, que no estaba acostumbrada a

que la trataran como una sirvienta; y él, reacio, accedió a ser más cortés.

Eso sucedió cinco años atrás. ¿Qué habría pensado el magnate de aquella chica regordeta que le dijo un par de verdades en el mismo momento de conocerlo?, se preguntó Natalie.

Kane se puso a juguetear con su pluma, y empezó a comentarle varios detalles acerca de las cuentas que acababa de darle para su supervisión. Sin embargo, la joven tenía la sensación de que estaba eludiendo el asunto que realmente le interesaba.

«Si no puede hablar después de este preámbulo de diez minutos, significa que lo que me quiere decir es algo desagradable. Él no suele ser tan cauteloso», se dijo nerviosa. «¿A qué viene este ataque de delicadeza? ¿me querrá despedir?». Durante un momento en el que Kane se quedó callado, Natalie se atrevió a decir:

—Todo esto ya lo discutimos el otro día en tu casa. ¿Hay alguna otra cosa nueva?.

—¿Estás insinuando que soy repetitivo? — sonrió irónicamente.

—Eso le sucede a todo el mundo a medida que se hace viejo — contestó ella con seriedad. Kane se rió a carcajadas.

—Muchas gracias, pero aún me faltan algunos años para que me jubile. En realidad, bastantes personas opinan que estoy en el mejor momento de mi vida.

—No lo sabía.

La joven tuvo que hacer un esfuerzo para sostenerle la mirada, pero lo consiguió. El hecho de mostrarse avergonzada en ese momento le hubiera parecido muy divertido a Kane.

—¿Tú qué opinas? — preguntó él, con curiosidad.

Natalie decidió ignorar la pregunta. Ese tipo de conversación estaba definitivamente fuera de sus obligaciones.

—¿Alguna otra cosa? — preguntó.

Kane se sentó en su silla y la examinó atentamente.

—Sólo una — murmuró.

«Por fin me lo va a decir», pensó.

—Es un asunto personal — continuó él, sin dejar de mirarla.

La joven sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Personal?.

—No te pongas así. Se trata de tu amigo.

—¿Eric?.

—No acostumbro dar consejos a otras personas sobre la forma de conducir su vida amorosa. Pero nosotros hemos trabajado juntos durante muchos tiempo, y no quiero que salgas lastimada — hizo una pausa, y luego continuó: — Ese muchacho no es tu tipo.

Siguió un largo silencio, durante el cual la chica lo miró con incredulidad.

—¿Perdón? — dijo al fin —. No te he oído bien.

—No tienes por qué ofenderte — murmuró él con aire consolador.

—¿Ofenderme? — preguntó con sarcasmo —. ¿Por qué habría de ofenderme? ¿porque un experto en el amor me ofrece un consejo?. Por el contrario, debería sentirme halagada.

—Me alegro de que lo consideres así. No suelo dar consejos, pero tú no tienes mucha experiencia, y no quisiera verte enredada con un hombre que no es para ti.

—¿Todo eso lo dedujiste por unas cuantas palabras que intercambiaste con él? — preguntó la joven con frialdad —. Eres muy inteligente.

—No es difícil ver que el muchacho es un aburrido — aseveró él, encogiéndose de hombros —. Es ese tipo de hombre que busca una mujer que se dedique a su hogar, le dé dos hijos y se hunda con él en la mediocridad.

—¿Y cómo sabes que no es eso lo que yo quiero hacer?.

—Porque te conozco — afirmó él, sonriendo.

—Pues yo creo que no me conoces — declaró ella con firmeza.

En ese momento, deseó tener un secreto celosamente guardado o algún suceso brillante y espectacular que pudiera revelarle, y con el cual lograra borrar esa odiosa sonrisa. Pero no encontró ninguno.

—Por supuesto que te conozco — replicó él, con el mismo tono tranquilo e implacable —. Llevamos cinco años trabajando juntos y te conozco en todos los aspectos. ¿Te acuerdas qué nerviosa te pusiste en la boda de tu hermana?. Estabas convencida de que como dama de honor habías hecho el ridículo.

—¡Dices eso porque nunca has sido dama de honor!. Si lo hubieras sido, aunque fuera una sola vez, sabrías por qué estaba así.

En aquella ocasión se había mostrado muy abierta con él, y en ese momento se arrepentía.

—Lo que quiero decir, es que te conozco mejor de lo que crees.

Además, hubo un tiempo — declaró con acento acusador —, en que confiabas en mí. Ahora me tratas como si fuera un enemigo.

«Conque eso es», pensó Natalie. «Le duele sentir que ya no puede manejarme como antes».

Ese pensamiento la lastimó, pero también le causó emoción.

—No te trato como a un enemigo — le aseguró automáticamente.

—Te comportas como si me estuviera entrometiendo en tu vida.

—Es que te estás entrometiendo en mi vida.

—¿Lo ves?.

Natalie suspiró con pesar. ¡Y luego decían que las mujeres eran ilógicas!. A ella le costaba mucho trabajo seguir el curso de los pensamientos de ese hombre.

—Acepto que estés a gusto con él — afirmó Kane —. Pero de eso a sentir pasión, hay todo un mundo de diferencia.

—E… eso es asunto mío — tartamudeó la chica, molesta —. Te agradezco mucho el consejo. Sé que lo haces por mi bien, pero me siento capaz de manejar mi vida amorosa. Y para que se te quiten las dudas, te diré que Eric siente una gran pasión por mí y que el sentimiento es recíproco. ¿Algo más?.

—No — respondió él.

En sus ojos vio la incredulidad, y Natalie se volvió hacia la puerta con el fin de terminar con aquella discusión. Pero antes de que pudiera abrirla, la detuvo su voz.

—¿Tienes algo que hacer este fin de semana?.

—¿Por qué me lo preguntas?.

—Es cosa de trabajo — respondió Kane, levantando la vista de sus papeles —. El sábado por la tarde tengo una reunión con algunos clientes en mi casa de campo, y te necesito. Quiero que llegues a las seis y te asegures de que todo marche bien en la cocina. Es necesario que los invitados reciban el mejor trato, y no deseo arriesgarme a que O'Leary eche de la casa a algún cliente que no le guste. Ya sabes cómo es.

Enseguida, Kane volvió a su trabajo sin esperar respuesta, como dando el asunto por terminado.

—Creo que no podré ir — dijo Natalie al fin, levantando la cabeza.

—¿No podrás?.

—Ya tengo planes para el fin de semana.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre — repuso él, molesto —. Cuando te di el ascenso te advertí claramente que no ibas a tener un horario determinado.

—No hay problema con las horas extra — argumentó la chica, suspirando —. Ya me conoces. Pero me lo dices en el último minuto y…

—Perdóname — repuso su jefe con amargura —. La próxima vez me aseguraré de que las reuniones importantes no alteren tus planes de diversión.

—¿No puedes recurrir a otra persona?.

—Sabes muy bien que no. Además, tú conoces a casi toda la gente que va a asistir. Dos de ellos tratarán sus negocios contigo directamente, de ahora en adelante. Tendrás que cancelar tus planes. ¿Cuáles eran?. Si se puede saber.

Natalie tuvo el deseo de contestarle que eso no era asunto suyo, pero prefirió ser prudente.

—Eric y yo teníamos pensado pasar juntos el fin de semana — le confesó.

—Eso no es un compromiso ineludible.

—Yo tenía mucho interés — contestó ella, apretando los labios —. Ya sé que para ti el trabajo es lo primero; pero no todo el mundo es igual.

—Antes de hoy, nunca tuviste ese problema — afirmó él con frialdad —. Y si en lo sucesivo lo va a ser, te equivocaste de empleo.

—¿Qué es lo que estás tratando de decirme?.

Él se puso de pie y se pasó las manos por el cabello, como tratando de calmar un imperioso deseo de tomarla por los hombros y sacudirla.

—No seas tonta — empezó a decir —. Mira, invita a Eric. Así matamos dos pájaros de un tiro.

Natalie lo miró con incredulidad. ¿Acaso nunca se daba por vencido?

—No me digas que te da vergüenza llevarlo — siguió diciendo él.

—¡Por supuesto que no!. Es que…

—Claro, la presencia de los clientes le quita todo el romanticismo al fin de semana.

Eso era lo que menos le preocupa a Natalie. Sin embargo, le pareció una buena excusa. Kane le dirigió una mirada burlona.

—Tómalo como un desafío — le propuso —. Yo he encontrado la manera de ponerme romántico en situaciones mucho más difíciles.

Natalie se dio cuenta de que la batalla estaba perdida. Kane ya había hecho sus planes y la había incluido a ella. Y no había poder humano que lo hiciera cambiar de opinión. Por otra parte, en el pasado, ella siempre había estado dispuesta a obedecer a Kane; y quería que siguiera siendo así. Parecía que su jefe consideraba a Eric como un inconveniente de poca importancia, algo que ni siquiera debía ser un obstáculo cuando de negocios se tratara.

—No temas, que no lo haremos a un lado — insistió Kane —. Anna estará allí. Y también los cónyuges de mis clientes.

—No estoy preocupada por eso — afirmó ella —. Eric sabe comportarse bien en cualquier situación.

Sin embargo, en el fondo de su mente tenía la sensación de que aquello empezaba a ponerse peligroso.

—Eres leal con él.

—¿Cuántas personas van a ir? — preguntó, para cambiar de tema.

—Doce en total. Por eso no quiero que vayan camareros, ni encargué la comida a ningún restaurante.

Enumeró a los invitados, y ella hizo un gesto al escuchar el nombre de una mujer, casada, que no ocultaba el hecho de que Kane le gustaba.

—Por eso también invité a Anna — declaró él, interpretando correctamente sus pensamientos.

—¿Perdón? — murmuró ella, ruborizándose al comprobar la facilidad con que leía su mente.

—Para protegerme de la señora Jarvis. Por lo visto, tú también te has dado cuenta de su falta de… tacto. ¿Te parece bien que lo llame así?.

No parecía sorprendido ni halagado por la persecución de esa mujer.

—Perdón. Yo creí que había sido mi imaginación — se disculpó.

—La señora Jarvis no deja nada a la imaginación. La última vez que nos vimos, me propuso que me acostara con ella. Yo le contesté

que tenía una cita con mi peluquero, pero no pareció importarle mucho.

Natalie se lo quedó mirando, incapaz de contestar, y él soltó una alegre carcajada.

—No me digas que estás escandalizada. Me sorprendes. Yo pensé que conocías de memoria todos los aspectos de la pasión.

Había un tono burlón en su voz; y la fría mirada de ella no hizo sino acentuar la burla. «Hay momentos en los que verdaderamente lo odio», se dijo la chica. «Y éste es uno de ellos».

Su expresión proclamaba que no creía una sola palabra de aquella pasión que ella decía sentir por Eric. Incluso, eso mismo fue lo que lo hizo reír. Natalie estaba no sólo molesta, sino herida por esa reacción; pero no lo quiso admitir, así que salió de la oficina en cuanto le fue posible.

«¡Es insoportable!. ¿Cómo he podido enamorarme de un hombre así?». Era una pregunta sin sentido, pues ella conocía muy bien la respuesta. Pero eso no significaba que le atrajera la idea de pasar el fin de semana en su casa de campo, atendiendo a sus clientes. Y mucho menos la atraía el saber que Anna estaría allí, luciéndose y provocándola con sus comentarios burlones.

Mientras tuvo algunos kilos de más y no era muy atractiva, había ejercido esas funciones sin el menor problema. Se colocaba detrás de Kane y se limitaba a cumplir con sus obligaciones, aun a sabiendas de que él prácticamente no la veía. Sin embargo, en ese momento todo era diferente. Tal vez fuera su imaginación, pero percibía cierta sensualidad que la molestaba. A

través de aquellos días, había llegado al convencimiento de que estaba jugando con fuego. Y el que jugaba con fuego, siempre se quemaba los dedos.

Desde un principio, creyó que Eric no iba a aceptar la invitación de Kane. Sin embargo, la aceptó con gusto, afirmando que era una buena oportunidad de establecer contactos con gente importante.

Ella no había pensado en eso. Cuando colgó el auricular se alegró de no estar enamorada de él, pues de estarlo, le hubiera desilusionado mucho que Eric se olvidara de pasar un fin de semana a solas con ella y prefiriera asistir a una fiesta para conocer a personas importantes.

A la mañana siguiente, Kane le preguntó por la respuesta de

Eric.

—Estaremos allí a las seis — respondió sin mirarlo.

Luego fingió ocuparse en examinar la correspondencia y se levantó para preparar café.

—Esperaba una negativa — le confesó Kane, dirigiéndose a su despacho —. Sobre todo, considerando la pasión que sentís el uno por el otro. Mejor dicho, la pasión que tú dices que sentís. ¿O será que por «pasión» entendemos cosas distintas?. En el caso de Eric, yo no te dejaría ir a una fiesta de tu jefe a atender a sus invitados.

—Afortunadamente, tú no eres Eric — agregó ella, con dulzura.

Sin embargo, por dentro estaba temblando. Él la miró con malicia y cambió de tema.

«Diga lo que diga y haga lo que haga, en el fondo me sigue tratando como a la secretaria poco atractiva que conoció antes», pensó. «Acepta que lleve a Eric, porque sabe que eso no me apartará de mis obligaciones y porque no cree nada de lo que le he dicho», decidió.

Ese sábado por la tarde, ya se estaba preparando para irse a su casa, cuando la puerta se abrió y vio entrar a Anna.

—El señor Marshall no está — le informó. No quiso emplear fórmulas de cortesía, que por otra parte no iban a servir de nada —. Tenía una junta y no volverá esta tarde — concluyó.

—No me dijo nada — comentó la mujer, molesta.

—Fue un compromiso repentino — añadió, apagando su ordenador y tomando su bolso.

—Bueno, mañana la voy a ver. Kane me dijo que tú también estarás en la reunión, con tu amigo.

Natalie asintió y se preguntó si su jefe tenía la costumbre de hablar de su vida privada con aquella mujer.

—Te advierto que me voy a pegar a Kane como una lapa. Y si crees que podrás aprovechar la oportunidad para ponerle las manos encima, te vas a llevar una decepción.

Natalie estaba lívida de rabia, pero aún así logró sonreír.

—Perdóname, pero tengo que cerrar. Es hora de salir.

—Ni siquiera te mira — le dijo Anna, dirigiéndose hacia el ascensor.

—Ya lo sé — agregó ella, pulsando el botón del aparato.

—El otro día le dije que él te gusta.

No resistió más y se volvió hacia ella, furiosa.

—¿Qué dices?.

—Creí que era mi deber prevenirlo. Los hombres son muy tontos en lo que concierne a las mujeres, y no quiero verlo metido en situaciones embarazosas.

La joven sintió deseos de golpearla. ¡Con razón Kane se había mostrado tan divertido cuando le dijo que estaba viviendo un apasionado romance con Eric! ¡con razón no creyó una sola palabra de lo que le dijo!. En realidad, ¿por qué había de creerla?. Anna le había llenado la cabeza de tonterías. Además, ella había respondido como una quinceañera impaciente, ante un simple beso. «Cómo se debe de estar burlando de mí», pensó.

—Eres muy amable — dijo, con los dientes apretados.

—¿Por qué? ¿te molesta? — contestó Anna, complacida por la reacción que había logrado provocar en ella.

—En realidad, no.

Las puertas del ascensor se abrieron y Natalie salió, experimentando un gran alivio al verse en un espacio más grande.

—Puedes decirle a Kane Marshall lo que te dé la gana — afirmó, ya en pleno control de sus emociones —. Si con eso te sientes bien… Yo, en tu lugar analizaría muy bien mis relaciones con él. Si lo suyo fuera una verdadera relación, no tendrías por qué andarlo vigilando cada vez que se acerca a una mujer. Eso revela falta de confianza.

—Yo confío en él — declaró Anna con firmeza, aunque en sus ojos apareció la sombra de una duda —. Lo que pasa es que los hombres ceden muy fácilmente a las tentaciones.

—Ceden los que quieren ceder.

En cuanto lo dijo, Natalie se volvió y se alejó de la mujer.

Aquel inesperado encuentro la dejó molesta y deprimida. Al llegar a su casa, todavía la dominaba esa sensación. A fin de distraerse, fue a su dormitorio y se dispuso a preparar la maleta para la noche siguiente.

En primer lugar, eligió un llamativo vestido de color rojo, que se compró para celebrar la pérdida de peso y que nunca había tenido el valor de ponerse.

«¿Por qué he de vestirme de color gris y marrón?», se preguntó. «Quiero estar bella y llamar la atención».

Eligió también unos pantalones ajustados para el domingo por la mañana y, al terminar, se sintió bastante mejor.

Durante muchos años había sido una figura insignificante en la oficina, una secretaria honesta y eficaz, a quien ignoraban las mujeres que pasaban colgadas del brazo de Kane. Ése era el momento de mostrar al mundo que, aunque no era una esplendorosa belleza como Anna, sí era una mujer orgullosa de su apariencia.

Eric percibió su actitud de desafío. El sábado por la tarde, cuando él pasó a su casa a recogerla, le dijo que encontraba algo diferente en ella. Natalie le contestó que debía de ser efecto del buen tiempo.

Y en cierta forma, era verdad. El sol brillaba con intensidad, y por la ventanilla abierta del coche entraba una agradable brisa. Había hecho ese viaje a la casa de campo de Kane varias veces, y sabía que tardarían un par de horas en llegar, tal vez más, si había mucho tráfico.

La casa se encontraba en un lugar verdaderamente idílico, cerca de un pueblecito de Worcestershire. La estructura del edificio era un poco extraña, con un primer piso muy pequeño y uno segundo enorme, hecho para recibir a un gran número de invitados. Probablemente, esa fue la razón por la cual los padres de Kane la compraron, pues antes de mudarse al sur de Francia, organizaban muchas reuniones. Ella estuvo presente en su última fiesta, y se divirtió bastante. Los padres de Kane le agradaron mucho; formaban una pareja encantadora.

Durante el viaje, Natalie le habló a Eric de la casa, de los invitados que esperaban y de las labores que iba desempeñar.

—La mayoría de las empleadas se niegan a trabajar los fines de semana — comentó él, mirándola con curiosidad.

—Para mí ya se ha convertido en una costumbre — le comentó ella —. El trabajo que tengo me gusta, y el sueldo es sensacional. El señor Marshall se ha acostumbrado a que lo obedezca en todo.

—¿Nunca has pensado en renunciar?.

—Por supuesto que sí — exclamó —. No lo hago por…

De pronto se interrumpió e imaginó lo que sería su vida trabajando en cualquier otro lugar, sin la tensión constante que le producía la presencia de Kane. Tensión que también sintió durante

su ausencia, pues sabía que tenía que regresar.

—¿Por el dinero? — inquirió Eric.

Natalie rió y cambió de tema. En los últimos días solía pensar mucho, en todo tipo de cosas, y una de ellas era el trabajo junto a Kane. Tarde o temprano tendría que renunciar. Mientras la trató como a una secretaria cualquiera, ella fue capaz de mantener su amor a distancia. Sin embargo, desde su regreso todo cambió, y los pensamientos que antes acudían a su mente de forma ocasional, se estaban convirtiendo en permanentes obsesiones.

Llegaron a su destino poco después de las seis. Pasaron entre los pilares de piedra que flanqueaban la entrada, recorrieron una pequeña avenida bordeada de árboles y llegaron a un patio.

Para Natalie, todo aquello era familiar, pero a Eric le impresionó demasiado.

—¡Vaya casa! — exclamó en voz baja.

Era una construcción grande, pintada de color crema y rodeada de bien cuidados jardines.

—¿Por qué vive en Londres, pudiendo hacerlo aquí?.

La chica rió.

—No puedo imaginarme a Kane Marshall viviendo en el campo. Durante unos cuantos días está bien, pero se volvería loco antes de una semana. Podemos decir que posee lo mejor de ambos mundos.

Natalie salió del coche. Y Eric llevó las maletas a la puerta, la cual fue abierta por O'Leary, una vez que llamaron dos veces. El anciano reconoció a la chica, y le dedicó una sonrisa de curiosidad. A Eric lo miró con tal suspicacia que ella estuvo a punto de estallar en carcajadas.

—Ya no puedo con todo ese ajetreo — le confesó en voz baja, al mismo tiempo que cerraba la puerta —. Apenas me estaba acostumbrando al movimiento de la ciudad, cuando me trae aquí para atender a sus amigos.

Eric se detuvo un momento a admirar la magnificencia del vestíbulo, con sus pinturas de importantes autores, y sobre todo, el gran tapiz que adornaba la pared de la escalera.

—¿Ya ha llegado el señor Marshall? — preguntó la joven.

—Sí, señorita — dijo la voz de Kane a su espalda.

Se volvió rápidamente y lo vio entrar en el vestíbulo, vestido con unos pantalones de color beige y una camisa verde olivo. Eric

también se volvió y Kane le lanzó una rápida mirada. Natalie se preguntó en qué estaría pensando.

—Entonces me iré a la cocina — advirtió O'Leary.

Eric empezó a alabar la casa y Kane lo escuchó cortésmente, pero sin hacer el menor comentario. Eso molestó a Natalie, pues se daba cuenta de que lo hacía deliberadamente para demostrar que no le interesaba.

Pero cuando su amigo hizo una pausa, Kane se comportó con todo el encanto del que era capaz.

Era un truco que nunca le fallaba; de pronto, Kane miró a la chica, como para hacérselo notar. Ella sólo se limitó a arquear una ceja, indicando con ello que no se dejaba engañar por un juego que había presenciado muchas veces.

—¿Quieres que te muestre tu habitación? — le propuso al fin, sonriendo cortésmente.

Ambos lo siguieron por la enorme escalera hasta el primer piso; luego por un corredor. Finalmente, Kane abrió una puerta.

—Aquí es, Eric — dijo, y se volvió hacia la chica: — O'Leary no ha terminado de arreglar el cuarto de huéspedes para ti. Si quieres, le digo que lo haga ahora mismo.

Al terminar se apoyó contra el marco de la puerta y metió las manos en los bolsillos; la miró de arriba abajo y luego su atención se dirigió a Eric, quien se encontraba contemplando el cuarto con admiración. Entonces dijo con voz burlona y expresión de extremada seriedad:

—Claro que si queréis compartir esta habitación…

Esperaba que Natalie se negara con todas sus fuerzas, como una chica virgen que se horrorizara al pensar en ese tipo de cosas. Eso fue lo que la joven advirtió en su voz; por lo tanto, dijo:

—Creo que será lo mejor.

Kane se irguió súbitamente y la expresión de su rostro cambió por completo. Natalie, contemplando su triunfo, sintió ganas de reír. Aunque en realidad, no tenía por qué hacerlo.

Aprovechando que Eric se encontraba junto a la ventana, completamente ajeno a lo que ocurría entre ellos, Kane se acercó a ella y le preguntó en voz baja:

—¿Qué demonios estás diciendo?.

La devoró con la mirada, exigiendo una respuesta.

—Estoy diciendo que no habrá necesidad de que O'Leary prepare la otra habitación — luego alzó la voz para que Eric la oyera, y añadió —. Esta es suficiente para los dos.

Capítulo 5

KANE salió sin decir una sola palabra. En cuanto oyó que la puerta se cerraba, Natalie se volvió hacia Eric, sumamente nerviosa. Estaba bien mostrarse desafiante con su jefe; pero en ese momento tendría que sufrir las consecuencias de su rebelión.

Nunca había compartido una habitación con un hombre, bajo ninguna circunstancia, y la sola idea de hacerlo le puso los nervios de punta.

Junto a la ventana, el chico la estaba mirando, esperando que dijera algo. Le sonrió y se aclaró la garganta.

—Bueno — dijo tosiendo levemente —. No, no sé por qué tuve la idea de pedir un solo cuarto para los dos.

Suspiró y se sentó en el borde de la cama, deseando que él no se acercara.

—Yo tampoco me lo explico — comentó el joven —. Eres la última persona a quien creía capaz de algo semejante.

—No saques conclusiones equivocadas — se apresuró a decir —. No quisiera que… No vayas a pensar… No pienses que…

No pudo decir lo que deseaba y se lo quedó mirando, esperando que él la comprendiera, sin necesidad de palabras.

—Entonces, ¿por qué vamos a dormir los dos aquí? — inquirió él, con tono lógico.

Natalie sólo pudo encogerse de hombros.

—Kane Marshall cree que yo… — le temblaba la voz y tuvo que hacer un esfuerzo para continuar —. Que no tengo la menor idea de… de nada. Y yo… me molesté… me rebelé…

—¿Tanto te importa lo que piense de ti?.

Eric la miró con curiosidad y ella se ruborizó.

—¡No me importa!. Lo que pasa es que…

Él esperó a que continuara. ¿Pero qué podía ella decirle sin revelar lo que tanto interés tenía en ocultar?. Sin saber qué hacer, Natalie al fin musitó:

—No quiero dormir contigo.

—Te agradezco tu sinceridad — comentó él con una triste sonrisa.

—Perdóname. No quise ofenderte…

El chico suspiró y luego dijo con voz amable:

—Ve a vestirte, antes de que te metas en más líos. Ya lo he comprendido. Quieres demostrarle algo a Kane Marshall, ¿no es cierto?. De acuerdo. Me alegro de que me lo hayas dicho, pues así me evitas pasar por una situación ridícula.

La joven se preguntó si estaría furioso. No parecía muy molesto… tal vez estaba ocultando sus emociones.

De cualquier forma, no tenía sentido ponerse a discutir sobre el asunto. Ella había cavado su propia tumba y en ese momento iba a caer en ella… a menos que encontrara la forma de salir de la situación.

Eric se mostraba muy comprensivo, muy deseoso de ayudarla. Eso era un gran alivio. Para empezar, procuró que la conversación fuera de lo más impersonal, no la apresuró cuando entró en el baño… con todo eso, la joven empezó a calmarse, y cuando terminó de vestirse y se dispuso a bajar, ya era la mujer tranquila y segura que todos conocían… por lo menos, exteriormente.

No quiso esperar a que estuviera vestido, así que bajó a la cocina. Examinó la cena; escuchó las quejas de O'Leary, quien afirmaba que ya era demasiado viejo a ese ajetreo, y se aseguró de que todo estuviera preparado. Eran sus obligaciones normales en aquellas reuniones de fin de semana y era capaz de llevarlas a cabo con los ojos cerrados.

Se dirigía hacia el vestíbulo, cuando sintió la presencia de Kane. No lo oyó, pero el vello de la nuca se le erizó de pronto y le faltó la respiración, como sucedía siempre que él se encontraba cerca.

Se volvió y lo encontró apoyado contra una pared, mirándola. Llevaba un impecable traje de color gris oscuro, y Natalie se dijo que jamás había visto a un hombre tan atractivo en toda su vida.

¿Imaginaba Kane la profunda atracción física que ejercía sobre ella?. Era muy probable. Eso no la preocupaba; pero sí le molestaba lo que podría estar pensando de ella, después de lo que Anna le dijo. Seguramente la imaginaba capaz de caer desmayada por el poderoso influjo de su atractivo sensual…

—Hola — lo saludó, procurando que su voz no delatara sus emociones.

Él sonrió, pero no se movió de donde estaba. Luego, con toda intención, recorrió con la mirada el cuerpo de la joven, para

después fijar la vista en su rostro.

«¿Ya has terminado?», estuvo a punto de preguntar. Luego se contuvo, temiendo la contestación que podía provocar. Y en vez de eso, dijo:

—¿Quieres que reciba a los invitados en el vestíbulo?.

—Nunca te había visto con ese vestido.

Dio un paso hacia ella y Natalie se estremeció.

—Tengo muchos vestidos que no conoces — murmuró.

Como pudo, se dirigió hacia el vestíbulo y él la siguió.

—Empiezo a creer que hay muchas cosas de ti que no conozco — declaró Kane con voz ligeramente acusadora.

La joven se sentó y cruzó las piernas, con lo que dejó al descubierto parte del muslo. De inmediato se sintió incómoda. Sin embargo, se dio cuenta de que era un resabio de cuando tenía unos kilos de más y procuraba ocultar sus piernas; entonces, se quedó inmóvil.

—Perdóname — dijo con ironía —. Ya sé que te gustan las mujeres superficiales.

Kane sirvió dos copas, las puso en la mesita frente a ella y se sentó a su lado… tan cerca, que pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—¿De dónde has sacado esa idea? — preguntó —. Conozco y respeto a las mujeres inteligentes.

—No lo dudo. Lo que sí dudo es que esas mujeres te gusten para acostarte con ellas.

De inmediato se ruborizó al comprender lo que había dicho. Él rió suavemente, pero Natalie no pudo saber si era por su comentario o por la incomodidad que éste le produjo.

—A veces pienso que estás obsesionada con mi vida sexual — murmuró muy cerca de ella.

—Te equivocas — repuso con tono cortante.

No podía dejar de pensar en lo que Anna le dijo, y estaba decidida a no darle ningún pretexto para creer que le gustaba.

—Lo que sucede es que la veo muy de cerca. Tú nunca has hecho el menor intento por disimular que… que tú…

—¿Que me gustan las mujeres? — terminó él, sin poder ocultar lo divertida que aquella conversación le resultaba.

Ella se encogió de hombros y dijo, cambiando de tema:

—Este vestido lo compré después de adelgazar. Fue una especie de recompensa.

—Y es la primera vez que te lo pones, ¿verdad?.

Ella asintió, pero tuvo que contener una exclamación al ver que él deslizaba un dedo lentamente por el escote de su vestido, deteniéndose a la altura de sus senos. En ese momento, ella reaccionó y se apartó, pero sintió que el corazón le golpeaba el pecho como si fuera un martillo.

—Esto te halaga, ¿no es cierto? — murmuró Kane con una voz que pareció encenderle la piel.

Natalie tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar su cuerpo. Eso la enfureció. «¿Por qué me estremezco tan fácilmente?», se preguntó. «¡No quiero sentirme así!».

—Ahórrate tus frases trilladas — dijo con voz tensa —. No olvides que conozco muy bien tus juegos con las mujeres.

—¿A qué juegos te refieres? — preguntó Kane, curvando los labios en una burlona sonrisa —. No me digas que eres una de esas mujeres que no pueden aceptar sencillamente un cumplido.

«Tú no haces nada sencillamente», hubiera querido decirle. Se preguntó qué era lo que estaba ocurriendo. Por un momento pensó que el amor propio de Kane lo impulsaba a demostrar que era más atractivo que Eric. Desde luego, era una situación muy desagradable.

Sin poder evitarlo, su mano fue al lugar que él había rozado con sus dedos unos momentos antes. Aún sentía su piel cálida y erizada.

—Si fue un cumplido verdadero, te lo agradezco — musitó, sin atreverse a enfrentarse a sus verdes ojos, escudriñadores —. Lo que pasa es que no recuerdo que alguna vez me hayas dicho algún cumplido. Excepto en cuestiones de trabajo, por supuesto.

Levantó la barbilla, con ademán desafiante, indicando que estaba de acuerdo con esa actitud.

—Tienes muy mala memoria — dijo él arqueando una ceja de forma cínica —. Una vez llevaste un vestido de color rojo oscuro a una fiesta de Navidad en la oficina…

El color se apoderó de sus mejillas sin que pudiera evitarlo. Natalie recordaba muy bien aquella ocasión. ¿Cómo olvidarlo?. Se acordaba perfectamente de cada detalle de lo que ocurrió entre ellos; la música, el ruido que hacían sus compañeros, ya un poco

bebidos, el solitario rincón en que se vio de pronto con Kane y su voz ronca que le dijo que era bella…

«¿Bella? ¿Yo?».

Volvió a vivir toda la gama de sentimientos que experimentó en aquel momento: la emoción espontánea, pero fugaz; la dolorosa y amarga certeza de que no era bella, de que estaba demasiado gorda y no se parecía en nada a las mujeres que le gustaban. Recordó que se hizo hacia atrás como si la hubiera golpeado y que volvió el rostro para que no pudiera ver las lágrimas que inundaban sus ojos grises. Kane estaba un poco borracho. Tenía que estarlo para dedicarse a atender a su secretaria… Además, no había otra mujer a su alcance…

«Pues no seré yo quien le cure la resaca mañana por la mañana», se había prometido.

En cuanto pudo salió de la oficina, casi corriendo. No volvió a ponerse ese vestido, y desde ese día tuvo mucho más cuidado en no permitir que su amor quedara al descubierto, escondiéndolo bajo su plácida y tranquila apariencia.

En ese momento estaba sumamente molesta porque, con otro cumplido, Kane le había producido la misma emoción maravillosa de aquella vez.

—¿Dónde está Anna? — preguntó bruscamente, ansiosa de cambiar de tema.

Kane la miró por un instante antes de contestar.

—Llegó hace como una hora. No te diste cuenta, porque estabas en tu habitación — hizo una pausa, durante la cual volvió a examinarla, y continuó: — No hay necesidad de que compartas tu cuarto con Eric, si no quieres.

—¿Por qué no había de quererlo?.

—Sólo los amantes comparten una habitación.

Lo dijo de forma tan agresiva, que Natalie tuvo que bajar la vista.

—¿Eres su amante? — le preguntó Kane en voz tan baja, que ella no supo si lo había escuchado correctamente.

—¿Me sirves otra copa, por favor? — dijo Natalie, en voz demasiado alta —. O mejor un vaso de vino.

—No me has contestado — insistió él, mirándola a los ojos.

—No quiero contestar.

Kane se encogió de hombros, como si su respuesta no le importara. Pero cuando se levantó para servirle la copa, la expresión de su rostro era dura. Durante unos segundos se volvió, pero luego le sonrió.

Le dio la copa, y en ese momento sonó el timbre para anunciar la llegada de los primeros invitados. Eric también apareció en ese instante, pidiendo disculpas por haber tardado en arreglarse; explicó que le había costado más trabajo del que pensó hacerse el nudo de la corbata.

—Si no te hubieras ido, me habrías podio ayudar — le dijo a la joven.

Natalie no pudo sino sonreír ante aquella declaración.

—No sé nada de corbatas — declaró —. Y francamente, no creo haberme perdido nada.

La reunión resultó todo un éxito. Kane poseía una habilidad instintiva para tratar a la gente, y sabía precisamente a quien combinar con quién. Así, el vestíbulo y la sala se llenaron del rumor de voces.

Fue en ese momento cuando entró Anna.

Natalie casi se había olvidado de ella. Su entrada había sido cuidadosamente calculada y causó un gran efecto, hasta el punto de que todas las mujeres, incluyéndola a ella, se quedaron un momento en silencio.

Lucía un vestido de color negro, aparentemente modesto, que, sin embargo, resultaba lascivo al acentuar lo que no dejaba ver. Llevaba el rubio cabello recogido en la parte alta de la cabeza. En cuanto a joyas, sólo llevaba un fino collar de perlas.

La conversación se reanudó inmediatamente, pero Natalie observó que todos los hombres dirigían sus miradas hacia Anna. También Eric, que parecía tan interesado en hacer buenos contactos que le produjeran fuentes de trabajo, quedó sujeto a su influencia.

«A ver si no lamentas anteponer el placer al trabajo», pensó la chica.

Los ojos de Anna escudriñaron a la gente allí reunida, hasta que la encontraron. Le dedicó una falsa sonrisa y se dirigió hacia donde estaba Kane.

Fue como si se atara a él por medio de lazos invisibles. Durante la cena se sentó al lado de Kane, y junto al director financiero de un

importante cliente. Eric se sentó junto a Natalie, y no pudo ocultar el esfuerzo que le causaba atenderla. Por fin, la joven le dijo:

—¿Qué tengo que hacer para que me dediques un poco de tu atención?.

—Perdón — contestó él, con una sonrisa de nerviosismo —. Estaba a muchos kilómetros de aquí.

—Yo diría que te encontrabas en el otro extremo de la mesa, sentado junto a Kane Marshall.

Eric se ruborizó.

—¿Tan obvio era? — preguntó en un susurró.

—Un poco.

Sin embargo, ese incidente la tranquilizó, pues se dio cuenta de que ella misma no era el tipo de mujer que le gustara. Por lo visto, Eric tenía debilidad por las bellezas espectaculares.

—Debo ser masoquista — confesó, al mismo tiempo que se comía su postre —. Anna me recuerda mucho a la modelo de la que te hablé, la que acabó por dejarme.

Natalie miró a la otra mujer, pensativa. Anna, como siempre, estaba pendiente de Kane.

«Es cierto», pensó. «Los hombres siempre se sienten atraídos por el mismo tipo de mujer. Tal vez por eso me siento a gusto con Eric, porque físicamente no soy su tipo, así como él tampoco es el mío».

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el camarero que retiró su plato. Un momento después, les sirvieron queso y fruta. Después pasarían a la sala a tomar una copa de coñac o un licor. Sabía que las mujeres tomarían un licor sin reservas, mientras que los maridos, que tenían que conducir de regreso, iban a abstenerse y a mirarlas con envidia.

Todo eso lo conocía por experiencias anteriores, y le resultaba divertido. También sabía que Kane concluiría algunos negocios durante la noche; a la mañana siguiente, ella tendría que sentarse a su lado y anotar lo que le dictara.

Lo miró por el rabillo del ojo. Estaba charlando con un cliente, y de pronto, se echó a reír. Era la imagen del perfecto anfitrión, tranquilo y seguro del éxito de la fiesta. Aunque en realidad, su cerebro de computadora trabajaba incesantemente, almacenando información. Ésa era una de las razones de su éxito: su asombrosa habilidad para recordar más información que la mayoría de la

gente. Kane era capaz de recordar conversaciones que habían ocurrido años antes.

Era más de medianoche cuando el último invitado se fue. Kane los acompañó a todos a la puerta. Anna, colgada siempre de su brazo, bostezaba lánguidamente cada vez que la puerta se cerraba.

«No puede dejar de ser sofisticada. Con razón es la que más le ha durado a Kane. ¿Será ella quien finalmente lo atrape?», se preguntaba Natalie.

Desde luego, formaban una bonita pareja. Ambos eran altos y atractivos; y la rubia belleza de Anna era el contraste perfecto de la virilidad morena y sensual de Kane.

Pensar que su jefe tal vez se casara con otra mujer le produjo una horrible sensación en el estómago. Para deshacerse de ella, se levantó y dijo:

—Voy a recoger todo esto.

Él sacudió la cabeza.

—Mañana vendrá un equipo de gente a recoger y a lavar todo —dijo, sonriendo —. Es cosa de O'Leary. Cuando pensó que tendría que hacerlo todo, por poco le dio un ataque.

Ambos sonrieron con el comentario. Anna, en cambio, miró a Natalie con los ojos entornados, y su mano blanca se tensó sobre el brazo de Kane. Evidentemente, estaba molesta. Sin embargo, no protestó; bostezó otra vez, se estiró con calculada gracia felina y dijo:

—¿Nos vamos a la cama, amor?.

La mirada de Eric no se apartaba de ella desde un rato antes. Kane asintió, pero a quien miro fue a Natalie.

—Buena idea — murmuró; y después de una breve pausa, añadió, sin apartar la mirada de ella: — No somos los únicos que quieren irse a la cama.

Hubo cierta dureza en sus palabras, y apartó la vista sin esperar la reacción de la chica.

«Eso ha sido un golpe bajo», pensó Natalie, sin poder contenerse. «¿Qué debo hacer ahora? ¿de qué lo puedo acusar? ¿de volcar en mí su sentido del humor?».

Estaba molesta y se sentía impotente. Si lo demostraba, no haría sino aumentar su diversión. Por lo tanto, tomó a Eric del brazo, quien afortunadamente ya no miraba a Anna, y se dirigió hacia la

escalera.

Una vez en su habitación, el joven comentó:

—Hay una segunda intención en las conversaciones entre tu jefe y tú. ¿O son imaginaciones mías?.

—Son imaginaciones tuyas — le aseguró ella.

Entró en el baño y se puso el camisón; una prenda corta, de encaje, completamente inapropiada para compartir la habitación con un simple amigo.

En cambio, el pijama de Eric era mucho más apropiado para la ocasión. En cuanto estuvieron preparados, Natalie le propuso:

—Yo dormiré en el suelo.

Por más que lo considerara inofensivo, la idea de compartir la cama con él la hacía sudar frío. Estaba obligada a dormir en la misma habitación, pero las camas sólo las compartían los amantes.

Tomó la colcha y empezó a acomodarla en el suelo. La noche no era fría, así que, por lo menos, no iba a tener ese problema.

—Acuéstate en la cama — dijo Eric, de buen humor.

—Yo te metí en este lío — repuso la joven con decisión —, lo menos que puedo hacer es asegurarme de que duermas bien.

—Y echar a perder mi reputación de caballero.

El chico empezó a arreglar la colcha, y no tardó en convertirla en algo semejante a un saco de dormir. Hubo un momento en el que sus dedos se tocaron, y Natalie apartó la mano instintivamente.

—Eres muy guapa — dijo Eric de pronto.

Ella se sintió alarmada.

—Eric, por favor… — susurró —. No hagas las cosas más difíciles de lo que son. Ya lo discutimos y…

—Podemos discutirlo otra vez y llegar a una conclusión diferente — propuso él, esperanzado.

Ella se cruzó de brazos.

—Por supuesto que no — aseveró con firmeza.

«Por favor, Dios mío, que no se ponga difícil», pensó. No tenía experiencia en sobrellevar ese tipo de situaciones, y tuvo miedo.

—No te preocupes — la tranquilizó él —. Fue un intento, nada más.

Como ella no cambio de actitud, el muchacho le preguntó, sonriendo débilmente:

—¿Amigos?.

Natalie le correspondió. El buen Eric… Si la justicia y la razón sirvieran de algo en las cosas del amor, formarían una pareja maravillosa. Y también haría mucho tiempo que hubiera renunciado a su empleo en Marshall Corporation. Se metió en la cama y dejó que la oscuridad la envolviera. Sin embargo, sus pensamientos continuaron acompañándola durante mucho rato, hasta que al fin se quedó dormida.

Cuando abrió los ojos, Eric ya estaba levantado. Lo oyó en el baño, cantando. La colcha estaba cuidadosamente doblada, pero se olvidó de recoger las almohadas. Al ver que todo estaba en orden, Natalie se recostó y cerró los ojos, con el deseo de descansar un poco más. No oyó abrirse la puerta. Sólo cuando habló, Natalie se dio cuenta de la presencia de Kane en la habitación.

—¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó, mirándolo con alarma —. ¿Por qué no has llamado?.

—Sí he llamado.

Kane examinó rápidamente la habitación, y luego preguntó:

—¿Has dormido bien?.

A pesar de que su tono era burlón, había una cierta dureza en su expresión.

¿Estará molesto por algo que hice?», se preguntó la chica.

Apenas eran las ocho, así que no podía reprocharle el levantarse demasiado tarde para trabajar. De todas formas, no tenía derecho a meterse en su habitación. Nunca lo había hecho.

Instintivamente, se sentó en la cama y se cubrió hasta el cuello con la sábana.

—Eres muy recatada — comentó él, mirando hacia el baño —. Aunque no veo la necesidad. Tu amante está en la ducha.

—¿Qué haces aquí? — repitió —. ¿Quieres que nos pongamos a trabajar?. En media hora estaré lista — miró con ansiedad a la puerta del baño —. Bajaré en cuanto Eric termine.

Kane se sentó en el borde de la cama y ella se sintió desfallecer.

—¿Cuánto tardará en terminar? — preguntó suavemente.

—No tengo la menor idea. Suele tardar mucho en el baño.

—¿Sin ti?. No lo creo.

El corazón le dio un salto dentro del pecho. El desfallecimiento empezaba a convertirse en pánico.

—Me sorprende que no estés con Anna — declaró con acritud.

—Debe de ser porque empieza a aburrirme un poco.

Un acceso de alegría la invadió, y bajó la mirada para que no resultara evidente. Al mismo tiempo, se reprendió mentalmente por ser tan tonta.

—Lo siento — mintió.

Él se echó a reír.

—¿Por qué?. Ni que fuera el fin del mundo. Las mujeres vienen y se van con facilidad.

«¿Crees que no me he dado cuenta?», se preguntó ella.

—Sólo contigo — murmuró.

Él se inclinó sobre la cama y colocó ambas manos a los lados de su cuerpo, aprisionándola.

—No me gusta que mis relaciones con las mujeres se interrumpan. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad?. Sabes muchas cosas de mí — su voz era suave; pero en cierta forma, amenazante —. Sabes más de mí de lo que yo sé de ti. Por ejemplo, creí que me iba a encontrar con la colcha en el suelo.

—Siento haberte desilusionado — contestó.

«¿Por privarme de la oportunidad de mantener un poco de control?. ¡Que piense lo peor!. Siempre será mejor que dejarlo saber la verdad».

—No me has desilusionado, pero sí me has sorprendido. Aunque ya debería estar acostumbrado.

«¿Qué querrá decir con eso?», se preguntó ella.

—Dime la verdad — prosiguió él, implacable —. ¿Lo tuyo con Eric va en serio?.

Ella se encogió de hombros. Entonces, él alargó un brazo y la cogió por la cabeza, obligándola a mirarlo de frente. El pánico no le permitía respirar con libertad.

—¿Te excita Eric? — Kane miró rápidamente la puerta del baño, como para asegurarse de que tenía el camino libre, y repitió con voz ronca: — ¿Te excita?.

—Eso no es asunto tuyo — logró contestar la chica.

—Tienes razón. No es asunto mío.

Le dirigió una encantadora y persuasiva sonrisa. Si la justicia y la razón gobernaran su vida, Natalie hubiera salido corriendo de la habitación. Pero en vez de eso, se quedó donde estaba, como hipnotizada.

—Hay una forma de saberlo — susurró Kane.

Natalie no tuvo que preguntar qué forma era ésa, pues lo supo en cuanto él inclinó la cabeza. Un momento después, sintió la presión de sus labios ansiosos; lo oyó suspirar suavemente, cerró los ojos y se entregó al placer que durante tantos años había esperado.

Los labios respondieron a su contacto, y ambas lenguas se entremezclaron en una dulce intimidad. Un cúmulo de sensaciones nunca antes experimentadas se difundió por todo el cuerpo de la joven.

¿Cómo pudo siquiera considerar la posibilidad de mantener una relación con Eric o con cualquier otro hombre?. En se momento comprendió que jamás podría escapar de Kane Marshall. Sin proponérselo, se había convertido en prisionera de su amor.

La fuerza del beso la obligó a apoyar la cabeza contra la almohada, y quedó al descubierto el encaje de su camisón. La noche anterior, cuando se presentó vestida de ese modo ante Eric, él no se dio cuenta de la sensualidad que proyectaba. Fue como si se hubiera puesto un pijama de franela.

Pero con Kane todo era diferente. Él la miró con ansia, y le pareció que su mirada la quemaba. Estaba tan excitado como ella. No era necesario que se lo dijera; lo percibió en su respiración entrecortada y en el brillo febril de sus ojos.

Él se inclinó para besarle el cuello, y su mano encontró el contorno de un seno. Lo acarició suavemente, y sus dedos juguetearon con su pezón, a través del encaje.

—Esto es una locura — murmuró Natalie al fin —. Eric…

—Eric está cantando en el baño.

Su boca volvió a cerrarse sobre sus labios. Ella inició un movimiento para apartarlo, pero en vez de eso, sus brazos le rodearon el cuello. El deslizó los labios por su cuerpo hasta llegar a su seno, y su boca cubrió ávidamente el pezón, hasta que el encaje quedó empapado y se adhirió a la piel. El pezón, duro y palpitante, se abrió paso entre el delicado material, y él se abalanzó a acariciarlo y mordisquearlo delicadamente. Luego, con un experto movimiento, deslizó el tirante de la prenda y dejó el seno al descubierto. Natalie vio la cabeza oscura sobre su pecho y se entregó al cálido asalto.

Luego, recuperó la cordura cuando él levantó la cabeza para

mirarla. En ese momento se dio cuenta de que Eric ya no cantaba.

Presa de la desesperación, se irguió y se colocó en una situación menos comprometedora; como pudo, se arregló el camisón. Kane también se irguió y se pasó las manos por el cabello. No parecía importarle mucho que Eric se enterara de lo que acababa de ocurrir.

«Si a ti no te importa, a mí sí», pensó la chica.

Kane se levantó sin dejar de mirarla.

—Es un poco tarde para hacerse la ofendida, ¿no te parece? —dijo —. No me pareció que me rechazaras ni por un momento.

Natalie buscó una excusa razonable para su comportamiento, alguna explicación que pudiera darle y que pareciera convincente, pero no la encontró. Aún sentía escalofríos en todas las regiones donde él puso sus manos, y la única explicación que se le ocurrió fue que se trató de un momento de locura.

—Será mejor que te vayas — declaró con frialdad.

Kane la miró con desdén.

—¿Sabe Eric el tipo de mujer que eres? — preguntó con una sonrisa calculadora.

—¿Qué quieres decir con eso?.

—¿Quieres que te lo diga con todas sus letras? — hablaba rápidamente, con toda la intención de herirla —. Que compartiste tu cama con Eric, pero que no te importaría compartirla también conmigo.

—¡Eso no es cierto!.

—¿Ah, no? — metió las manos en los bolsillos y la miró fríamente —. No sé cómo pude equivocarme de esa forma. Contéstame, ¿compartiste la cama con Eric?.

—Eso no es asunto tuyo.

—Con eso me basta.

Se miraron en silencio durante un momento. Luego, Natalie sintió una punzada de cólera. ¿Quién demonios se creía Kane Marshall que era? ¿el santo patrón del buen comportamiento?. Sobre todo, le indignaba que le reprochara a ella lo que él hacía sin el menor remordimiento.

—A ti podrá bastarte — dijo con amargura —. Tú ya has sacado tus propias conclusiones, y es lo único que te interesa. Y no es que quiera defenderme…

—Haces bien. Porque te iba a resultar muy difícil defenderte.

—¿Con qué derecho me vienes a dar lecciones de moralidad? — preguntó, ignorando su interrupción —. ¡Tú y tus mujeres!. ¿Qué te importa a ti que yo duerma con un hombre? ¡o con miles de hombres!.

Kane se enfureció, pero no apartó la mirada de ella.

—No critiques mi vida amorosa — la amenazó.

—¡Pues no critiques tú la mía!.

Volvió a cubrirse hasta el cuello con la sábana. Su cuerpo ardía de rabia; y también por sentirse injustamente condenada, e impotente para evitarlo. En ese momento, fue consciente de que se había dejado humillar por la más tonta de las razones: porque había querido experimentar las sensaciones que él le proporcionó, después de haber esperado durante tantos años esa oportunidad.

—Vete — le dijo.

—Con mucho gusto — murmuró Kane.

Se volvió y salió sin mirar hacia atrás.

En el momento en que la puerta se cerró detrás de él, se abrió la puerta del baño. Eric entró en la habitación, recién duchado y peinado.

—¿Estás bien? — le preguntó —. Me pareció oír voces.

—Sí — respondió ella sonriendo alegremente —. Era mi jefe, para decirme que tenemos que trabajar un rato antes de irnos.

—¿Seguro que no fue otra cosa? — preguntó el muchacho, dubitativo.

—Seguro — rió, aunque tenía la garganta seca y dolorida —. ¿Qué otra cosa podía ser?. No olvides que soy su secretaria.

«Por favor», rogó mentalmente. «Que no lo olvide él tampoco.»

Capítulo 6

KANE mantuvo a Natalie ocupada la semana siguiente. Apenas terminaba un trabajo, ya le tenía preparado otro. Además, tuvo que conseguir el tiempo necesario para atender las cuentas nuevas.

Por primera vez desde que empezó a trabajar en Marshall Corporation, sintió una absurda necesidad de ser capaz de hacerlo todo y de poder decirse que su ascenso era merecido. Claro que no podía preguntárselo a Kane; él no solía dudar de sí mismo y si descubría esa actitud en alguien, lo trataba con impaciencia.

Además, quería tener el menor contacto posible con él, sobre todo, en el terreno personal. Lo que deseaba era que la dejara tranquila para que pudiera hacer su trabajo.

Eric estaba molesto porque se negaba a verlo. En muy poco tiempo, se había acostumbrado a que ella estuviera dispuesta a salir con él. Con toda la paciencia de que era capaz, Natalie le explicó que estaba trabajando doce horas diarias, pero él no se conformó.

—No puede hacerte trabajar así — le decía por teléfono —. Tú no debes aceptarlo. ¿Qué es ese hombre? ¿tu dueño?.

—¿Y qué quieres que haga? — preguntó Natalie —. ¿Declararme en huelga? ¿hacer paros cada media hora?.

—¿Por qué no?.

—Porque lo más probable es que ni siquiera se moleste en entenderlo. Más tardaría yo en ponerme en huelga, que él en conseguir a alguien que me sustituyese.

Lo que nunca podría explicarle es que le gustaba hacer horas extra. Cuando Kane se concentraba en su trabajo, surgía entre ellos una gran camaradería; incluso podían comunicarse sin necesidad de hablar. Desde su punto de vista, era peligroso; pero la hacía sentirse viva y vibrante y, sobre todo, al mismo nivel que él.

El viernes estuvo a punto de aceptar la invitación de Eric de ir a cenar. Kane estaba en París asistiendo a una serie de juntas, y Natalie no sabía cuándo pensaba volver. Por fin, decidió quedarse a limpiar y arreglar su escritorio, y salió de la oficina después de las siete de la tarde. Llegó a su apartamento cansada pero contenta, con la idea de prepararse una cena ligera. Se sentó frente a la televisión y se puso el plato en el regazo. Sin embargo, los pensamientos que

durante toda la semana habían permanecido dormidos en su mente parecieron despertar.

Lo que sucedió en la casa de campo aún le causaba estremecimientos de placer. Natalie podía revivir con detalle todas las sensaciones causadas por el roce de sus dedos, el contacto de sus labios en la boca y en los senos y el calor que emanaba su cuerpo…

Hacía mucho tiempo que sabía que estaba enamorada de él. No era tonta, así que ni siquiera intentó disimular esa verdad y ocultársela a sí misma. Sin embargo, nunca imaginó el efecto que el contacto físico con Kane le produciría. Siempre se consideró capaz de controlarse, pero era porque durante muchos años había vivido con ese conocimiento, sin dejarlo escapar.

No estaba preparada para las emociones que los besos de Kane despertaron en ella, ni mucho menos para lo que sintió cuando la acarició en lugares tan íntimos. ¿A qué se debía eso? ¿a su falta de experiencia?. Se preguntó si no le habría sido más fácil sobrellevar aquella situación si no hubiera sido la primera vez.

Miraba el televisor con expresión ausente; la imagen de Kane en su mente era tan poderosa, que era como si lo estuviera viendo en realidad. ¡Cómo se había divertido con ella! ¡con qué facilidad había logrado encender el fuego bajo su rostro frío y controlado!. ¿Fue por eso por lo que entró en su habitación? ¿o fue tan sólo el deseo de jugar con ella?.

De cualquier forma, las consecuencias eran las mismas. Había reaccionado como una adolescente tonta, y él la había manipulado con la misma habilidad con que un músico manipulaba su instrumento. El hecho de que la presencia de Eric en el baño contiguo no lo hubiera detenido demostraba el desprecio que sentía por sus apasionadas declaraciones de amor por el joven.

Empezó a comer y trató de concentrarse en la pantalla del televisor, pero fue inútil. Acabó por apagar el aparato y llevar el plato a la cocina, casi lleno; fue a su dormitorio y tomó un libro que estaba sobre la mesita de noche. Estaba empezando a leer el capítulo tercero por cuarta vez, cuando sonó el timbre de la puerta.

«Debe de ser Eric», pensó. «¿Qué querrá a estas horas?. Voy a decirle que no me gusta que venga sin avisar. Está bien que seamos amigos y que haya confianza entre nosotros, pero si no pongo las cosas en claro, después voy a tenerlo aquí metido todo el tiempo».

Abrió la puerta con la intención de no dejarlo hablar; pero al ver de quién se trataba, preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí?.

En los cinco años que llevaban trabajando juntos, Kane nunca se había presentado en su apartamento. En ese momento, Natalie se mostró inflexible; estaba de acuerdo en ir a su casa a trabajar, pero nunca había permitido que se inmiscuyera en su vida privada.

Se lo quedó mirando, azorada. Parecía llegar directamente del aeropuerto. Vestía de traje, aunque la chaqueta y la corbata las llevaba sobre un hombro; las mangas enrolladas de la camisa dejaban ver sus brazos bronceados, cubiertos por un espeso vello oscuro.

—¿No me invitas a pasar? — preguntó el hombre secamente.

La joven se hizo a un lado y lo observó cuando entró. En cuanto llegó a la sala, el apartamento pareció llenarse con su presencia. Ella permaneció al lado de la puerta, con la mano en el picaporte y rogando interiormente que no tardara más de cinco minutos en decirle lo que iba a decirle.

Pensó en pedirle que se fuera, pero no lo hizo, porque eso lo incitaría a quedarse más tiempo. De todos modos, repitió su pregunta.

—¿Qué estás haciendo aquí a estas horas?.

Lo dijo con el mayor tacto posible. De todas formas, Kane arqueó una ceja en ademán de falsa sorpresa.

—¿Te molesta que haya venido?.

Ella no contestó, y él tomó su silencio por consentimiento.

—¿Esperas a alguien más?.

Ambos sabían a quién se refería y Natalie negó con la cabeza.

—Hace poco que volví de la oficina — le confesó —. Tuve que hacer algunas cosas, y salí bastante tarde.

—Eres muy diligente en tu trabajo.

Kane dio unos pasos por la habitación y luego se sentó en el sofá; tomó el libro que Natalie estaba leyendo y lo hojeó, como si quisiera descubrir en sus páginas algo referente a su personalidad. La joven tuvo que cerrar la puerta y acercarse al sofá. No quería darle a Kane la oportunidad de quedarse mucho rato, pero lo conocía muy bien, y sabía que de nada le hubiera servido permanecer junto a la puerta y mirar el reloj con insistencia.

—¿No me vas a ofrecer algo de beber o de comer? — preguntó, sonriendo persuasivamente.

—No tengo nada en la nevera — contestó la chica —. Lo único que puedo darte es café.

—Nada que te cueste mucho trabajo. No quiero que digas que me comporto como si fuera tu dueño.

Habló perezosamente, pero como en varias ocasiones, sus ojos brillaban de forma divertida. Luego la miró con la cabeza ladeada, esperando o deseando una respuesta que diera pie a las discusiones que tanto le gustaban. Pero ella no contestó y se dirigió a la cocina, agradeciendo la oportunidad de estar a solas para ordenar sus pensamientos.

«¿A qué ha venido?», se preguntó angustiada. «¿Qué quiere de mí?. No trae ni siquiera un expediente, así que no es un asunto de trabajo».

La conciencia de otras posibilidades la hicieron temblar. Llena de aprensión volvió a la sala y le ofreció una taza de café; luego fue a sentarse en la silla más apartada que encontró.

—¿Qué haces aquí? — preguntó otra vez.

—Sólo he venido a darte las gracias por la forma en que trabajaste la semana pasada — respondió él, fingiéndose ofendido.

Pero ella sabía que aquello no era sino un pretexto.

—No tienes que darme las gracias — declaró ella; consultó su reloj y añadió: — Y mucho menos tienes que dármelas a las nueve y media de la noche.

—Estaba cansado, tenía hambre y ganas de charlar con alguien — declaró Kane, un poco irritado.

No lo dijo, pero sus palabras implicaban que cualquier otra mujer se hubiera sentido halagada de que se presentara de pronto en su casa, cansado, hambriento y con ganas de hablar.

—¿Qué tal las juntas en París?.

Natalie observó alarmada que, por primera vez desde que lo conocía, hablar de su trabajo le molestaba. ¿Pero qué esperaba? ¿que estuviera dispuesta a entretenerlo en el momento en que se le ocurriera?.

Kane hizo un ruido de desagrado con la boca, y le informó rápidamente lo que se trató en las juntas. Natalie lo escuchó con atención. Siempre la había intrigado su habilidad para manipular a

los demás. No conocía a otro hombre capaz de conducirse con tanta seguridad; y verlo en acción era verdaderamente interesante.

—No he venido a hablar de trabajo — confesó Kane al fin, frotándose los ojos y apoyándose contra el respaldo del asiento.

Natalie lo miró moverse, fascinada. Inmediatamente se sintió alarmada, como si temiera que aquel hombre saltara de pronto, y ella fuera a verse obligada a correr para salvar su vida.

—¿De qué quieres que hablemos?.

Se encogió de hombros y la miró perezosamente.

—De lo que quieras, con tal de que no esté relacionado con el trabajo.

El corazón le dio un vuelco dentro del pecho y luego empezó a latir con violencia. Vio algo en la mirada de Kane, algo íntimo y cálido que hizo que la sangre se le agolpara en el cerebro; y sobre todo, la obligó a recordar que se encontraba sola con él. Esa vez, Eric no estaba en el baño.

Sin embargo, de inmediato se dijo que su imaginación desbocada la estaba haciendo delirar.

—¿No tienes una amiga que te sirva para eso? — preguntó al fin.

—¿Para qué? — inquirió el hombre, sonriendo nuevamente.

Hubo un silencio ensordecedor.

—Ya sabes a lo que me refiero — dijo la joven, molesta.

Estaba jugando con ella. Tal vez la hermosa Anna estaba fuera de Londres. De cualquier forma, no entendía por qué tenía que ser ella quien lo recibiera en su apartamento.

—Anna no sabe escucharme como tú. Además, se está volviendo un poco… exigente.

—Comprendo.

«Va a abandonar a Anna.», pensó. «Con todos sus aires de dueña de Kane, a pesar de sus amenazas, él va a abandonarla, lo quiera ella o no. Kane es implacable en lo que atañe a su vida privada».

—Está empezando a insinuar que la vida es algo más que sexo — afirmó su jefe con desdén.

«Está escogiendo las palabras más provocativas», pensó Natalie. Sin embargo, el rostro de Kane se mantenía perfectamente serio.

—Si será tonta… — comentó —. Tal vez sea que no te conoce bien.

—Tú sí me conoces, ¿verdad? — dijo Kane, suavemente.

Natalie lo miró, alarmada. De pronto, el pánico empezaba a apoderarse de ella.

—Te voy a traer otra taza de café — murmuró, al mismo tiempo que se levantaba.

Por un momento, temió que la sujetara del brazo.

Pero no fue así. Natalie se dirigió a la cocina, pero no se dio cuenta de que él la seguía hasta que lo vio apoyado contra la puerta.

—¿Por qué todas las mujeres piensan que el matrimonio es la conclusión inevitable de cualquier relación entre los hombres y las mujeres? — preguntó al mismo tiempo que la observaba atentamente.

«Cuando ese hombre eres tú», pensó la joven, «no me lo explico. El matrimonio y Kane Marshall son tan compatibles como el fuego y el agua. Por lo menos, en eso no me equivoqué. Fui tan tonta como para enamorarme de ti; pero nunca imaginé siquiera que te ibas a fijar en mí. O en el remoto caso de que eso sucediera y que eso nos condujera a algo. No me extraña que todas quieran atraparte».

—¿Tú también crees que el matrimonio es la conclusión inevitable en toda relación entre un hombre y una mujer? — preguntó él con curiosidad.

Natalie le dio la taza de café e intentó salir de la cocina. Pero él se lo impidió, apoyando el brazo libre contra una jamba de la puerta.

La joven tuvo un momento de inspiración y contestó:

—Sí.

Creyó que su respuesta había sido astuta, e hizo un movimiento de triunfo.

—Desde luego que sí — insistió —. ¿Qué sentido tiene llegar a conocer bien a una persona, si al fin hay que separarse de ella?. Yo creo que el estado ideal entre un hombre y una mujer es el matrimonio. Y eso incluye a algunos hijos.

Al terminar, le sonrió. Se sentía segura. Su táctica defensiva era la mejor que se le había podido ocurrir. La única forma de ahuyentar a Kane Marshall era pedirle que se comprometiera. Y ella quería ahuyentarlo. No le había gustado la forma en que la miró unos minutos antes, cuando estaban en la sala. Y mucho menos le

agradaban las sensaciones que recorrían su cuerpo desde el momento en que se presentó en su apartamento.

—¿Eric te ha prometido todas esas cosas? — inquirió él, mirándola con cinismo.

Natalie prefirió no contestar. Habría sido una mentira demasiado grande. Sin embargo, él confundió su silencio con asentimiento.

—Me lo imaginaba — murmuró —. Desde el principio comprendí que todo eso se debía a la influencia de un hombre.

—Los seres humanos somos diferentes — contestó Natalie, casi pensando en voz alta —. Algunos como tú huyen de todo tipo de compromisos. Tú prefieres tu libertad…

—¿Qué tiene eso de malo? — preguntó Kane, como si ella lo hubiera atacado de alguna forma; luego añadió: — Yo creí que en eso coincidías conmigo.

—¿Yo? — exclamó la joven con sorpresa —. ¿De dónde sacaste esa idea?.

—Nunca te molestó que tuviera tantas mujeres. Por lo menos, nunca dijiste nada.

—No era asunto mío — replicó, encogiéndose de hombros.

Pensó que era cierto: no era asunto suyo. Pero eso no le evitó el dolor que sentía cada vez que aparecía una nueva mujer en su vida.

—Claro. La secretaria perfecta — comentó él, cínicamente —. No piensas más que en tu trabajo, no tienes opiniones sobre nada. ¿No será que las mantienes siempre ocultas?.

Se levantó y dio unos pasos por la habitación, hasta llegar a la ventana. Allí se detuvo y miró hacia afuera, metiendo las manos en los bolsillos.

—No me pidas que opine — declaró ella.

—Pues estás opinando ahora — dijo Kane, al mismo tiempo que se volvía a mirarla.

El corazón de Natalie latió con fuerza.

—Y me gusta — continuó —. Debes hacerlo con más frecuencia. ¿O es que te doy miedo?. No es necesario que contestes. Ya sé que no. Aun cuando no me respondes, yo sé que no es por miedo. ¡Demonios!. La mayor parte de las mujeres se impresionan con quien tiene poder y dinero y se vuelven dóciles y complacientes. ¿Pero a quién le gusta someter a los demás?.

—¿Has venido a pelear?.

—Sabes muy bien a lo que he venido — contestó, pasándose la mano por el cabello —. Necesitaba hablar con alguien. Y tú eres la mujer más inteligente que conozco.

«Eso parece un cumplido», pensó Natalie con tristeza. «Lo malo es que no te gustan las mujeres inteligentes. Por lo menos, no te gustan en dosis grandes, a pesar de lo que a veces pretendes hacerme creer».

—¿No dices nada? — preguntó él, suavemente, al mismo tiempo que se le acercaba.

—¿Qué puedo decir? — preguntó tensa.

—La mayoría de las mujeres se sentiría halagada con un cumplido como ése.

—Pues muchas gracias — dijo ella —. Me siento muy halagada.

—Hasta pareces sincera — dijo Kane, sonriendo burlonamente.

Se acercó más, de modo que la joven tuvo que levantar la cabeza para poder mirarlo a la cara. Casi al mismo tiempo, empezó a sudar frío y se preguntó si Kane se daba cuenta del efecto que ejercía sobre ella.

—Perdón — repuso tratando de aparentar indiferencia —. El gran Kane Marshall me ha hecho un cumplido y no estoy temblando de agradecimiento. Debo de estar mal.

—Tienes una lengua… — replicó él, mirándola con dureza —. No sé qué me hizo venir. Hablar contigo se está convirtiendo en algo muy difícil.

—Ya sabes dónde está la puerta — murmuró la chica.

Por más que se esforzó, Kane no logró oír lo que dijo.

La conversación se le estaba yendo de las manos, y Natalie se dio cuenta de ello. Ya era tarde, no estaban protegidos por el ambiente seguro de la oficina, y podían decirse muchas cosas de las cuales se arrepentirían después. De eso estaba segura.

—Lo que en realidad he venido a preguntarte — musitó Kane —, es si Eric sabe que yo te atraigo.

Natalie abrió la boca, sorprendida.

—Contesta — la retó —. Lo que sucedió el domingo pasado me ha hecho pensar mucho, y he llegado a la conclusión de que no es justo que mantengas una relación con un hombre que no te atrae.

Al escuchar esas palabras, Natalie empezó a temblar. No supo

qué contestar; y cuando al fin pudo hablar, dijo:

—Nunca me dijiste nada de esto en la oficina.

—No creo que la oficina sea el lugar adecuado para hacer este tipo de comentarios — replicó él apartando la vista. Algo parecido al rubor cubrió su rostro, y le ordenó: — Contesta. ¿Le has dicho lo que sientes por mí?.

Natalie se puso de pie bruscamente, y ya no trató de disimular el temblor de sus manos.

—Fuera — dijo en voz alta y aguda —. Fuera de mi casa.

Él no se movió. Entonces ella levantó la mano y, dominada por la ira y por la humillación, la estrelló contra su rostro. Una marca roja apareció inmediata mente en la mejilla de Kane.

Él la sujetó por la muñeca y la atrajo hacia sí con fuerza. La joven no podía moverse, pues el más ligero movimiento le producía un violento dolor.

—¿Le molesta la verdad, señorita Robins?. Anna me dijo que yo te atraía, pero no me lo quise creer. Pensé que era su imaginación desbocada. Pero ahora veo que es verdad. Te atraigo. Y quiero saber qué piensas hacer.

—Estás diciendo tonterías — murmuró ella.

Natalie sintió que su cuerpo estaba a punto de incendiarse. No sabía a dónde dirigir la vista, y aunque lograra cubrirse los oídos con las manos, era consciente de que no le serviría de nada. De ninguna forma podría impedir que Kane se enterara de la verdad. Lo único que podía salvarla era mantenerlo en la ignorancia sobre la intensidad de esa atracción.

—Cuando te tuve entre mis brazos sentí tu cuerpo vibrar, pedirme que te tomara.

—No quiero hablar de eso.

—Claro que no. Lo que tú quieres es correr y huir de la verdad a la mayor velocidad posible, fingiendo que lo que deseas es un marido, dos hijos, un perro y un pececito. Pero eso es una injusticia. ¿Por qué fingir?. Jamás podrás conformarte con un hombre que no te gusta. Va en contra de tu naturaleza.

—¿Cómo te atreves a meterte en mi casa y… y…?.

No pudo concluir y se lo quedó mirando, con los ojos anegados en lágrimas de cólera.

—¿Y forzarte a admitir la verdad?.

—¡Es cierto! — gritó de pronto —. Me gustas. Lo admito. Pero eso no significa nada.

Fueron las palabras más amargas que había pronunciado en su vida. Y bajó la cabeza, derrotada, para no ver el brillo de triunfo que apareció en los ojos de Kane.

—¿Nada?.

Le soltó la mano y ella se apresuró a separarse, frotándose la muñeca para reactivar la circulación. Deseaba con toda su alma escapar de allí y huir de él… pero sus piernas se negaban a obedecerla.

—El sexo no es lo más importante en el mundo — declaró con voz temblorosa.

Quería decir que el amor era mucho más importante que el sexo, pero la sola idea de introducir la palabra «amor» en la conversación le produjo escalofríos. Kane era demasiado listo y no quería que se diera cuenta de que sus sentimientos por él iban más allá de la simple atracción física.

—Ya sé que no lo es — accedió él bruscamente —, pero es una actividad muy agradable. ¿O no estás de acuerdo?.

Se inclinó y la besó. Su sensación cálida y húmeda la hizo retroceder. Kane la atrapó entre sus brazos y la atrajo hacia sí, de modo que pudiera sentir la intensidad de su excitación.

—Será mejor que te vayas — protestó la joven débilmente —. Es muy tarde y… y tengo que levantarme temprano para ir a la oficina.

—Mañana es sábado — le recordó su jefe.

—De todas formas tengo que levantarme temprano. Tengo un… un compromiso.

—¿Por qué tienes tanto miedo?.

—¡No tengo miedo! — exclamó.

Mentía. Natalie tenía mucho miedo. Durante varios años, ella había controlado sus emociones, porque nunca se había visto sometida a ese tipo de pruebas. En ese momento temía que su amor por Kane destruyera su mundo entero.

Él le puso una mano sobre la nuca y sus dedos se enredaron en su abundante cabello, obligándola a mirarlo de frente.

Los labios masculinos se posaron sobre los suyos en una dulce caricia. Ya no le exigían una respuesta, sino que despertaban una

emoción irresistible. Apartó sus labios con la lengua y cuando ésta se introdujo en su boca, le produjo un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Estuve toda la semana imaginando este momento — murmuró Kane con voz ronca —. ¿Por qué crees que vine directamente aquí?.

La tomó en sus brazos con un ágil movimiento y se encaminó a buscar el dormitorio, abriendo con el pie cuantas puertas encontró en su camino. Una vez en la habitación, cerró la puerta con el mismo procedimiento y depositó a la chica suavemente sobre el lecho.

Natalie permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, jurando que no se perdonaría a sí misma si cedía a esa locura. Sabía que ella no significaba nada para Kane Marshall; no era sino un cuerpo de quien podía disponer por un momento. Tal vez sentía curiosidad por descubrir cómo era ella cuando hacía el amor, pero eso era todo.

En cambio, Natalie conocía las costumbres de su jefe, sabía lo pronto que se cansaba de las mujeres. Y de ella se cansaría mucho más pronto. De eso estaba segura, pues no era una mujer como las que solía tener. A pesar de todos sus esfuerzos, seguía siendo una mujer más entre millones.

—¿En qué piensas? — preguntó él, tendiéndose a su lado.

—En que no deberíamos hacer esto — contestó ella. Su respuesta sonaba débil a sus propios oídos, y deseó con todas sus fuerzas ser capaz de hacer algo para evitarlo.

—¿Por qué no?. Nos gustamos.

La besó en las mejillas. Fueron unos besos tan suaves como el ala de un ángel, que la hicieron estremecer y volverse hacia él. Natalie sentía la sangre correr por sus venas, provocándole un ligero mareo. ¿Era por eso por lo que no podía reaccionar como deseaba?.

Cuando la besó en la boca, Natalie le devolvió el beso. Y si al principio se mostró titubeante, poco a poco fue abandonándose a sus emociones y acabó por mostrarse tan exigente como él.

Kane introdujo una mano bajo su camiseta hasta tocar su piel, y la acarició con movimientos lentos y constantes. Natalie emitió una serie de gemidos, y se quedó inmóvil. Ya no era capaz de detenerse. Lo quería demasiado como para permitir que el sentido común la

aconsejara.

Sus senos exigían el contacto de sus dedos. Y cuando la mano de él los encontró, se sintió cercana al éxtasis. Después, Kane le quitó la camiseta.

No era demasiado tarde. Aún podía detenerse. Si insistía lo suficiente, su jefe acabaría yéndose. Pero no insistió. Por el contrario, lo miró fascinada, mientras se desabrochaba la camisa. No tardó en admirar su ancho pecho cubierto de vello, que llegaba hasta el cinturón. Natalie nunca había visto a un hombre desnudo, y se lo quedó mirando durante largo rato.

—Pareces asombrada — murmuró Kane, tendiéndose nuevamente a su lado y conduciendo la mano de ella a su hombría.

—Lo estoy — tragó saliva y añadió: — Yo nunca…

—¿Nunca? — preguntó él, muy serio —. ¿Y Eric?.

—Nunca… Nosotros nunca…

Las palabras le fallaron y se hundió en el silencio, temiendo que su virginidad se convirtiera en un obstáculo insalvable. A ella le parecía ridículo que en aquellos tiempos se mantuviera virgen a su edad, pero sus principios morales siempre le impidieron acostarse con un hombre a quien no amara.

—Voy a ser el primero para ti — le susurró Kane al oído.

Natalie comprendió que su virginidad no iba a representar ninguna clase de obstáculo. Él le desabrochó los pantalones e introdujo la mano para acariciar su vientre plano, provocándole tanto deseo que se sintió incapaz de resistir más. Luego deslizó un dedo sobre sus senos, incitándola, provocándola. Y cuando Kane acarició la rosada punta con los labios, ella se arqueó hasta introducir el pezón en su boca. El placer aumentó cuando sintió las caricias de sus labios y de su lengua.

Hábilmente, Kane le ayudó a deshacerse del pantalón. Luego le acarició los muslos y sus dedos se deslizaron bajo sus bragas, lo que la hizo sentir tanta pasión que le resultaba difícil controlarse. Él se estaba conduciendo con mucha calma, y Natalie le estaba agradecida por eso. Kane sabía que carecía de experiencia, y exploraba su cuerpo con gran delicadeza.

La besó en el vientre y luego descendió poco a poco, haciendo que su respiración se volviera difícil y anhelante. Le quitó las bragas y sus labios acariciaron sus partes más íntimas con persuasiva

ternura, haciéndola emitir pequeños gemidos de placer. Luego le separó las piernas y se colocó entre ellas, invitándola a moverse al mismo ritmo que él, hasta que ella le suplicó que le diera la satisfacción total.

Sintió un dolor agudo pero breve cuando la poseyó; y después, el placer aumentó una vez más. Kane inclinó la cabeza para besarla, y se abrazó a él. Un momento después cerró los ojos, y dejó que las sensaciones la dominaran por completo. ¿Cómo podía haber pensado siquiera en hacer el amor con otro hombre?. Para ella, aquello había sido una experiencia increíble.

Más tarde, cuando ambos descansaban en el lecho, la joven se preguntó qué iba a ocurrir después. ¿Qué se hacía en situaciones similares? ¿existía algún patrón de comportamiento?.

Kane la besó en una oreja, y apartando su cabello, le dijo que era hermosa. Si pudiera creerlo…

—No es cierto — contestó ruborizándose.

Como para asegurarle que no mentía, Kane tomó su mano para demostrarle el efecto que le causaba. Natalie quería que aquello no terminara nunca. Pero incluso en esos momentos de intenso placer, la razón empezaba a hacerse presente.

Lo primero que le dijo fue que el arrepentimiento se hallaba muy cerca de ella.

Capítulo 7

CUANDO la primera luz del día siguiente entró en la habitación por la abertura de las cortinas, Natalie se sintió la mujer más desgraciada del mundo. Kane aún dormía a su lado y su rostro le resultaba extrañamente vulnerable. Cerró los ojos. El recuerdo del amor que habían compartido durante la noche volvió a su mente, provocándole un estremecimiento.

«¿Qué voy a hacer ahora», se preguntó. «Sucumbí ante la tentación. No supe rechazar lo que me ofreció, y ahora tendré que pagar el precio de mi debilidad. Pero me temo que ese precio será muy alto».

Intentó levantarse sin despertarlo, pero todavía no había puesto un pie en el suelo, cuando él la sujetó por el brazo.

—¿A dónde vas? — inquirió él perezosamente.

Luego la miró con tanta intimidad, que Natalie sintió que el cuerpo se le volvía a incendiar.

Se aclaró la garganta. Tenía que comportarse con toda delicadeza. Desde luego, no le encontraba ningún sentido a llorar y gritar, lamentando lo ocurrido. Por otra parte, sabía con profunda tristeza que jamás se resignaría a ser una mujer más en su vida, una diversión que su jefe pudiera abandonar en el momento en que se aburriera de ella.

—Voy a preparar un poco de café — murmuró.

Kane cogió el reloj que estaba sobre la mesita de noche.

—¿A las cinco y media de la mañana? — la miró con ojos soñolientos, pero sensuales —. ¿Sueles levantarte tan temprano?.

Natalie rió para disimular su incomodidad.

—No. Pero tampoco suelo compartir mi cama con cualquiera.

Él la atrajo hacia sí, y hubo en sus ojos un chispazo de satisfacción.

—Lo sé — dijo —. Y me gusta. Más aún, me excita.

Pronunció la última palabra sobre sus labios, y la joven sintió una vez más que su cuerpo la traicionaba. Suavemente y con gran delicadeza, se desprendió de sus brazos, por más que todo su ser le exigía que se abandonara, que olvidara sus ridículos principios y disfrutara de lo que él le ofrecía… mientras quisiera ofrecérselo.

—¿Quieres café? — le recordó, con un matiz de desesperación en la voz —. ¿O prefieres té?.

Kane se tumbó, entrelazó las manos detrás de la cabeza y la miró fijamente.

—Te prefiero a ti.

Un rubor incontrolable tiñó sus mejillas. Buscando en la memoria algo que la ayudara a abandonarlo, se dijo que esas eran frases hechas que decía a todas las mujeres que compartían el lecho con él. Era cierto que su voz había temblado ligeramente, que parecía haberlo dicho con sinceridad… pero sin duda las tenía muy bien estudiadas.

—Enseguida vuelvo.

Se levantó, sin poder olvidar que estaba desnuda; y tampoco que los verdes ojos de su jefe la escudriñaban atentamente. Se puso una bata y corrió a la cocina.

Tomó la cafetera con manos temblorosas y procedió a preparar el café, al mismo tiempo que pensaba desesperadamente qué era lo que iba a hacer. Desde luego, no podía permitirse el lujo de dejar que se quedara mucho tiempo; no podía tolerar que su encanto personal y su atractivo físico la hicieran olvidar sus resoluciones.

Cuando regresó al dormitorio, lo encontró sentado en la cama. Le dio una taza y se sentó en el banco del tocador, mirando el vapor que escapaba de la suya.

—¿Qué te ocurre?.

Natalie lo miró como si no comprendiera la pregunta.

—¿A mí?.

—No juegues conmigo — replicó él con tono brusco —. A ti te pasa algo malo. De no ser así, no estarías ahí sentada en la taza entre las manos; pareces una maestra que no sabe cómo debe castigar a un alumno indisciplinado.

—Bueno, si te empeñas…

Se interrumpió para buscar las palabras apropiadas, percibiendo la cólera sorda que empezaba a acumularse en Kane.

—Si de verdad quieres saberlo… — respiró profundamente y dijo: — Lo de anoche no… no debió haber ocurrido. No sé qué fue lo que me sucedió.

—Eso se llama deseo — declaró él con firmeza.

Se levantó, tirando las sábanas al suelo, y Natalie apartó la vista.

—Mírame — le ordenó —. Anoche acariciaste mi cuerpo. ¿Por qué no quieres mirarlo ahora? ¿o qué? ¿pretendes cegar el pozo después de ahogar al niño?.

—No creo que comprendas lo que…

Kane se dirigió hacia ella rápidamente, Natalie tuvo que interrumpirse. Luego la obligó a levantarse y a mirarlo.

—Comprendo muy bien que te has pasado la vida entera negando el deseo, que es una parte tan importante de tu persona; y que te avergüenzas de lo que sucedió entre nosotros.

—¡Eso no!.

Lo miró con tal intensidad, que las lágrimas anegaron sus ojos y le nublaron la vista.

—Entonces, ¿a qué se debe este acceso de culpa?.

Sin perder el tiempo en ceremonias, la llevó hasta el lecho y la arrojó sobre él.

—Si no te avergüenzas, si no tienes un acceso de culpa, pruébalo. Acarícianme.

—No puedo — dijo ella, apartando la vista.

—¡Por el amor de Dios, Natalie! — exclamó Kane, desesperado y desorientado —. Es solamente sexo.

—Por eso — replicó ella —. Porque es solamente sexo. Yo no soy así.

—Ahora me doy cuenta — dijo él lentamente —. Tú eres de las que quieren compromiso, ¿no es cierto?.

—¿Tiene algo de malo?.

—¿Por qué te niegas al placer que tienes al alcance de la mano? ¿por qué té empeñas en que ha de terminar en matrimonio?.

Se arrodilló al lado de la cama y la joven percibió la pasión en sus palabras.

—Lo de anoche fue maravilloso. Podemos continuar disfrutando de ello durante mucho tiempo más. ¿Por qué estropearlo con ataduras y compromisos?.

—Porque así soy — murmuró ella —. Sabía que no lo ibas a comprender. Ya sé que he herido tu amor propio, pero…

—¿Mi amor propio? — rió él, irónico —. De esas heridas se recupera uno muy pronto.

—Lo sé — agregó la joven —. Te sobran mujeres para curarte la herida.

Se arrastró hasta el lado de la cama y se miraron como adversarios recelosos.

—¿Por qué te alejas? — preguntó Kane, haciendo un gesto de amargura —. ¿Piensas que te voy a violar?.

«Después de la persuasión viene la cólera», pensó la chica. «Diga lo que diga, está herido en su amor propio por mi negativa a tener una aventura con él».

—Será mejor que te vayas — dijo sin hacer caso de su provocación —. No voy a cambiar de opinión, por más que lo intentes.

Kane la miró durante unos instantes; luego recogió su ropa y procedió a vestirse con movimientos rápidos y bruscos. No volvió a mirarla hasta que estuvo listo, en la puerta del dormitorio.

—No sabes lo que haces — le dijo con el rostro convertido en una máscara de rabia.

—Sé perfectamente lo que hago — replicó Natalie de forma desafiante.

Pero por dentro no estaba tan segura, y apenas podía respirar. «¿Tendrá razón?», se preguntó. «¿Debo ceder a mis instintos, a mi deseo por él, olvidando todo lo demás?. No, ya he cedido demasiado; ya le dejé ver el efecto que me produce… No quiero cometer más errores».

Kane salió de la habitación en silencio, y cerró la puerta sin volverse para mirarla.

Entonces, ella se levantó y se dedicó a ordenarlo todo. Con un poco de suerte, podría borrar hasta el menor vestigio de su presencia… Cuando terminó, se sentó en la cama y allí estuvo durante largo rato.

Pasó el resto de la mañana en un estado próximo al mareo. Fue a la tienda a hacer las compras de la semana y pasó más de media hora en el gimnasio, trabajando duro. Pero por primera vez desde que adquirió la costumbre de hacer ejercicio todos los días, no se sintió mejor al terminar.

Pasó el día recordándose que la única culpable de lo ocurrido era ella, por no haber sabido manejar la situación; diciéndose que no había tenido otra opción que pedirle que se fuera, y que había tenido la fortuna de conservar un resto de dignidad que le permitió escapar de un desastre mayor.

Varias veces sonó el teléfono. Ella se limitó a mirarlo con recelo, deseando y temiendo que fuera Kane. Sin embargo, la razón y la lógica le decían que no era él; y como no tenía deseos de hablar con nadie, lo dejó sonar.

Al atardecer, se sintió como si hubiera pasado cincuenta años en una celda, incomunicada. Pensó que una taza de café la reconfortaría; estaba empezando a prepararla, cuando decidió que una copa de vino le sentaría mejor… Desgraciadamente, no tenía vino.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta. El ruido la sobresaltó, y se volvió a mirarla. «No puede ser Kane», se dijo temerosa. «Tampoco Eric. Él me dijo que pensaba pasar este fin de semana en el campo, en casa de sus padres».

Volvió a sonar el timbre, y Natalie se puso de pie. «¿De qué tengo miedo?. Debe de ser alguien totalmente ajeno a mis problemas. Seguramente es un vendedor. Eso me distraerá un poco».

Abrió la puerta y el alma se le cayó a los pies. No era Kane, como había temido en un principio, pero tampoco era un vendedor. Era Anna. Y a juzgar por su expresión, no pensaba hacerle una visita de cortesía.

—¿Qué se te ofrece? — preguntó la joven, colocándose en el centro del umbral.

—Hablar contigo. ¿Para qué crees que he venido?. ¿Puedo pasar? — preguntó de forma brusca.

Natalie buscó mentalmente un pretexto para negarle la entrada, pero no lo encontró, así que se hizo a un lado.

—¿Quieres un café? — le ofreció, forzada por la más elemental hospitalidad.

—No voy a estar aquí durante mucho tiempo.

Un gran alivio se apoderó de ella. «Cuanto menos tiempo estés aquí, mejor», pensó Natalie.

Se sentó en el extremo opuesto del sofá, y la observó con detenimiento. Llevaba un vestido impresionante, y allí, parecía completamente fuera de lugar.

—¿Qué se te ofrece?.

—Que me digas por qué me ha dejado Kane.

Hubo un silencio, durante el cual Natalie se esforzó por

mantenerse imperturbable. No supo si lo logró, porque las mejillas le ardieron durante todo el tiempo.

—Lo… lo siento mucho — dijo al fin.

—Lo dudo. Nunca te caí bien, lo sé. Te conozco, y siempre supe lo que te proponías. Querías a Kane. Me fijé muy bien en tu comportamiento en su casa de campo, en tus miraditas y tu falsa modestia. Durante todo el tiempo lo estuviste incitando, sin importarte que tu novio estuviera presente.

—¡No lo incité a nada! — protestó la joven, furiosa —. ¿A qué miraditas te refieres?. No sé de qué estás hablando.

—¿Qué dijo tu novio de lo que pasó ese día?.

—Eric y yo respetamos nuestras vidas privadas — respondió.

Eso había sonado muy mal. Ella fue la primera en darse cuenta. Pero si negaba tener relaciones con Eric, Anna se sentiría con más derecho a acusarla.

—Qué horrible. Parece muy buen chico. ¿Cómo puedes tratarlo así?.

—Perdóname — dijo la joven, mirándola con incredulidad —. Por si no te has dado cuenta, estás en mi casa. No tengo por qué aguantar tus sermones, ni tus reproches sobre mi moralidad, así que si no te importa…

Se puso de pie, deseando haberlo hecho antes. Anna también se levantó, y sus ojos brillaron, fríos y duros como diamantes.

—Me quitaste a mi hombre — declaró con desdén y amargura —. Estoy segura. No sé qué fue lo que pasó entre vosotros, pero me lo quitaste. Una vez te advertí que la venganza era dulce, ¿te acuerdas?. Pues pronto tendrás la oportunidad de comprobarlo.

Se dirigió con rapidez a la puerta de la entrada y la abrió.

—No me asustas — dijo Natalie, enfrentándose a la fría mirada de la otra mujer —. Te parece muy correcto meterte en mi apartamento a amenazarme con no sé qué castigo; pero estás muy equivocada, si crees que estoy temblando de miedo.

—No me interesa saber si estás temblando o no. Lo único que quiero es darte una lección.

La máscara de mujer sofisticada y experimentada se deslizó un poco, y quedó expuesto su verdadero rostro: el de una niña caprichosa a quien le han quitado su juguete favorito. Entonces, Natalie se dio cuenta de su extrema juventud.

«Debo de tener veinte… veintidós años», pensó asombrada.

—Te estás comportando de una manera infantil — dijo —. ¿No quieres convencerte de que no tengo nada que ver con Kane Marshall?. Está bien, no me creas. ¿Pero no te parece que ningún hombre merece tu sufrimiento?.

—¡No quiero escuchar sermones!.

—No te estoy sermoneando — suspiró la chica —. Si de verdad te ha dejado, lo mejor es olvidarlo. No merece ni que lamentes su ausencia.

Sin darse cuenta, en su voz había un matiz de amargura.

—¡Por favor, no hables como si lo supieras todo!. No sabes, ni siquiera imaginas el tipo de relación que teníamos. Yo lo quería; y pude tenerlo para mí sola. Pero te presentaste tú con tu peinado nuevo y tus kilos de menos, y le pareciste una novedad. Pues me voy a asegurar de que pagues por lo que hiciste. Te voy a enseñar lo que se siente cuando otra viene a quitarte a tu hombre.

No se dijeron una palabra más. Natalie sintió pena por Anna y dolor por descubrir un resentimiento tan profundo en una mujer tan joven. «Kane Marshall», pensó al mismo tiempo que cerraba la puerta, «vas a tener que responder de muchas cosas. Te gusta jugar con los sentimientos de los demás y te sientes invulnerable porque no te comprometes nunca».

Se preguntó a qué se refería Anna con sus amenazas. Sin embargo, desechó ese pensamiento diciéndose que las olvidaría enseguida.

Se acostó temprano y estuvo muchas horas a oscuras, con los ojos abiertos, recordando todo lo que le había sucedido en las últimas semanas. Y deseó poder volver al pasado, cuando vivía sin problemas. El sueño llegó al fin, un sueño intranquilo y plagado de pesadillas que la hicieron despertarse varias veces bañada en un sudor frío. ¡Con qué ansia esperaba la tranquilizadora luz del día…!.

Cuando llegó a la oficina, a la mañana siguiente, Kane no había llegado aún. Eso debió de hacerle las cosas más fáciles; pero extrañamente no fue así. Era como si alguien tratara de retardar lo inevitable.

Se sentó ante el ordenador, y empleando el procesador de palabras escribió la carta que con tanto cuidado pensó; la guardó en

un sobre blanco y la dejó sobre el escritorio de Kane. Después se dedicó a archivar expedientes y a contestar cartas.

Supo que Kane había llegado antes de que la puerta de la oficina se abriera. Siempre le ocurría lo mismo, y no sabía si debía atribuirlo a un fenómeno telepático o si se trataba de que ella captaba con gran facilidad la energía que él irradiaba.

En cuanto lo sintió, su cuerpo entero se tensó. Entró como un huracán, le dirigió un gruñido por saludo y se encerró en su oficina, cerrando de un portazo.

«¡Qué forma tan agradable de empezar la semana!», se dijo Natalie. No se movió de su escritorio. Tarde o temprano iba a encontrar su carta; entonces la llamaría, y tendría que enfrentarse a él. En ese momento, deseó haberse ido dejando un mensaje con cualquier secretaria.

Kane abrió la puerta tan silenciosamente que apenas lo oyó.

—¿Qué rayos es esto? — preguntó detrás de ella.

La joven hizo girar su silla y quedó frente a él.

Estaba apoyado contra el marco de la puerta con una mano en el bolsillo y sostenía su carta con dos dedos, como si se tratara de algo sucio o contagioso.

Se aclaró la garganta y dijo, tratando de que su voz no denotara emoción alguna:

—Mi dimisión.

—Entra. ¡Enseguida!.

Se volvió y la chica lo siguió a su despacho. No cerró la puerta, como si deseara tener fácil acceso a una ruta de escape.

—Este documento es inaceptable — dijo con tono cortante.

Estaba sentado ante su escritorio. Ella permaneció de pie; pero esa posición, que podía hacerla sentir superior, la deprimió un poco.

—Lo siento.

—Bien. Tómala y rómpela. Tírala a la basura, que es donde debe estar.

—No puedo — afirmó en voz baja.

Kane frunció el ceño, un gesto que la hizo estremecer.

—La expresión «no puedo» es absurda — le informó.

Ella no contestó. No quería discutir, pues temía el poder de su lengua. Por otro lado, estaba decidida a renunciar, y nada que Kane

dijera o hiciera la haría cambiar de opinión.

No fue una decisión fácil de tomar. Llevaba tanto tiempo trabajando con él, había pospuesto tantas veces su deseo de renunciar que escribir aquella carta le había destrozado el corazón. Sobre todo, porque renunciar era el final de todo. No volvería a verlo, ni volvería a sentir esa vibración que se apoderaba de ella en cuanto entraba en la oficina. Tenía que hacerlo; estaba convencida de ello… pero no por eso le resultaba menos doloroso. Ni la razón ni la lógica podían consolarla, y lo único que deseaba era que Kane no se diera cuenta de sus verdaderos sentimientos.

—¡No te quedes ahí parada! — exclamó él, malhumorado.

—Ya he archivado todo lo que estaba pendiente — le informó Natalie tranquilamente, aunque por dentro se estaba derrumbando —. También contesté todas las solicitudes que teníamos. Quien me sustituya lo encontrará todo en perfecto orden.

—¡No puedes renunciar!. Te acabo de ascender.

—Lo sé, y lo siento.

Su voz era poco más que un susurro. Natalie dudaba de poder encontrar un empleo que le gustara tanto como aquel, y por el que le pagaran tan bien. Pero sobre todo, tenía la certeza de no volver a encontrar un jefe como Kane Marshall. Le encantaban sus arrebatos de mal humor, sus gritos y sus exigencias, pero también su encanto personal y su sentido de la justicia.

Respiró profundamente. No quería pensar en lo que estaba perdiendo al renunciar. Kane Marshall había absorbido demasiado de su tiempo y de sus sentimientos, y necesitaba escapar de su asfixiante influencia.

Kane no la miraba ya. Tomó su pluma y se puso a juguetear con ella.

—Si es por lo que ocurrió la otra noche, te pido disculpas — dijo al fin.

—No he venido a exigirte una disculpa.

En realidad, prefería no hablar de eso, y fingir que aquello no sucedió.

—Tampoco voy a sentirme ofendida. Para hacer lo que hicimos, se necesitan dos.

—Podemos olvidarlo. Son cosas que pasan. Un error, un…

Natalie sacudió tristemente la cabeza.

—Yo… — empezó a decir.

—No voy a perseguirte alrededor del escritorio. Eso es lo que temes, ¿verdad?. Que no podremos volver a tener la relación de trabajo que tuvimos durante estos años. Pero sí podremos. Confía en mí.

«¿Confiar en ti?». El solo pensamiento le provocó ganas de reír, de gritar, o de llorar…

—No es eso…

—Entonces, ¿qué demonios es?.

Lo miró a los ojos, y no encontró respuesta. No, no podía decirle la verdad, que lo amaba con desesperación; que cada día que pasara a su lado seria una flecha que le traspasara el corazón; que dormir con él había sido el mayor error de su vida, porque se llevó todas sus ilusiones… porque se dio cuenta de que, aun cuando lo imposible sucedió y él la deseó y la amó, fue un deseo pasajero, un simple capricho… ¿Cómo podía explicarle todo eso?.

—Llevo mucho tiempo en esta empresa — empezó a decir, temblorosa —. Cinco años… He aprendido mucho, he adquirido experiencia… Creo que es el momento de cambiar.

Kane no hizo el menor intento de ocultar que no quería que se fuera. Eso la halagó… y la hirió al mismo tiempo, porque vio que la necesitaba únicamente como una eficiente secretaria.

«¿Qué esperabas?», le dijo una voz interior, riendo con amargura. «Tuviste varios sueños infantiles, y ya eres demasiado mayor para eso».

—¿A dónde te irás? — preguntó su jefe con voz fría.

La joven se dio cuenta de que él había aceptado lo inevitable. Podría no gustarle, porque su renuncia iba a alterar el trabajo de toda la oficina; pero lo aceptaba. Lo malo era que la aceptación aparejaba también la indiferencia.

—No tengo la menor idea — contestó secamente. Siguió un silencio embarazoso, que rompió ella al decir: — Si eso es todo…

Él inclinó la cabeza levemente, sin mirarla.

—Tienes que venir alguna vez, y decirnos cómo te va en tu nuevo empleo.

Se alegró de que no la estuviera mirando, pues estaba a punto de llorar.

—Desde luego.

Salió de la oficina rápidamente, tomó sus cosas y fue a despedirse de todos los compañeros con quienes había trabajado durante esos años. Al salir del edificio, fue consciente del impacto de su decisión. Se sentía como un títere al que hubieran cortado de repente los hilos que lo sostenían, y se desplomó igual que aquellos muñecos.

«¿Qué voy a hacer ahora?», se preguntó. La falta de empleo no la preocupaba. Estaba segura de que no tardaría en encontrar algo adecuado. Pero el vacío que representaba la ausencia de Kane era otra cosa… Eso iba a resultar muy difícil de llenar.

Pasó la tarde haciendo llamadas telefónicas, y no tardó en comprobar que no había empleos tan bien pagados como el que acababa de dejar. El día siguiente lo invirtió en visitar agencias de colocaciones y en rellenar solicitudes de empleo.

En el curso de esa semana tuvo varias entrevistas de trabajo. Sin embargo, no hubo nada que se pudiera comparar con el empleo en Marshall Corporation. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para convencerse de que aquella parte de su vida estaba muerta y enterrada.

Eric se mostró muy intrigado por su decisión.

—Yo creí que estabas a gusto allí — le confesó, perplejo —. Hace apenas dos semanas trabajaste el fin de semana para atender a sus clientes.

—Precisamente.

—Precisamente, ¿qué?.

—Un día me desperté, y me di cuenta de que la única forma de descansar de verdad era cambiando de empleo.

—Y te quedaste sin nada.

—Sin nada — tuvo que admitir.

Seguramente, su depresión era mayor de lo que ella misma creía, porque un rato después se encontró cenando en un restaurante con él. Y los esfuerzos de Eric por reanimarla fueron tan evidentes, que al cabo de unas horas llegó a sentirse un poco mejor. Con la segunda botella de vino, ya estaba riendo más de lo que creía posible reír en sus circunstancias; y para la tercera, el joven salió con una brillante idea.

—¿Por qué no buscas empleo con alguno de los que fueron tus clientes? — le propuso en voz demasiado alta —. Los contables que

están en nuestro despacho lo hacen todo el tiempo.

Era una posibilidad en la que no había pensado. Después de todo, ¿por qué no intentarlo?.

Recordó a un cliente que en una ocasión le prometió empleo si alguna vez llegaba a necesitarlo, y el lunes lo llamó por teléfono. El martes ya estaba trabajando en su empresa. Le dieron unas infinitas ganas de besar a Eric; pero en vez de eso, lo invitó a cenar.

—Esta noche — le propuso por teléfono —. Escoge tú el lugar. La idea fue tuya.

—Esta noche tengo un compromiso ineludible — replicó él, vagamente —. Mejor mañana.

—No sé si podré mañana — respondió ella, un poco desilusionada —. No sé a qué hora saldré de trabajar.

Lo dejaron para algún otro día, aunque sin especificar fecha, y Natalie no tardó en relegarlo al olvido.

Pasaron unos días, durante los cuales la joven se integró en el equipo de trabajo de Tony Harding. A pesar de la diferencia en el tamaño de las compañías, se sintió como si no hubiera perdido por completo el contacto con Marshall Corporation. Era una empresa pequeña, pero en constante desarrollo, y su trabajo era muy diverso, desde contestar el teléfono hasta tratar con clientes. El salario era mucho menor que el que tenía en su trabajo anterior; tampoco había esa excitación de trabajar para una empresa importante… pero tenía la compensación de hacerlo para una persona a quien conocía bastante bien, que rápidamente la puso al tanto de todo y que la dejaba desarrollarse tranquilamente.

Además, no iba a gastar tanto en ropa. La empresa estaba situada en un local muy parecido a una bodega, por lo que casi todo el mundo usaba pantalones vaqueros. Sus vestidos, recuerdos de otros tiempos, se quedaron colgados en su armario. Se alegró de ello, pues casi todos estaban asociados con algún recuerdo de Kane.

Lo único que no le gustaba era el desorden del archivo, y un día se puso a archivar las copias de las facturas. Estaba ensimismada en su trabajo, cuando una extraña sensación la hizo levantar la vista. Frente a ella, unos ojos verdes y brillantes la miraban intensamente. Era Kane Marshall, acompañado por Tony Harding.

Le pareció que habían transcurrido varios años desde la última vez que lo vio, aunque en realidad se trataba de un par de semanas.

Todos los nervios de su cuerpo sufrieron una fuerte sacudida. Sin embargo, se dominó y se puso de pie.

El corpulento y entusiasta Tony entró de lleno en el archivo. Kane lo siguió mirando a su alrededor y fijando luego la vista en el rostro de la joven, que se ruborizó.

Hasta ese momento, Natalie había pensado que su nuevo empleo la estaba ayudando a olvidar a Kane. Pero al verlo, comprendió que seguía ejerciendo sobre ella el mismo efecto de siempre, que nunca iba a conseguir olvidarlo.

—Tengo un encargo especial para ti — le dijo su nuevo jefe —. Y sé que te va a gustar. Vas a comer con tu ex jefe. Quiero que emplees toda la influencia que tienes sobre él para que me conceda algún descuento especial.

Kane la miraba irónicamente, desafiándola a inventar un pretexto verosímil para rechazar la invitación.

—¿No querías que te escribiera unas cartas? — preguntó Natalie débilmente.

Tony rió.

—Las cartas pueden esperar. Esto es más importante.

Siguió un breve silencio, durante el cual Tony miró a uno y luego al otro. Sobre todo, a ella. Evidentemente, le extrañaba el poco entusiasmo que mostraba por su invitación. A la mayoría de las secretarias les encantaba la idea de que las invitaran a comer, especialmente si se trataba de un ex jefe a quien había tratado durante cinco años. Claro que Tony no podía adivinar el verdadero motivo.

—Voy a buscar mi chaqueta — dijo la joven.

Se dirigió hacia el perchero y se estremeció al sentir la mirada de Kane. «¿Qué está haciendo aquí?», se preguntó desesperada. «¿No le basta con el daño que me ha causado?». Tuvo la desagradable sensación de que todo volvía a empezar, de que con su renuncia no había adelantado nada.

Encontró a los dos hombres conversando sobre uno de los recientes proyectos de Tony. Al verla llegar se interrumpieron. Ella sonrió amablemente a su jefe, pero cuando se dirigió a Kane, su rostro estaba perfectamente indiferente.

—Estoy lista.

—Vámonos — murmuró él.

Abrió la puerta para que saliera, y ella caminó deprisa. Entró en el coche. Él se sentó al volante, y el cuerpo entero de la chica se tensó al sentir su cercanía. Kane se volvió hacia ella y le dijo con voz ronca:

—Te he echado mucho de menos.

—Será porque la persona que me sustituyó no se ha acostumbrado todavía al trabajo — respondió, respirando entrecortadamente.

Siguió un corto silencio, y al fin Kane admitió:

—Es una tonta. Ya he tenido varias, pero ninguna ha funcionado — encendió el motor —. ¿No te gustaría volver conmigo?.

—No.

—Lo supuse. Harding te trata bien, ¿verdad?.

Tuvo ganas de decir: «No tengo problemas con él». Sin embargo, se contuvo y respondió:

—Tengo mucho trabajo. ¿Cómo supiste dónde estaba?.

—Tony me llamó para pedirme referencias de ti — contestó Kane.

Era lógico, pero nunca se le ocurrió que podría suceder. De haberlo pensado, no hubiera buscado un empleo con un cliente de Marshall Corporation.

—¿A qué has venido? — preguntó entonces —. Te conozco, y sé que solamente visitas a los clientes muy importantes. Los clientes pequeños, como nosotros, se los encargas a otras personas.

Él la miró intensamente.

—He venido a verte, Natalie — dijo con voz fría —. A mí no me abandona ninguna mujer. No hay nada que me guste tanto como conquistar lo inaccesible. Fuiste mía una vez, y volverás a serlo.

Capítulo 8

NATALIE pensó que lo mejor era reírse y tomar su afirmación como un mal chiste. Pero en la voz de Kane había una seriedad desconocida para ella. Y el pánico se apoderó lentamente de su alma.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? — contestó, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua.

Luego miró hacia adelante, temerosa de lo que pudiera descubrir en el rostro de Kane. Su cólera, su prepotencia y su cinismo eran cosas que conocía bien, y se sentía capaz de enfrentarse a ellas. Pero su persecución, no. La persecución era tan peligrosa que la hacía sentirse vulnerable, y no quería caer en la trampa por segunda vez.

—¿Por qué no? — preguntó Kane suavemente, poniendo la mano sobre la palanca de velocidades.

Natalie vio la mano muy cerca, y apartó las piernas cuanto pudo. Si el coche hubiera estado aparcado, se habría bajado sin titubear, corriendo a toda velocidad. El corazón empezó a palpitarle con tal fuerza que temió ahogarse en cualquier momento. Luego luchó por recuperar el control, sabiendo que estaría perdida si se dejaba llevar por las emociones. Lo que necesitaba para vencer en esa batalla era mantener la calma.

Respiró profundamente, con la intención de sobreponerse al pánico. «Imagínate que el hombre que tienes al lado no es Kane Marshall», se dijo. «Imagina que es un ejecutivo cualquiera, que quiere pasarse de listo». Cerró los ojos hasta que vio la imagen que su razón le había descrito, y cuando los abrió, se sintió un poco más tranquila. Lo que hizo entonces fue emitir una breve y suave risa.

—¿Por qué no? — repitió con tono ligeramente burlón —. Hay muchas razones, pero la principal es que yo no lo deseo.

—¿No?.

La miró de reojo, y la joven perdió parte del control que acababa de adquirir.

—¿Quieres que hagamos la prueba?.

—No, no quiero — replicó ella con tono cortante —. No estamos jugando. Si sientes la necesidad de perseguir a una mujer, búscate otra que no sea yo. Yo acabo de encontrar un empleo nuevo, y… y

estoy tratando de construir una relación sólida con Eric.

Kane aparcó el coche y Natalie lo miró, inquieta. Su mayor deseo en ese momento era que él no se le acercara, pues un simple roce de su mano bastaría para destruir toda su fuerza de voluntad.

—Tranquilízate — dijo él con una voz entre burlona y perezosa —. No me voy a lanzar sobre ti en un lugar público.

—No he dicho que pienses hacerlo — comentó ella.

—No necesitas decirlo. Pareces un conejo asustado, listo para meterse en el primer agujero que encuentre. ¿No es cierto?.

—¿A qué te refieres?.

—A que tienes miedo de mí, de lo que pueda ocurrirte en el momento en que te ponga un dedo encima.

Su voz, la indolencia con que estaba apoyado contra la puerta del coche y su actitud revelaban calma y seguridad. No tenía prisa.

«Está disfrutando», pensó la joven con ira. «Le encanta verme en esta situación».

—Vamos a comer, ¿sí o no? — preguntó con toda la frialdad de que fue capaz —. Porque si no, tengo un millón de cosas que hacer en la oficina.

Kane rió suavemente, y ella tuvo la impresión de que consideraba sus negativas como tácticas para posponer lo inevitable.

—Venga, vamos a comer de una vez — insistió.

Salió del coche y le abrió la puerta. Ella se apresuró a salir, y al aceptar su mano para apoyarse, tuvo la sensación de una quemadura.

Comieron en un agradable restaurante italiano, y no hubo nada de la sofocante intimidad que la joven esperaba. Por el contrario, Kane se comportó como un acompañante agradable, tratando muchos y diversos temas.

«Es muy astuto», concluyó. «Actúa así para no asustar a la presa. Pero no le dará resultado».

Ella se comportó de la misma forma; escuchó con interés todo lo que le dijo sobre la vida y el trabajo en Marshall Corporation, se divirtió con las anécdotas que le contó, y al fin afirmó que estaba muy contenta con su nuevo empleo.

En el momento en que salían del restaurante, Kane se inclinó ligeramente sobre ella y le dijo en voz baja:

—Antes no te contesté.

Natalie se detuvo alarmada por el repentino calor que sintió al notar su proximidad.

—¿Antes? ¿cuándo?.

Él abrió la puerta del coche, y ella entró rápidamente. Kane se sentó al volante, pero en vez de encender el motor, se dedicó a mirarla intencionalmente.

—Cuando me dijiste que persiguiera a otra mujer que no fueras tú.

Natalie sintió que su corazón empezaba a hacer toda clase de cosas raras dentro de su pecho. Después de la conversación amable e inofensiva de la comida, se sintió alarmada por el repentino cambio en el tono de voz y en la actitud de Kane. Sin embargo, no quiso darle la satisfacción de descubrir lo que sentía.

—No soy curiosa — comentó.

—La razón de que no esté persiguiendo a otras mujeres, es que actualmente sólo hay una mujer que me interesa.

«Actualmente», pensó ella con amargura. «Desde luego, es una manera de decir que la relación no será permanente». Se volvió a mirarlo con frialdad, y dijo:

—Ha sido una comida muy agradable. ¿Por qué echarla a perder?.

—¿Acaso la estoy echando a perder?.

Kane alargó la mano y le acarició la mejilla con un dedo. Ella, naturalmente apartó la cara. Él la observó, sonriente. Estaba destruyendo sus defensas a base de tiempo y paciencia.

—No me interesa — afirmó ella, de pronto.

Él rió suavemente y arrancó. Condujo como un experto y sólo se detuvo al llegar al edificio que ocupaban las oficinas de Tony Harding.

—Nos volveremos a ver — declaró.

—Estoy muy ocupada — replicó Natalie.

—Yo también.

Ella se volvió hacia él, molesta.

—¿Por qué yo? — preguntó —. Antes ni siquiera me mirabas.

—¿Por qué dices eso?.

La joven frunció el ceño, desconcertada por su respuesta.

—Tuvimos una buena relación de trabajo — empezó —. Si te

interesaba como mujer, yo me hubiera dado cuenta. Pero nunca… sí, hubo algo en una fiesta de Navidad. ¡Pero eso no cuenta!. Acuérdate de que te he visto muchas veces en acción con otras mujeres y sé muy bien cómo las miras.

—No me gusta mucho la descripción que estás haciendo de mí — afirmó Kane, entre ofendido y divertido.

Era la una y media, y muchas personas estaban entrando en el edificio en ese momento. Muchos miraban el coche aparcado y a sus ocupantes. Cuatro empresas tenían allí sus oficinas, y Natalie reconoció a algunos de los que pasaron a su lado.

Por un instante, tuvo el deseo de pedirle a Kane que la llevara a algún lugar alejado. A una playa solitaria, por ejemplo… y hacer el amor con él sobre la arena. La imagen fue tan vívida, que el color tiñó sus mejillas, y la hizo abrir la puerta del coche.

—Pues es cierto — dijo Natalie suavemente, forzándose a volver a la realidad —. Nunca te fijaste en mí, hasta que perdí peso y me conseguí un… amigo.

—Nunca estuviste gorda.

—¡Claro! — exclamó la joven con incredulidad —. ¿Piensas que te voy a creer?.

—No. Sin embargo, es la verdad. Es cierto que perdiste peso y cambiaste de apariencia. Pero el cambio mayor ocurrió dentro de ti, porque empezaste a prestar atención a las reacciones que provocabas en los hombres, en vez de suponer de antemano que no les interesabas.

—Eso no es cierto.

Lo había negado automáticamente, aunque en el fondo de su alma persistía la duda. Estaba confundida por cuanto Kane le había dicho, y al abrir la puerta del coche, la mano le tembló un poco.

—Ya tengo que entrar — musitó.

Él la tomó por un brazo, obligándola a volverse.

—Nos volveremos a ver, Natalie. No puedes escapar de mí, así que más vale que no lo intentes. Y te repito lo que antes te dije: Tú eres mía, y de nadie más.

—¡No me hables así!.

—Eres mía.

—Tengo que irme — repitió ella, furiosa.

Kane la soltó, y la chica bajó rápidamente del coche. Luego

caminó deprisa hacia el edificio, venciendo la tentación de volverse a mirarlo.

Cuando entró en la oficina, tenía un intenso dolor de cabeza. La insistencia de Kane la halagaba por un lado, pero también la ofendía.

«Después de todo lo que le dije», pensó, «seguimos en las mismas condiciones. Está seguro de que tarde o temprano volverá a seducirme. Claro que no me sorprende. Ninguna mujer se le ha resistido».

Tony la saludó con una sonrisa y le preguntó cómo le había ido con Kane en la comida.

—Bien — respondió ella con tono cortante.

—¿Me conseguiste un buen descuento?.

«Si supieras que ni siquiera hablamos de eso…», pensó la joven.

Pasó nerviosa el resto de la semana, temiendo que Kane la sorprendiera en cualquier momento, en su casa o en la oficina; siempre parecía preparada para correr en cuanto lo viera. Sin embargo, no dio señales de vida.

«Tal vez haya encontrado a una mujer más complaciente». El simple pensamiento la hizo sentirse enferma, y se esforzó en desecharlo. Luego se dijo que eso era lo mejor que podía ocurrirle, pues si Kane encontraba a otra mujer la dejaría a ella en paz, que era lo que verdaderamente necesitaba.

Para hacerle la situación más difícil, Eric empezó a mostrarse esquivo con ella. Tenía compromisos todos los días y a todas horas, y llegó el momento en que le preguntó:

—Ya no quieres salir conmigo, ¿verdad?.

—No, no es eso — exclamó él. Pero hubo vacilación en su expresión.

Sin embargo, se citaron para cenar una noche. Y el joven, ruborizado de pies a cabeza, le confesó que estaba saliendo con otra mujer.

Natalie rió encantada.

—¿Quién es ella?.

—Una mujer que no me conviene — admitió él, bebiendo un sorbo de vino y sacudiendo la cabeza, pensativo.

La joven lo compadeció. Ella sabía muy bien lo que era eso. La diferencia estaba en que ella intentaba alejarse del hombre que no

le convenía. Y Eric, por el contrario, parecía más capaz de dominar sus emociones y no había perdido el control de su propia vida.

Estaba tan preocupada tratando de desterrar a Kane Marshall de sus pensamientos, que nunca imaginó que pudiera ocurrir algo que complicara aún más su vida. En un principio, se dijo que era imposible y que esas náuseas que sentía de cuando en cuando eran producidas por algún malestar físico o por el cansancio. O tal vez por una combinación de las dos cosas. Pero las náuseas se fueron haciendo más frecuentes.

Al cuarto día de sentir el malestar, se compró un aparato para hacerse la prueba de embarazo. Lo usó y se sentó a esperar el resultado.

Fue positivo y Natalie se quedó allí sentada, demasiado horrorizada como para reaccionar.

«No es cierto», se dijo. Trató de pensar con claridad, pero no lograba coordinar sus pensamientos. Hubo un momento en que deseó perder el sentido.

Luego cerró los ojos y volvió a abrirlos con gran lentitud.

Luego llamó a su hermana por teléfono. Hablaron de varias cosas, y se esforzó por parecer alegre. Pero no se atrevió a confesarle lo ocurrido, y al colgar el auricular, se sintió más sola y atemorizada que nunca.

«¿Qué voy a hacer?», se preguntó.

Siguió sentada en la sala y la oscuridad la envolvió poco a poco. Ni siquiera se molestó en encender las luces. Ninguna de cuantas cosas le habían sucedido en la vida la había preparado para esa situación. La sorpresa y la cruda realidad la bloquearon, hasta el punto de que no hacía más que repetirse:

«Un hijo… Un hijo de Kane… de Kane y mío… Un hijo… ¿Qué demonios voy a hacer?».

No oyó los golpes en la puerta, ni sintió que se abría con cautela. Una figura alta y oscura entró silenciosamente y fue a arrodillarse frente a ella. Sólo entonces, al distinguir el borrón de color claro que era su rostro, volvió a la realidad. Y se levantó, lívida.

—¿Qué estás haciendo aquí? — preguntó con voz temblorosa.

Kane se levantó y la miró de forma penetrante.

—Llamé y nadie contestó. Vi que la puerta no estaba bien

cerrada, y la empujé. ¿Qué te ocurre? ¿por qué estás aquí sentada, sola y a oscuras?.

Natalie se lo quedó mirando, sin hablar. Encontrárselo de pronto le había producido una impresión tan violenta que se quedó sin habla.

—Contéstame — exigió Kane, al mismo tiempo que la tomaba por los codos y la sacudía ligeramente.

Eso la hizo reaccionar.

—Te dije que no quería volver a verte — afirmó soltándose —. Hazme el favor de irte.

Su voz sonaba insegura, y Kane se dio cuenta de que algo malo pasaba. Para evitar que sospechara, Natalie rió.

—¿Qué sucede? — inquirió él.

Como no le contestó fue a encender las luces. La joven se cubrió el rostro con las manos.

«Parece como si realmente se preocupara por mí», pensó con amargura. «Se merece un Oscar por esta actuación».

—Nada — contestó al fin, esforzándose por hablar con voz firme para no provocar sospechas —. Tengo jaqueca.

Se frotó las sienes. Era cierto que le dolía la cabeza. Era un dolor provocado por las violentas emociones de los últimos minutos.

Kane fue a sentarse en el sofá, a su lado. Su aroma masculino le llenó los sentidos y Natalie tuvo que hacer un gran esfuerzo para no olvidar que estaba embarazada.

De pronto, su mente se despejó. Así como en otras ocasiones su cercanía la dejaba atontada, en ese momento se sentía capaz de pensar claramente.

«No debo permitir que se entere».

Ese pensamiento la dominó. No tenía intenciones de interrumpir el embarazo, ni quería que él lo supiera. Tenía la vaga sospecha de que si se enteraba, querría comportarse como un caballero y llevarla al altar. Pero Natalie no aprobaba un matrimonio basado en una obligación.

Su lucha interna fue tremenda. Sólo ella supo lo que le costó no sucumbir al deseo de decírselo todo, de gritar, llorar y pedirle que compartiera su angustia… a él, al hombre que era la causa directa…

«Tengo que callar», se decía una y otra vez. «Tengo que callar».

Debía ser sensata. Al rechazarlo, el interés de Kane por ella se avivó. Tendría que emplear otra táctica. «La indiferencia. Eso acabará por matar su curiosidad».

—¿Quieres un café? — preguntó, sonriendo con gran esfuerzo.

Kane frunció el ceño. Se daba cuenta de que su cambio de actitud era forzado, pero no alcanzaba a comprender a qué se debía. Negó lentamente con la cabeza y no le quitó la vista de encima.

—¿Prefieres una bebida fría? — continuó ella —. Por lo general, no tengo nada que tenga alcohol, pero…

—De pronto, te conviertes en la anfitriona perfecta — dijo él secamente —. No me digas que la jaqueca te hace cambiar de actitud.

—Me esfuerzo por ser siempre una anfitriona perfecta — respondió la joven.

—Será mejor que yo te traiga algo — propuso él, al mismo tiempo que se levantaba —. No tienes un buen aspecto. Estás muy pálida. No sabía que padecías jaquecas. Nunca las tuviste en la oficina. ¿Será que no te sienta bien trabajar con Tony Harding?.

«Te gustaría que dijera que sí, ¿verdad?», pensó, llena de amargura. «Entonces pondrías en acción todo tu encanto personal para convencerme de que si vuelvo a trabajar contigo, desaparecerán las jaquecas… y tú tendrás todo el tiempo del mundo para elaborar distintos planes de seducción».

Ese pensamiento la hizo estremecer. Inmediatamente acudió otro a su mente: llegaría el momento en que su embarazo resultara visible. Para entonces, tenía que estar lo más lejos posible de Kane Marshall, aunque eso implicara comprar un billete sin retorno.

—Tuve un día muy pesado — fue todo lo que se le ocurrió decir —. Seguramente por eso.

—Bien. ¿Qué te traigo?.

Natalie suspiró. Kane no tenía intenciones de irse. Y si ella lo obligaba, provocaría sospechas. Ya se había dado cuenta de que algo le ocurría; y si se oponía a decírselo, no tardaría en adivinar la causa. Era muy astuto.

—Hay zumo de naranja en la nevera — contestó, vencida.

Kane se dirigió hacia la cocina. Ella se apoyó en el respaldo del sofá y miró al techo.

«¿Por qué es la vida tan complicada?», se preguntó. «¿Por qué

tuve que enamorarme de Kane Marshall? ¿por qué tuve que quedarme embarazada de él?.

No tardó en concluir que ella era la culpable de todo. Sin embargo, admitir su culpa no iba a resolver sus problemas.

Kane regresó minutos después con un plato de huevos revueltos con tostadas, y un vaso de zumo de naranja. Natalie sintió un nudo en la garganta. En el pasado lo había visto comportarse de forma considerada con los demás; pero en ese momento no quería pensar en sus cualidades.

—Gracias — murmuró con voz ronca —. No deberías haberte molestado.

Él se sentó a su lado.

—Hacer unos huevos revueltos no es ninguna molestia.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Los huevos estaban muy sabrosos. Natalie descubrió que en realidad tenía hambre, y los comió con verdadero gusto. En pocos segundos, empezó a sentirse mejor. La presencia de Kane le resultó tranquilizadora.

«Debo de estar volviéndome loca», pensó. «Sin embargo, me alegro de que alguien esté conmigo en este momento. No cualquiera, sino el padre de mi hijo». Ese pensamiento la hizo ruborizarse.

—No sabía que fueras tan casero — dijo para disimular el acceso de pánico que la amenazaba—. Ya sé que no es alta cocina, pero me parece imposible imaginarte preparando unos huevos revueltos.

Siguió un breve silencio, al cabo del cual Kane repuso:

—A mí también.

Natalie terminó de comer. ¡Qué agradable le resultaba pensar que ese momento podía alargarse… y creer que podría salir del torbellino al que ella misma se había arrojado!.

—¿Qué tal el dolor de cabeza? ¿mejor?.

Natalie asintió.

—Ya te ha vuelto el color — le informó él.

—Por más que intentes portarte bien, no me acostaré contigo — declaró la joven a la defensiva.

—Eres muy suspicaz — comentó él, frunciendo el ceño.

—Sólo cuando se trata de ti.

Tenía que hacerle entender que lo de la otra noche no se iba a

repetir, que la insistencia no lo llevaría a ninguna parte.

—Gracias por ser tan sincera. ¿Pero no puedes disimular un poco? — preguntó él, dirigiéndose hacia la ventana para mirar a la calle.

Tuvo ganas de gritarle que se fuera y pedirle que la dejara sola con sus problemas. Iba a tener un hijo y estaba muerta de miedo. Además, su presencia no hacía sino empeorar más la situación.

—No vas a conseguir nada — le dijo con franqueza, ignorando su pregunta.

—Te sientes atraída por mí — afirmó Kane, sentándose en el alféizar de la ventana y mirándola a los ojos.

—Ya lo sé. Pero fue una equivocación. Yo no soy así. No quiero tener una aventura contigo.

—Entonces, cásate conmigo.

Natalie lo miró asombrada.

—¿Qué has dicho?.

—Que te cases conmigo.

—Tú no crees en el matrimonio. Me lo has dicho miles de veces.

Sin darse cuenta de lo que hacía, puso una mano sobre su vientre, y por un momento pensó en lo que significaría ser la esposa de Kane Marshall. Bajó la mirada para que no pudiera ver su expresión.

—Creo que es cosa del destino. ¿No te halaga que te proponga matrimonio, con tal de llevarte a mi cama?.

—¿No estás aliviado de que te diga que no? ¿que ni siquiera lo voy a pensar?.

—¿Por qué? — preguntó agresivo —. Una vez me echaste un gran sermón sobre la importancia del matrimonio y de comprometerse. Pues ahora te estoy ofreciendo lo que querías. Ninguna mujer ha obtenido tanto.

«Para ti, todo es blanco o negro», pensó la chica. «No existe un término medio. ¿De verdad me crees capaz de casarme contigo sólo para satisfacer tu lujuria? ¿qué pasará cuando te aburras de mí? ¿el divorcio?. O tal vez me mandarás a tu casa de campo, a fin de tener el camino libre para tener otras aventuras en Londres. ¿Y mi hijo?. Tal vez a mí me abandones después de un tiempo, pero a él no lo soltarás nunca», se decía Natalie. Además, ¿no pensaría que se había quedado embarazada con el propósito exclusivo de obligarlo

a casarse con ella?.

Natalie se negó a seguir por ese camino, así que replicó:

—Te agradezco tu propuesta de matrimonio, pero no puedo aceptarla.

—¡Por el amor de Dios! ¿qué más quieres? — inquirió Kane.

«Es su orgullo herido», concluyó ella.

—No quiero nada que venga de ti. ¿Es que no puedes entenderlo?.

—No.

Kane se la quedó mirando, colérico, desconcertado.

—Cuando era joven — dijo Natalie —, y pensaba en el momento en que alguien me propusiera matrimonio, imaginaba algo un poco más romántico.

Kane se puso inmediatamente a la defensiva.

—Si quieres romanticismo, te enviaré flores — musitó, molesto —. Nunca imaginé que fueras una mujer sentimental.

—Lo siento, pero no.

—De acuerdo — dijo él, poniéndose de pie —. No me gusta mendigar.

Su orgullo herido lo hizo volverse frío.

—No era mi intención hacerte mendigar.

Si hubiera podido decir algo apropiado como: «Podemos seguir siendo amigos»… Pero él no iba a aceptar eso. Y si lo aceptaba, sería un desastre igual o peor que el que estaba viviendo. En consecuencia, no dijo nada más.

Kane se dirigió hacia la puerta y allí se detuvo un momento.

—Espero que ese pobre tonto sepa lo que está haciendo — declaró —. ¿Sabe que tienes la intención de manipularlo como un títere?.

Eso dolió.

—No tengo la menor intención de manipularlo — repuso molesta.

—Pues buena suerte. La vas a necesitar, si realmente piensas casarte con ese idiota.

Kane salió dando un portazo. Natalie se quedó mirando la puerta durante varios minutos; luego se levantó y recogió el plato y el vaso, recuerdos de un aspecto de Kane Marshall que prefería olvidar.

A la mañana siguiente, pidió permiso en su trabajo y fue al médico; éste, un muchacho que parecía más joven que ella, no se inmutó al saber que era soltera.

—Todo va bien — opinó —. Y no necesito decirle que puede continuar trabajando hasta las últimas semanas.

Siguió con las recomendaciones de costumbre, pero sus palabras la hicieron pensar de nuevo.

Su trabajo. Tendría que renunciar antes de que el embarazo fuera visible. Tony le informaría a Kane de su estado, y su situación se volvería insostenible. ¿Cómo no lo había pensado antes?.

Agobiada por la preocupación, decidió ir a visitar a su hermana Selina. Habló con Tony, y éste le dio los cuatro días restantes de la semana.

Selina vivía en el campo con su marido y sus hijos; era una mujer tranquila y comprensiva que la ayudaría a olvidar sus problemas. Con esa confianza, Natalie llegó a su casa. Estuvo allí los cuatro días, esperando el momento de la confidencia; pero se fue sin haberle dicho nada. No era que su hermana fuera anticuada, pues no la escandalizaba el hecho de que una mujer soltera se quedara embarazada; pero tratándose de su hermana… Natalie calló, porque no estaba preparada para enfrentarse a su posible reacción.

Cuando regresó a la oficina, se enteró de que Eric la había estado llamando durante toda la semana anterior. No tenía ánimos para reuniones sociales, pero lo llamó por la tarde.

—Necesito verte — le anunció el muchacho en cuanto oyó su voz.

Se citaron en un pequeño restaurante que a ella le gustaba mucho, y que estaba cerca de Marshall Corporation. Eric ya la estaba esperando cuando llegó, y manifestó su extrañeza cuando se negó a tomar un aperitivo. Charlaron de diversas cosas durante unos minutos, y de pronto, él dijo:

—Tengo que confesarte una cosa.

La joven lo miró sorprendida. No tenía la menor idea de lo que iba a decirle y, sinceramente, sintió curiosidad. Eric estaba ruborizado, y ella creyó que se trataba de algún secreto que iba a revelarle por ser su amiga. Deseó de todo corazón que no fuera así, pues no se sentía con ánimos para compartir preocupaciones. Bastante tenía con las suyas.

—¿Qué es? — preguntó.

—Ya sé que nos hemos estado viendo mucho, que… — se aclaró la garganta —. No quiero que creas… Espero que no hayas… Ya sé que es una tontería por mi parte, pero espero que no creas…

—No, no he creído nada — lo tranquilizó ella —. Nunca hubo nada entre nosotros, y tal vez sea esa la principal razón por la cual me gusta salir contigo.

Por primera vez en mucho tiempo logró sonreír con sinceridad, y Eric pareció sentirse muy aliviado.

—Sé que te va a parecer muy repentino, pero… Me voy a casar.

—¿Te vas a casar? — repitió ella, asombrada; luego reaccionó y preguntó: — ¿Puedo saber quién es la afortunada?.

Eric bajó la vista e hizo girar varias veces su copa de vino entre los dedos.

—Tú la conoces — la miró directamente y añadió: — Anna, la ex novia de tu jefe.

Natalie sintió que un torbellino de pensamientos invadía su mente.

«Anna… Esa era su amenaza… Quería hacerme saber lo que siente una mujer cuando alguien le quita a su hombre… Su venganza consistió en enamorar a Eric, sólo que algo inesperado ocurrió… Claro, tiene que ser eso. El matrimonio es un precio demasiado alto para una venganza… Tiene que haber ocurrido así».

—Quién lo hubiera imaginado… — dijo tratando de borrar sus pensamientos.

El cariño que sentía por él la hizo abrazarlo. Luego, lo besó en los labios. Fue un beso totalmente desprovisto de implicaciones sexuales, un beso de compañera y amiga.

Al separarse, se encontró con unos ojos verdes que reconoció al instante; unos ojos que la miraban con expresión fría y hostil desde el extremo opuesto del restaurante. En la misma mesa había otros ojos, azules esa vez, que miraban al hombre con interés; unos ojos que pertenecían a un esbelto cuerpo femenino y a un rostro angelical.

Natalie se sintió repentinamente deprimida.

Capítulo 9

ESTABA un poco sofocada, pero Eric pensó que se debía a la sorpresa causada por su revelación, y Natalie no quiso sacarlo de su error. Tampoco le dijo que su ex jefe, el amante de Anna, se encontraba cerca de ellos.

Además, tuvo la sensación de que su advertencia le hubiera entrado por un oído y salido por el otro. Eric estaba muy entusiasmado hablando de su novia, y de la suerte que había tenido de que aceptara su proposición matrimonial.

—Mis padres se van a sentir desilusionados — declaró, sonriendo torpemente —. Ellos pensaban en una joven más sencilla, y más hogareña. Pero el amor es así.

Natalie contestó vagamente. Estaba ocupada contemplando a Kane, quien miraba a su acompañante con los ojos brillantes.

«Y dijo que ninguna mujer le interesaba, más que yo…» pensó la chica, sin poderlo remediar. Trató de tomárselo con filosofía y recordó que eso era precisamente lo que deseaba. Pero era muy difícil pensar en la filosofía cuando tenía una herida abierta y acababa de caer en ella un puñado de sal.

Eric se levantó, y ella se alegró de quedarse sola. Agitó levemente su taza, y observó las figuras que formaba el café. ¿Cuándo iba a desaparecer el dolor?. Miró a Kane, y su cuerpo se estremeció. Llevaba años amando a ese hombre, y desde el primer momento supo que ese amor no la conduciría a nada bueno. Eso tenía que ayudarla a mantener el control de sus emociones, esa reflexión debía ahogar los celos que sintió al imaginar a la desconocida compartiendo la cama de Kane.

Porque no quedaba duda de que eso era lo que la mujer se proponía.

—Estás invitada — dijo Eric, al mismo tiempo que se sentaba y llamaba al camarero para que le llevara la cuenta.

Natalie lo miró sin comprender.

—A la boda — le explicó él —. El viernes de la próxima semana, en el juzgado. Va a ser una ceremonia muy sencilla. Por teléfono te daré los detalles.

Ella asintió, distraída. Eric pagó la cuenta y la llevó

directamente a su casa. Allí se despidieron con un beso en la mejilla, y la joven entró en su casa.

Se sintió vacía y carente de vida, más atemorizada que nunca por el embarazo. Para la mayoría de las mujeres, era un hecho digno de alegría; pero ella lo ocultaba como si fuera algo vergonzoso.

Sonó el timbre, y pensó que se trataba de Eric. Deseó que no hubiera regresado a pedirle que le invitara a tomar un café o una copa, pues estaba cansada de escuchar su conversación superficial. Lo único que quería en ese momento era estar sola para llorar a gusto.

Pero no fue Eric el que llamó a su puerta, sino Kane.

Natalie le dirigió una mirada de reproche, pues lo culpaba de todo cuanto le estaba ocurriendo. Deseó no haberlo visto jamás. ¿Por qué tenía que ser tan guapo? ¿por qué no estaba casado con una mujer agradable? ¿por qué no tenía diez hijos?. Así, ella no hubiera pensado en él… Sobre todo, ¿por qué no la dejó en paz? ¿por qué le hizo el amor? ¿qué le inspiró esa perversa curiosidad por conocerla?, se preguntaba.

«Tú no hiciste nada por detenerlo», se acusó. Desechó ese pensamiento e intentó cerrar la puerta. Pero él no se lo permitió.

—No tienes derecho a meterte en mi apartamento — gritó la joven —. ¡Vete!.

Natalie estaba a punto de llorar. Tal vez fuera efecto de su embarazo; pero de cualquier forma, se volvió y parpadeó varias veces para reprimir el deseo de hacerlo.

—No puedo creer que sigas saliendo con ese tipo — dijo Kane.

—¿Has venido a decirme eso?.

Natalie rió. Sin embargo, sus carcajadas parecieron histéricas.

—Acabo de hablar con él.

¿De qué habrían hablado?, se preguntó Natalie. Kane nunca tuvo muy buena opinión acerca de Eric.

—¿De qué? — preguntó con cautela.

—¿De qué crees tú? — respondió él, sacudiéndola ligeramente —. ¿De qué crees que puedo hablar con él?.

Estaba furioso y la chica se preguntó qué estaba sucediendo. ¿Acaso había ocurrido algo de lo que ella no se había enterado?. Kane sabía que se trataba de Eric. Ella había hecho todo lo posible

por exagerar su relación con el joven, y su ex jefe nunca lo tomó con tanta seriedad, ni con tanta rabia.

Por otra parte, la noche que durmieron juntos pertenecía al pasado. Ella tenía que seguir con su vida de siempre y olvidar a Kane. «Está obsesionado conmigo», se dijo desesperada. «Como esos pescadores que se pasan meses tratando de atrapar un pez escurridizo. Si es así, ¿qué puedo hacer?… Tengo que irme a donde no pueda encontrarme…».

—Me estás haciendo daño — se quejó.

—Perdón — repuso él.

Sin embargo, no dejó de presionarla.

—No soy una propiedad tuya — exclamó ella, sintiendo nuevamente el aguijonazo de la cólera—. No tienes derecho a meterte en mi casa. Puedo hacer que te arresten.

—¿De qué me vas a acusar?.

—No lo sé; pero por lo menos, te echarán de aquí.

—A la policía no le gusta meterse en problemas de amantes.

—¡Yo no soy tu amante!.

Sus ojos verdes se oscurecieron, y Natalie se dio cuenta de que iba a besarla. Lo que no pudo prever fue la brutalidad con que lo hizo. En una fracción de segundo, aprisionó sus labios contra su boca, de tal forma que apenas la dejó respirar. El impacto le hizo echar la cabeza hacia atrás; y al mismo tiempo, Kane la abrazó con fuerza, atrayéndola contra su cuerpo. Ambos cuerpos quedaron tan juntos, que Natalie pudo sentir fácilmente la fuerza de su deseo.

El deseo también despertó en ella. Precisamente en el momento en que más furiosa debía estar, su cuerpo reaccionaba contra su voluntad. Lo único que quería en ese momento era cerrar los ojos y dejarse llevar por la oleada de pasión que de pronto la invadió.

La mano de Kane llegó hasta uno de sus senos, y Natalie exhaló un gemido. Como no llevaba sostén, los dedos masculinos encontraron fácilmente el pezón y lo acariciaron hasta que la joven deseó sentir en él la humedad de su boca. Con movimientos febriles, él le abrió la blusa y empezó a explorar su piel. Fue entonces cuando Natalie recuperó el control.

De pronto abrió los ojos, horrorizada de ver lo fácil que la había dominado, y de un empujón se separó de Kane. Él no esperaba esa reacción. Su rostro mostraba la pasión que lo embargaba. Eso

debería haber hecho que se sintiera bien, al saber hasta qué punto lo excitaba. Sin embargo, recordó a la mujer del restaurante, y se preguntó si acaso con ella se comportaría de la misma forma. Sobre todo, le molestó pensar que fuera otra quien llevara a su conclusión lo que ella no podía darle.

—Ya estarás satisfecho — dijo violentamente —. No te basta con meterte en mi casa. ¡Claro que no!. Tienes que forzarme, también. ¿Qué quieres demostrar? ¿que eres más fuerte que yo?.

Kane alargó la mano y la sujetó por el cabello.

—Lo que quiero demostrar es que no puedes casarte con ese chico.

Ya era nuevamente dueño de sí mismo, y el único rastro de pasión que quedaba era su voz ligeramente ronca. La joven deseó ser capaz de recuperar la cordura con la misma facilidad, pues aún temblaba por lo ocurrido. Así que tardó unos segundos en poder comprender sus palabras.

—¿Qué estás diciendo? — preguntó.

—No finjas que no me entiendes — respondió él —. Me encontré con Eric cuando salió de aquí; y antes de que lo saludara, me informó que se iba a casar.

La joven al fin comprendió todo lo ocurrido. Seguramente, Eric estaba obsesionado con la idea de la boda, y omitió el nombre de la novia. Eso sin contar con que Anna había sido amante de Kane; tal vez creyó que despertaría su ira si decía su nombre.

Y sin poder evitarlo, Natalie sonrió levemente.

—Ya veo que te parece gracioso — protestó él —. No entiendo cómo puedes degradarte tanto, casándote con un hombre al que no quieres, y que ni siquiera te gusta.

—¿Quién dice que no me gusta? — preguntó ella, desafiante.

—La forma en que reaccionas cuando te beso. No puedes casarte con él. Además, no lo permitiré.

—¿Quién eres tú para impedirlo?.

—El hombre que te poseyó.

La forma en que lo dijo hizo que el pulso se le acelerara. Sin embargo, Natalie se dijo que eso no era amor, sino un simple deseo físico; y no iba a dejarse embaucar nuevamente.

—Tú no puedes impedírmelo — afirmó Natalie —. En realidad, nunca ha habido nada entre nosotros. Ya es hora de que te des

cuenta de ello, y dejes que siga con mi vida. Yo nunca te he dicho qué debes hacer con la tuya, ¿verdad? — una gran amargura se apoderó de ella; pero siguió hablando —. Te metes en mi casa exigiéndome que sea tuya y prohibiéndome que salga con quien me dé la gana; pero tú no te abstienes de nada.

Él la miró con los ojos extrañamente brillantes.

—¿Estás celosa? — preguntó.

Natalie adivinó que le encantaría que dijera que sí. Sin embargo, sacudió la cabeza y contestó con toda la indiferencia de que fue capaz:

—No. En absoluto.

Kane apretó los labios, contrariado.

—Hay mucha diferencia entre cenar con una persona y casarse — afirmó —. Yo lo digo por ti. Si te atas a Eric, vas a acabar siendo muy desgraciada. Ya te lo dije antes y te lo repito ahora.

—Ah, lo dices, por mí… Qué altruista.

Kane le dio la sorpresa de ruborizarse. «Qué inteligente eres», pensó la chica. «Con tal de salirte con la tuya, no dudas en recurrir a todas tus artimañas. Yo no soy para ti más que una aventura inconclusa. Si yo hubiera accedido a tus deseos, tal vez ya te habrías cansado de mí. Te conozco como la palma de mi mano. Si no estuviera tan enamorada de ti, quizá podría aceptar la aventura que me ofreces».

—No te cases con él — le pidió Kane con voz ronca —. Por lo menos, si te casas conmigo tendremos grandes experiencias sexuales.

Natalie apartó la vista, herida. Era lo único que esperaba de ella.

—Vete — le ordenó.

Fue a la puerta y la abrió. Kane le dirigió una mirada colérica, y no dijo nada.

—Para evitar mirarlo, Natalie observó la calle. Allí se encontraba el coche de Kane, tan elegante como su dueño. Entonces se preguntó dónde estaba la mujer del restaurante. ¿Acaso la había enviado a su casa en taxi? ¿o la había ido a dejar a su apartamento, con la orden de esperarlo?. La idea le dio náuseas.

Al llegar a su lado, Kane le dijo:

—Estás actuando como una tonta.

—Entonces no me explico por qué te encuentras aquí — repuso

ella, furiosa —. No es costumbre tuya buscar la compañía de mujeres tontas.

Su rostro masculino adquirió un gesto duro y ella se preguntó cómo había tenido la osadía de enamorarse de alguien semejante.

—Muy bien. Desperdicia tu vida. Yo no haré nada para impedirlo — declaró Kane, y salió del apartamento.

Sus pasos resonaron en la calle desierta, y ella lo observó hasta que entró en su coche y cerró de un portazo. Natalie estaba segura de que no se volvería para mirarla, y de que se había desentendido completamente de ella.

El vehículo se alejó despacio, hasta perderse en la distancia. Pero en vez de tranquilizarse, Natalie sintió que algo se había roto en su interior para siempre.

Esa noche durmió mal y se despertó con náuseas. De cualquier forma, hizo un esfuerzo por levantarse y arreglarse; sin embargo, cuando llegó a la oficina, el malestar era visible en su rostro.

Tony se preocupó al verla en ese estado; pero las llamadas telefónicas y los problemas cotidianos lo apartaron de su lado.

Si ella se hubiera presentado a trabajar con Kane, sintiéndose como se sentía en ese momento, sus ojos implacables se hubieran dado cuenta inmediatamente de su situación; no la hubiera dejado en paz hasta arrancarle la verdad. La perseverancia era una de sus muchas cualidades.

Natalie se puso a revisar la correspondencia, pero su mente volvía sin cesar al tiempo en el que había trabajado para Kane Marshall. Era un jefe exigente y arbitrario que no le daba un segundo de tranquilidad… pero a ella le encantaba eso. Todos los días llegaba a su casa con la sensación de haber alcanzado una nueva meta. Era agradable trabajar con Tony, pero él era muy diferente.

El miércoles la llamó Eric para recordarle que el viernes era la boda, y que la esperaba.

—Mi hermana y tú seréis los únicos asistentes — dijo el muchacho —. Mis padres están en el extranjero —. Pero a juzgar por la forma en que se tomaron la noticia cuando los llamé por teléfono, dudo mucho que hubieran asistido.

—Debes de estar equivocado — contestó ella.

—Tú siempre tan optimista.

—Soy realista, no optimista — contestó, al mismo tiempo que se acariciaba el vientre —. A veces somos incapaces de cambiar las situaciones en que nos encontramos, y hay que seguir viviendo con ellas. ¿A qué hora es la ceremonia?.

A Natalie le hubiera encantado hablar con Anna para saber qué opinaba acerca de Eric. Ella estuvo muy interesada en Kane, y éste era completamente diferente al joven. ¿Y si la respuesta no era la que ella esperaba?. Tal vez Anna veía en el muchacho un refugio tranquilo, después de la conflictiva relación que había mantenido con Kane. Sinceramente, esperaba que no obrara impulsada por un deseo de venganza.

Varias llamadas telefónicas la sacaron de sus pensamientos, y pasó el resto del día abrumada con su trabajo y el de la otra secretaria, que llamó para decir que se encontraba enferma.

Natalie se olvidó de pedir permiso a Tony para asistir a la boda; afortunadamente, lo recordó el viernes, un poco antes de la hora señalada, y fue a buscarlo a su oficina.

Tony, quiero pedirte un favor muy especial. ¿Puedo irme temprano hoy?. Tengo que salir dentro de unos veinte minutos.

—¿Y el trabajo? — preguntó él, preocupado —. Susie sigue enferma.

—Todo lo importante está al día. Si es necesario, me llevaré algo a mi casa, para adelantarlo.

Él sacudió la cabeza y sonrió.

—No, nada de eso. Te mereces el permiso. Mi esposa dice que me estoy convirtiendo en un ogro y que sólo me interesa el trabajo.

El timbre del teléfono lo interrumpió. Cuando terminó de hablar, la miró con más atención y dijo:

—Ahora que lo dices, hoy has venido muy elegante. ¿A dónde vas?.

—Al juzgado — contestó ella, mirando su reloj con nerviosismo.

—¿Al juzgado? — preguntó él, acompañándola hasta la puerta.

—Sí. Perdóname por no haberte avisado antes, pero es que Eric lo decidió de repente.

Tony asintió bondadosamente.

—En ese caso, te deseo lo mejor — dijo.

Natalie le preguntó cómo podría llegar rápidamente a la dirección que Eric le mencionó. El hombre le dio las indicaciones

necesarias, pero terminó sugiriéndole que tomara un taxi para que llegara a tiempo.

Eric estaba en la puerta, y sus ojos iban continuamente del reloj a la esquina cercana. Anna aún no había llegado.

—No quiero pasar a formar parte de los abandonados ante el altar.

—No te preocupes, que en el juzgado no hay altar. En ese momento llegó Claire y la abrazó cariñosamente.

—Hace más de quince días que no nos vemos ni me llamas por teléfono — la acusó.

—He estado muy ocupada con mi nuevo empleo — admitió la joven —. Incluso olvidé dónde tengo el teléfono.

Claire se echó a reír y Eric se ajustó nerviosamente la corbata.

—No te preocupes — le dijo Natalie —. Ya llegará. Apenas lleva quince minutos de retraso. Es lógico.

Luego, Natalie se volvió hacia Claire para preguntarle:

—¿Tú no la conoces?.

—Yo también he estado muy ocupada estos días. Ya ves que he estado de vacaciones; cuando volví, me esperaba mucho trabajo.

—Por fin — exclamó Eric.

Ambas mujeres se volvieron para mirar a Anna, que se dirigía hacia ellas con paso lento, mientras el joven señalaba su reloj con ansiedad.

Claire abrió la boca y Natalie le dijo al oído:

—Si te descuidas, se te va a caer la mandíbula.

—Es la que iba con…

—¿No lo sabías?.

Eric bajó por la escalera corriendo, para besar a la novia.

—¿Qué le verá a mi hermano?. Porque al lado de tu ex jefe, Eric parece muy poca cosa. Y mira que es mi hermano.

Natalie se puso tensa. La sola mención de Kane la puso a la defensiva, aunque, no se trataba de nada relacionado con ella. Su imagen siempre estaba presente; en ocasiones se ocultaba, pero a la menor oportunidad, reaparecía.

—Te equivocas — contestó con frialdad —. El que resultó poca cosa fue mi ex jefe. Y ahí tienes la prueba.

Claire apartó los ojos de Anna, que ya subía por la escalera, colgada del brazo de su futuro marido, y miró a la joven con

curiosidad.

—Me ha parecido distinguir un poco de amargura en eso que dijiste.

—Nada de eso — contestó Natalie —. Estoy señalando hechos.

Bajó unos escalones, deseando saber cómo reaccionaría Anna al verla. Tal como esperaba, la mujer pareció avergonzada y a la defensiva.

—No sabía que ibas a estar presente. Eric no me dijo nada.

El muchacho sonrió, encantado ante lo que interpretó como un pequeño acceso de celos.

—Procuraré no molestar — comentó la joven.

Por toda contestación, Anna frunció el ceño. Subieron deprisa y entraron en el edificio. Allí, tardaron unos minutos en localizar el lugar donde se iba a celebrar la ceremonia.

Era una habitación muy sencilla, con unas cuantas sillas y un escritorio. Un empleado los hizo pasar y les dijo que esperaran.

El lugar no tenía nada de romántico, pero eso no molestaba a los novios, que se miraban a los ojos con adoración. Natalie los miró con envidia.

«Yo nunca me casaré», pensó. «Jamás encontraré un marido para mí, ni un padre para mi hijo».

Claire se acercó a charlar con los novios, y Eric fue luego a reunirse con Natalie.

—¿Qué pasará? — preguntó inquieto —. Ya es muy tarde.

Natalie miró hacia la puerta y se encogió de hombros.

—Tal vez el juez se puso nervioso — repuso con buen humor.

Eric ni siquiera la escuchaba. Sólo miraba a la puerta; parecía como si tratase de abrirla con su fuerza de voluntad.

—Además — prosiguió la joven —. Está dando a Claire la oportunidad de intimar con su futura cuñada.

Eric se volvió a mirar a las dos mujeres, y comentó que tenía razón. Natalie, por su parte, comprendía su impaciencia y su deseo de terminar cuanto antes. Además, tampoco le agradaba la idea de permanecer allí mucho tiempo. Justamente iba a decir algo para tranquilizarlo, cuando la puerta se abrió de golpe.

—Gracias a Dios — exclamó Eric.

Natalie, sabedora de que necesitaba el apoyo de un amigo en esos momentos, lo tomó del brazo y se lo apretó afectuosamente.

Sin embargo, un pensamiento la asaltó de pronto: «Ningún juez anda por los juzgados dando portazos».

No, no era el juez. El recién llegado era Kane Marshall. Y la expresión de su rostro proclamaba a los cuatro vientos que no tenía el propósito de felicitar a los novios.

Capítulo 10

LOS cuatro personajes enmudecieron al ver a Kane, como si hubiera aparecido un fantasma entre ellos. Natalie se lo quedó mirando, preguntándose qué estaba haciendo allí.

Eric fue el primero en romper el silencio con una risa nerviosa; con una voz que resultó perfectamente normal, a pesar de lo improvisado de la situación, dijo:

—Creí que usted era la persona que nos iba a casar — se aclaró la garganta y se acercó a él con la mano extendida —. Se está haciendo un poco tarde.

Kane miró su mano como si se tratara de un objeto repelente o contagioso, y el joven se ruborizó entre azorado y molesto.

—¿Qué está haciendo aquí? — preguntó con tono agresivo —. No recuerdo haberlo invitado.

Al hacerlo, miró a Anna, que estaba inmóvil por la sorpresa.

—No, no me invitó — contestó Kane; luego se acercó a Natalie y le dijo con toda cortesía —. Después de tantos años trabajando juntos, lo menos que podías haber hecho era invitarme.

Evidentemente no había visto a Anna; y si la vio; prefirió ignorarla.

Natalie seguía desconcertada, pero se las arregló para decir:

—Es que no conoces a Eric… ¿Cómo supiste que estábamos aquí?.

Él no miraba a nadie más que a ella, y a la joven le costaba trabajo sostener su mirada.

—Llamé a Tony para un asunto de trabajo, y él me lo dijo.

—¡Ah!.

Claire y Anna no pronunciaban palabra. Ambas estaban completamente aturdidas.

Tan pendientes se encontraban de la presencia de Kane, que nadie se dio cuenta de que la puerta se abrió de nuevo.

—¿Quiénes son a los que voy a casar?.

Eric, contento de ver al juez, fue hacia él y empezó a hablar y a gesticular con entusiasmo. Natalie pensó que lo iba a abrazar como a un viejo amigo.

—Llevamos retraso — declaró el hombre —. ¿Están listos los

novios?.

Se colocó detrás del escritorio y empezó a ordenar unos papeles, sin mirar a ninguno de los allí presentes. Como la ceremonia era una rutina para él, se dispuso a hacerla lo más rápidamente posible.

Natalie miró a Kane de reojo y fue a colocarse en su lugar. De antemano sabía que no habría sermón ni bendiciones, sino solamente las palabras indispensables para celebrar el matrimonio.

Entonces Kane dijo en voz alta y firme:

—No habrá boda.

Los cuatro se quedaron inmóviles. Natalie sintió deseos de reír, pero se controló, apartando la vista de los rostros de los demás.

—¿Perdón? — dijo el juez —. Se trata de una broma, ¿verdad?.

—Una broma muy tonta — afirmó Eric —. Este hombre no tiene derecho a estar aquí. Apenas lo conozco.

De todos, Kane era quien mejor mantenía el control de sí mismo. Cruzó los brazos y miró a Natalie, ordenándole que se volviera hacia él.

—Señores, soy un hombre muy ocupado — dijo el juez —. No puedo perder el tiempo en juegos.

—No es un juego — afirmó Kane, dirigiéndose al frente —. No habrá matrimonio.

Por primera vez, Anna habló.

—¿Qué demonios te propones?.

Kane la miró con desdén.

—¿Vienes como testigo? — preguntó —. No sabía que te hubieras hecho amiga de Natalie.

—No somos amigas — comentó la mujer.

En un instante, Natalie lo comprendió todo. Debió haberse dado cuenta desde que lo vio entrar; pero las cosas habían sucedido tan deprisa que no tuvo tiempo de pensar con calma.

Todo era culpa de Tony. Seguramente, pensó que ella era la que se casaba.

«Entonces», se preguntó presa de una violenta emoción, «Kane ha venido a…».

Sin terminar la reflexión, se volvió hacia su ex jefe y dijo:

—Estás cometiendo un error.

—Tú eres quien lo está cometiendo — refutó él con dureza.

Fue hacia ella y la tomó del brazo; pero la joven dijo:

—No soy yo quien se casa. Aunque lo fuera, no es asunto tuyo. La que se casa con Eric es Anna.

Kane reaccionó como si hubiera recibido un golpe. Se volvió hacia el escritorio y vio a Anna cogida del brazo de su novio, buscando su protección.

—Debiste decírmelo desde el principio — musitó dirigiéndose a Natalie —. Y me hubieras ahorrado esta vergonzosa situación.

Por primera vez en su vida, Kane Marshall parecía arrepentido de su comportamiento.

—Bueno, ya está todo aclarado — añadió, haciendo un esfuerzo por recuperar la calma —. Sigan con la ceremonia.

—Gracias — dijo el juez, recorriendo con la mirada a la concurrencia —. ¿Nadie tiene guardada otra sorpresa? ¿usted, señorita?.

—No, señor — respondió Claire, sonriendo.

El hombre murmuró algo que nadie entendió y comenzó con su rutina, la cual conocía de memoria.

Natalie no oyó nada. En ese momento, lo único que le importaba era que Kane estaba allí y que había ido a buscarla, decidido a impedir que se casara con Eric.

«No te dejes llevar por tus emociones», le dijo la voz interna de su razón. «Kane quiso impedir tu boda por motivos egoístas, porque está obsesionado contigo y no soportaría que tú te entregaras a otro hombre. Vas a tener un hijo; y si no aprendes de tus propios errores, vas directamente al fracaso».

En cuanto terminó la ceremonia, Kane la hizo salir de la habitación. Eric intentó detenerla, recordándole que el plan era retirarse todos juntos.

—Ya os alcanzaré — dijo, estando ya en la puerta.

—Eso será si yo te dejo — le murmuró Kane al oído. Una vez en el pasillo, la joven trató de soltarse, pero no lo logró.

—No puedes sacarme así — protestó con voz aguda.

—¿No?. A ver quién me lo va a impedir.

—Si no me sueltas, gritaré.

—Sabes bien que no lo harás. Te mueres de curiosidad por saber por qué me comporté como lo hice.

Por más que le doliera admitirlo, él tenía razón. Por lo tanto, dejó que la condujera a su coche y entró en él sin protestar.

Kane encendió el motor y condujo hacia las afueras de la ciudad.

—¿A dónde me llevas? — preguntó Natalie. Y sin esperar respuesta, añadió: — ¿Servirá de algo que te diga que tengo que volver a mi trabajo?.

—No servirá de nada — contestó él.

Su voz parecía normal; sin embargo, había en ella cierta emoción que nunca antes había detectado. ¿O tal vez fue su imaginación…?.

—¿Cuántas veces más tendré que pedirte que me dejes en paz?.

No obtuvo respuesta. Había una gran tensión en su cuerpo, a pesar de que su apariencia era de tranquilidad.

No tardaron en salir de la ciudad. La joven vio desaparecer rápidamente los últimos edificios. ¿A dónde la llevaba?.

—A Windsor — respondió Kane, como si hubiera leído sus pensamientos —. Tenemos que hablar.

—¿Qué fuiste a hacer al juzgado?.

—Esa es una de las cosas que tenemos que discutir.

Su expresión se endureció y ella comprendió que no diría una sola palabra más. Lo conocía bien y sabía que nadie podía obligarlo a hablar cuando no quería.

Natalie se dedicó a mirar el paisaje. Se dio cuenta de que estaba en Windsor cuando entraron por una callejuela empedrada y vio el castillo en lo alto, dominando la ciudad.

Durante todo el viaje, Kane iba inmerso en sus pensamientos, lo mismo que ella. Y Natalie no supo si debía alegrarse o no.

El coche se detuvo ante un restaurante que se encontraba en una casa bastante antigua. La recepcionista reconoció a Kane, y en vez de hacerlos pasar al comedor los condujo a un salón en el piso superior.

—El dueño es amigo mío — declaró él —. Utiliza este lugar para escapar del bullicio de abajo.

Natalie no contestó, pues no quiso comenzar una conversación indiferente, ya que en su mente bullían las preguntas sin respuesta. Por lo tanto, se sentó haciendo que se sintiera incómoda. Creyó que iba a decir algo, pero no fue así. Por el contrario, su ex jefe se puso a caminar por la habitación y a examinar los cuadros que había en la pared. Por fin, sin mirarla, dijo:

—Supongo que mi comportamiento te pareció digno de risa.

¿De verdad esperaba que contestara a ese comentario?. Para Natalie su mejor defensa siempre había sido atacar; pero en ese momento no sentía ninguna hostilidad hacia él. Su tono de voz agresivo, pero vulnerable, la hizo sentir algo muy parecido a la solidaridad.

—Nos dejaste sorprendidos — contestó.

—¿Crees que yo no estaba sorprendido?.

Natalie sintió que el pulso se le aceleraba, y su mente se convirtió en una masa confusa, incapaz de pensar con claridad.

«Explícate», quiso gritar. «No juegues conmigo». Kane se acercó a ella y la joven se puso tensa. «Si me roza, aunque sea con un dedo», se prometió, «saldré corriendo de aquí». La joven dirigió la mirada a la puerta, midiendo la distancia que la separaba de ella. Él comprendió su intención.

—Olvídalo — dijo con voz bastante baja —. Has estado huyendo de mí desde hace mucho tiempo y ha llegado el momento de detenerte.

Natalie advirtió en su rostro cierta expresión que la atemorizó, y se puso de pie.

—No te tengo miedo — lo desafió —. Puedes tenerme prisionera aquí toda la vida, pero no conseguirás nada. No volveré a acostarme contigo.

—¿Quién dice que ésa es mi intención?.

Natalie sintió el flujo de la sangre en sus sienes, y sin poder evitarlo, un rayo de esperanza pareció iluminarla interiormente.

Kane se sentó en la mesita, obstruyéndole el camino, y ella se irguió, desafiante.

—No me mires así — musitó —. No te voy a comer.

—Estamos perdiendo el tiempo — comentó ella.

Kane levantó una mano y con un dedo la hizo alzar la barbilla.

—Me hiciste creer que Eric y tú manteníais relaciones — la acusó él.

—¿Qué importa eso? — inquirió con voz débil, pero llena de orgullo.

—¿Pero no te das cuenta de lo que me estás haciendo?.

Kane se pasó una mano por el espeso cabello oscuro, y ella lo observó con profunda atención.

—¿Quieres que te suplique? — preguntó después, sin mirarla

directamente.

—No. Eso me disgustaría.

—Estoy dispuesto a suplicarte, con tal de que no me dejes — afirmó él, con una voz tan baja que apenas pudo escucharlo.

—No estoy de acuerdo en ser tu amante — repuso la joven.

Una serie de pensamientos acudió a su mente. Lo amaba y lo necesitaba tanto que todo lo demás perdió importancia. Y de pronto, el niño. Se había olvidado de su hijo.

—Cásate conmigo — le pidió Kane con voz temblorosa —. Te lo pedí en otra ocasión y te lo repito ahora. Te… lo suplico.

«Dime que me amas», le suplicó ella a su vez, pero en su interior. En ese momento, sus ojos se encontraron.

—Ya lo sabes — añadió él.

Kane le sonrió como nunca antes lo hizo. La joven no podía creer lo que estaba oyendo. Había esperado durante tanto tiempo esas palabras, que en ese momento temía no haber escuchado bien… o haberles dado una interpretación incorrecta.

—Te amo, Natalie — dijo Kane sin poder ahogar un suspiro.

Ella comenzó a temblar.

—No me creí capaz de poder pronunciar esas palabras. Siempre pensé que el amor era un sentimiento que yo podría controlar y manejar a mi antojo. Sin embargo, la vida tiene la costumbre de destruir tus calculados planes, ¿no crees?.

Le tomó una mano y empezó a acariciarle la sensible piel de la muñeca. La calidez de su contacto la hizo suspirar levemente.

—Me excitas — afirmó él en voz baja —. Me excitas así como estás.

Se levantó, cerró la puerta con llave y volvió a su lado.

—Cuando me dijeron que te ibas a casar con Eric, creí volverme loco — le confesó Kane, tomando su rostro entre las manos —. ¿Qué fue lo que dijiste a Tony?.

Sus manos empezaron a bajar por el cuello y los hombros de la joven.

—Que iba al juzgado… seguramente, me entendió mal.

—Pues no sabes lo que su error me hizo sufrir.

Se inclinó y le acarició la boca con los labios. Sólo por un momento, porque el beso se volvió profundo y violento en una fracción de segundo.

—No sabes cuánto te amo — musitó él.

Kane se separó un poco para poder mirarla; sus ojos febriles emanaban sensualidad.

—Dime que me amas — le pidió.

—Ya lo sabes — contestó ella suavemente, al mismo tiempo que pasaba un dedo por el contorno de su mandíbula —. Hace años que te amo. No sé cómo pudiste creer que había algo entre Eric y yo. A mí me hubiera convenido, pues siempre pensé que no te interesaba. Pero el amor no tiene nada que ver con la lógica y la razón, ¿verdad?.

Hizo una pausa y lo miró inquieta.

—¿Qué? — murmuró Kane.

Casi no la escuchaba, pues parecía ocupado en seguir el contorno de su seno, con un dedo.

—Por favor… me impides concentrarme… — le suplicó la joven, temblorosa.

Una vez más, sintió que el cuerpo se le incendiaba, y apenas podía ordenar sus pensamientos.

—Eso me gusta — comentó él, desabrochándole la blusa y mirando con ansia su pecho blanco y suave —. Ahora comprenderás cómo me he sentido estas últimas semanas. Durante esos cinco años fuiste metiéndote en mi corazón. No te lo he dicho, pero durante todo el tiempo que estuve en Extremo Oriente, no dejé de pensar en ti. Traté de convencerme de que era porque te comparaba con la tonta que tuve por secretaria; pero creo que en el fondo te echaba de menos por razones completamente ajenas al trabajo.

Su mano empezó a acariciarle los muslos y se deslizó bajo la falda, buscando la zona que ya reclamaba el contacto de sus dedos.

—No es cierto. En ese entonces, yo todavía no había adelgazado — comentó ella.

—¿Quién dijo que el amor depende de la apariencia de las personas? — preguntó Kane —. Nunca esperé oír eso de labios de una mujer.

—Las mujeres con quienes salías eran muy hermosas — le recordó ella.

Sin embargo, sus palabras le resultaron dulces y satisfactorias. Y se preguntó cuándo empezó a fijarse en ella. A su mente acudieron los recuerdos de varias ocasiones en las que lo sorprendió

mirándola disimuladamente… y otras muchas en las que sus ojos se encontraron y él tardó en apartarlos. Eran detalles a los cuales nunca prestó atención, porque siempre pensó que no tenía el atractivo necesario para hacer que un hombre como Kane Marshall se fijara en ella. Fue su propia inseguridad la que le impidió ver la verdad.

—Serían hermosas, pero no me enamoré de ninguna — aseguró él.

Ella sonrió halagada; pero todavía tenía algo que decirle…

—Hay algo que… — titubeó.

—¿Qué? — preguntó él —. Ya he admitido que estoy enamoradísimo de ti. Hice el ridículo en el juzgado para demostrártelo. Te he suplicado que te cases conmigo. ¿Qué más quieres? ¿que lo mande escribir en el cielo?.

—No es mala idea.

Era una broma, pero sus ojos lo miraban con seriedad.

—Nos amamos. ¿Qué otra cosa puede haber?.

Natalie se dijo que un hombre que pensaba en casarse no necesariamente aceptaba la paternidad con el mismo entusiasmo. Podría suceder que Kane no estuviera preparado para dar ese paso. Luego intentó recordar sus opiniones sobre la vida en familia y los hijos, pero ningún recuerdo acudió a su memoria. Lo único en lo que pudo pensar fue que Kane la amaba.

—Es algo que yo no me propuse que ocurriera — dijo.

Él frunció el ceño y la miró como si tratara de adivinar lo que iba a decirle, temiendo lo peor. — ¿A qué te refieres? — preguntó lentamente.

Natalie puso una mano en su vientre. Él siguió sus movimientos con la vista… y en sus ojos apareció la sospecha. Levantó la cabeza, y ella asintió.

—Estoy embarazada.

—¿Y no me lo habías dicho? — preguntó él, con voz ronca.

Los ojos de Kane brillaban, y parecían quemarle la piel.

—No quise… Yo creí que no me amabas, y no deseaba forzarte con mi embarazo a actuar contra tu voluntad. No quería que por un sentido de responsabilidad…

Él la interrumpió con una risa.

—Desde el principio me di cuenta de que odias a las mujeres

que quieren forzarte a algo — continuó.

—Qué poco me conoces — comentó Kane.

Sin embargo, cuando la besó estaba temblando. Luego le acarició los senos y el vientre, y ella sintió lo que nunca había experimentado.

—¿No te importa? — preguntó desconcertada.

—¡Claro que me importa! Te habría matado si te hubieses llevado a mi hijo. Me habrías hecho enfurecer… Sin embargo, comprendo cómo debes de haberte sentido.

Su mano entró en contacto con la piel desnuda del vientre de Natalie, y la acarició suavemente.

—Matrimonio y paternidad. Si hace un año alguien me hubiera pronosticado que estaba muy cerca de ambos, me habría reído en su cara; sobre todo, si me hubiera dicho que sería lo que más ansiaba en la vida.

Había llegado al serlo, y la joven sintió nuevamente la punzada del deseo.

—No, creo que no me hubiera reído — continuó Kane —. Habría huido al fin del mundo.

—Si eso es lo que realmente quieres, yo no te detendré.

—Pues si tú intentas huir de mí, te encerraré bajo siete llaves.

Rió alegremente, y hundió el rostro en su cuello. Natalie suspiró mientras enterraba los dedos en su cabello sedoso.

—¿Podemos hacerlo? — preguntó él, temeroso.

—¿Qué? ¿acaso estamos haciendo algo?.

—Ah, ¿no te habías dado cuenta? — bromeó él. Y se apoderó de su boca con fuerza.

—Estaré embarazada, pero no estoy hecha de porcelana — rió la joven —. Además, te quiero, Kane. Nunca dejaré de quererte.

—Me alegro — murmuró él con satisfacción —. Por que ahora que me tienes, sé que nunca me dejarás ir.